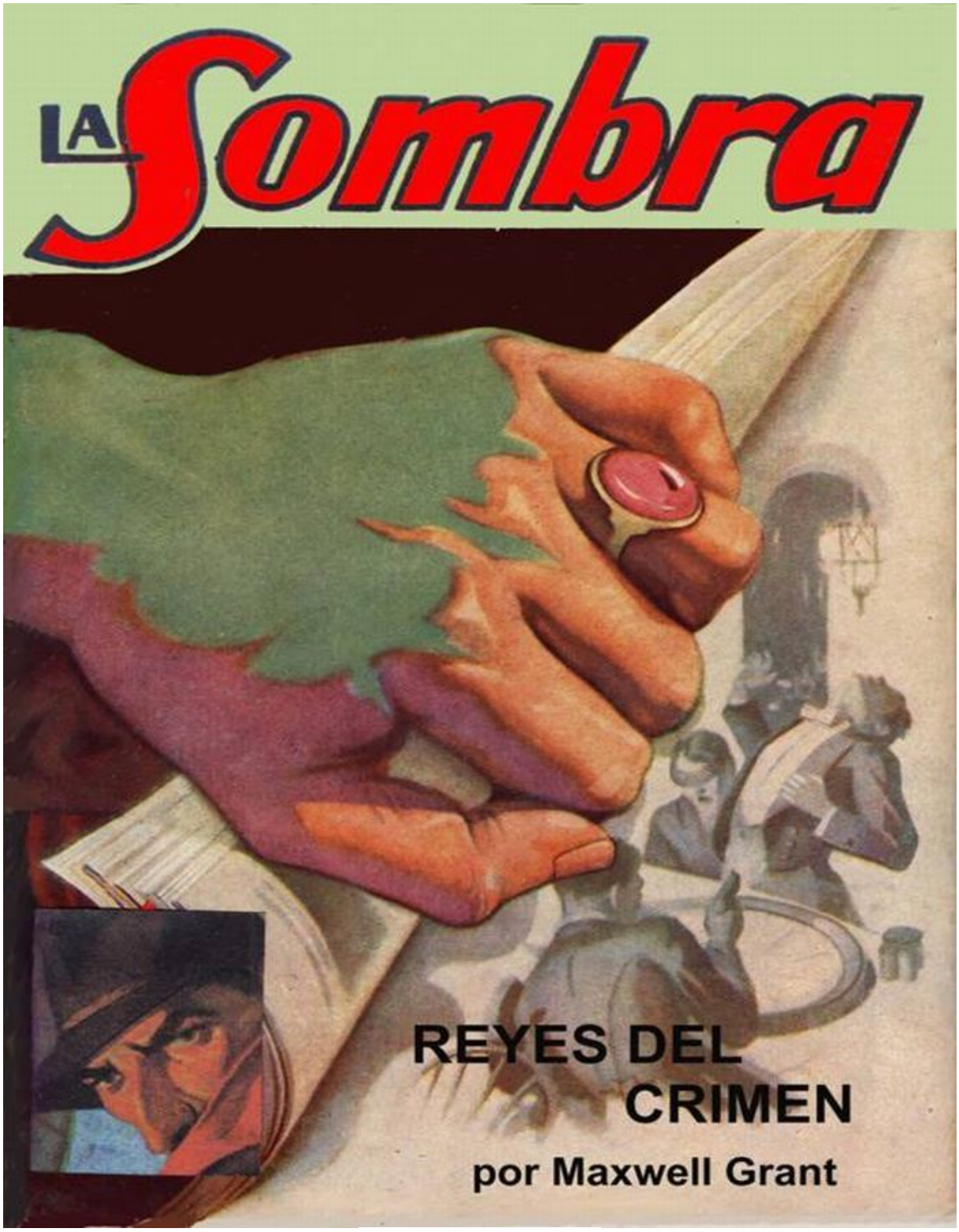
Reyes del crimen
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA SOMBRA ESCUCHA

Una luz suave y misteriosa se esparcía por el cuarto de negras paredes. El resplandor tenía un tono purpúreo y sus rayos centrábanse en un solo rincón, donde reflejaban la reluciente tapa de una mesa.

El aposentado permanecía sumido en un silencio completo. Semejaba un cuarto de muerte; y lo más misterioso de todo era la figura espectral que se hallaba sentada a la mesa.

Vestido con una capa negra como el azabache y oscurecidas las facciones por las anchas alas de un sombrero negro, el personaje presentaba las características sobrenaturales de una aparición.

¡La Sombra se hallaba en su santuario!

Envuelto en la oscuridad, este ser fantasmal esperaba un mensaje del mundo exterior. Las paredes mismas de la habitación donde se encontraba La Sombra parecían fundirse en la nada.

En algún lugar de Nueva York-en este cuarto asombroso que tan sólo él conocía-el hombre de misterio, conocido por el nombre de La Sombra, trazaba un plan magistral para frustrar los designios de las hordas del crimen.

Una luz proyectó sus destellos sobre la mesa. Su súbita aparición provocó una singular respuesta del hombre vestido de negro.

Un sonido escalofriante se esparció por el misterioso cuarto, un sonido fantasmal que se transformó en una risa sarcástica proferida por unos labios invisibles.

La risa se desvaneció, mas sus ecos fueron devueltos por las paredes. ¡Los ecos repercutidos convulsivamente podrían haber sido el grito siniestro de una hueste de seres demoníacos, tan sobrenatural era su tono!

Una mano blanca emergió de la capa negra. Su aparición parecía sobrenatural, pues movíase cual un ser desprendido al cruzar la superficie de la masa. La mano se detuvo encima del interruptor instalado en una caja negra en la pared.

En el dedo del corazón, una gema-un ópalo de fuego-fulguraba sus destellos tornadizos. De un marrón oscuro, la piedra preciosa cambió en un color purpurino que se fundía con la luz esparcida sobre la mesa. Luego sus rayos se tornaron azul claro y después de color rojo, de llama brillante.

Aquella piedra era el girasol de La Sombra, una gema de valor inapreciable, sin par en el mundo, ¡El símbolo solitario de La Sombra!

El interruptor emitió un suave chasquido. Una voz cuchicheada habló de la oscuridad purpurina.

-Informe.

Una voz queda respondió de la pared.

-Burbank al aparato. Establecido contacto con Miramar. Vincent ha abierto la conexión interior. Alerta para la comunicación directa por radio.

-Proceda.

El silencio sucedió al apagado murmullo.

Luego sonó un leve chasquido en la pared. A continuación un cuchicheo confuso se transformó poco a poco en las voces de hombres que hablaban.

La mano oprimió un botón en el costado de la mesa. La luz purpurina se desvaneció. Sumido en una oscuridad completa, La Sombra se había convertido en un miembro invisible de un grupo de hombres situados a centenares de millas de Nueva York.

Merced a su asombroso ingenio y a la cooperación de sus fieles agentes, el misterioso personaje había recurrido a la ayuda mecánica para situarse donde pudiera oír sin ser visto.

La discusión de ciertos hombres se ponía al alcance de los oídos de La Sombra. Desde las profundidades invisibles de su santuario, podía reflexionar y asesorar.

Profundo conocedor de los misterios de los bajos fondos sociales, La Sombra tenía un propósito definido en esta tarea que a sí mismo se había impuesto.

Siendo su identidad un secreto y no habiéndose descubierto nunca su extraña habitación, La Sombra, más que nadie, estaba equipado para luchar contra el crimen.

Esto, solamente, era la razón de su presencia en este santuario, y de sus actuaciones durante esta noche. Cuando La Sombra entraba en acción, no podía ser más que para un solo fin: frustrar los planes de los reyes del crimen era la labor de La Sombra.

Una voz hablaba desde la invisible caja de la pared. Los tonos de la voz eran calmosos y dominadores. Era la voz de un hombre investido de autoridad.

Otras voces respondieron. Una era amistosa; otra, áspera; otra, zalamera.

Una risa cordial intervino en la conversación.

Sucedió un súbito silencio. Luego, entre murmullos contenidos, se oyó golpear un objeto sólido en la mesa.

Se abría la sesión. Los murmullos se desvanecieron.

Un reloj empezó a tocar las horas. Las nueve. Unos cuantos murmullos fueron interrumpidos por otra serie de llamadas al orden, golpeando de nuevo en la mesa.

Restablecido el silencio, la voz revestida de un tono de importancia, empezó a hablar. No interrumpió nadie. Los asistentes a la reunión escuchaban atentos.

¡Entre los que escuchaban se encontraba La Sombra!

CAPITULO II
EL AVISO DE LA SOMBRA

-Son las nueve. Empecemos la sesión.

El orador era el señor Cruikshank, recientemente elegido alcalde de la ciudad de Miramar. De facciones firmes y severas, vestido irreprochablemente, de aspecto imponente, recibía muestras de respeto de los que le rodeaban.

El señor Cruikshank estaba sentado a una mesa oblonga en la Sala Verde del hotel Pabellón. Congregadas a su alrededor, hallábanse las personalidades más relevantes de la ciudad.

Estos ciudadanos constituían el Comité de Seguridad Pública del próspero lugar de recreo y playa veraniega.

-Nuestra nueva administración-declaró el señor Cruikshank, en su tono grave-, afronta un problema de gran importancia. Miramar, señores, ha crecido en proporciones extraordinarias. Nuestra tarea consiste en gobernarla con sabiduría y discreción. Poseemos una policía capacitada, dirigida por un funcionario inteligente. Tengo la seguridad de que todos nosotros depositamos nuestra confianza en nuestro jefe de policía, el señor Yates, quien se encuentra esta noche aquí, presente entre nosotros.

EL señor Cruikshank cesó de hablar para dirigir la mirada al extremo de la mesa, donde un hombre fornido, de rostro colorado, permanecía sentado en una postura nerviosa.

Las facciones rollizas del comisario se enrojecieron más, aún, al observar que todas las miradas se volvían en su dirección. El señor Yates emitió un gruñido de reconocimiento por la amable presentación que de él había hecho el alcalde.

-Podemos depositar toda nuestra confianza en el señor Yates-continuó el señor Cruikshank-. Tiene órdenes concretas de informarme directamente sobre todos los asuntos de su jurisdicción. Tengo el deber de poner en conocimiento de esta comisión los asuntos de

importancia. Por lo tanto, señores, opino que sería conveniente que escuchemos lo que nuestro jefe de policía tenga que comunicarnos.

El comisario se levantó al pronunciarse estas palabras.

-La labor policíaca en esta ciudad-dijo, con voz resonante-, es una tarea especial, diferente de la de otros lugares. La gente viene a divertirse, lo cual debemos tomar en consideración. Tenemos que poner ciertas restricciones, pero cuanto más razonables sean, tanto mejor para la prosperidad de la ciudad. Ustedes, señores, han de decir lo que debe hacerse y yo soy la persona que ha de cumplimentarlo. Pero si puedo ayudar haciendo algunas sugerencias, lo haré cuando me lo indiquen.

El señor Yates dirigió una mirada interrogante a su alrededor. Parecía esperar que le formulasen algunas preguntas.

Un hombre de rostro aquilino, que estaba sentado al lado del alcalde, aprovechó la oportunidad inmediatamente. Era Luis Helwig, uno de los principales industriales de Miramar.

-¿Qué hay sobre las horas del cierre de los cabarets?-interrogó.

-Existe una ordenanza indicando que deben cerrarse a la una-respondió el jefe de policía-. Pero no ha sido puesta en vigor. Está redactada de forma que resulta facultativa, que no obliga a su cumplimiento, a menos de que las circunstancias impongan actuar con rigidez. Entonces tenemos que hacerla cumplir.

-¿Pueden aplicarla?

-Sin duda.

-¿En qué se basan?

-En las quejas y reclamaciones de los perjudicados. No afecta a nadie mas que a aquellos contra quienes se formula una denuncia.

-Eso parece satisfactorio-comentó Luis Helwig, moviendo la cabeza en señal de asentimiento.

Un hombre sentado a su lado le imitó. Este era un individuo de rostro cuadrado. Era el principal negociante en terrenos y fincas de Miramar.

Se llamaba Raymond Coates.

El alcalde parecía dudoso. Meneó la cabeza lentamente.

-En mi opinión-dijo-, esa variada interpretación de una ordenanza municipal puede provocar críticas. Debemos poseer un arma efectiva para aplicarla en los casos de molestias públicas.

-EL cierre provisional del establecimiento es una solución-apuntó el comisario-. Podemos cerrarlo cuando se recibe una denuncia justificada. Lo hemos hecho sin pérdida de tiempo, en los casos que se nos ha denunciado. Desgraciadamente-el comisario se tornó ceñudo-, hemos aplicado la ordenanza con demasiada poca frecuencia.

-Eso fue durante la anterior administración-declaró el señor Cruikshank, con frialdad-. Puedo asegurarle que no sucederá semejante cosa mientras yo sea alcalde.

-¿Qué hay respecto de los Hoteles?

Formuló la pregunta un hombre de facciones finas y suaves. Graham Hurley era el propietario del lujoso hotel Pabellón, donde se celebraba esta conferencia. Preguntaba con franqueza, reconociendo que se refería a sus intereses particulares.

-No molestamos a los hoteles-respondió el comisario-, a menos que se trate de un escándalo grave, en cuyo caso suelen llamarnos antes de que la cosa empeore. Deben llevar sus negocios en regla, con discreción, procurando evitar incidentes demasiado notorios.

-Señores-la voz fría del señor Cruikshank sonaba severa-: vamos a administrar a Miramar de forma que llegue a ser el mejor lugar de recreo de toda la región.

-Ya lo es-interpoló uno de los miembros del comité.

-Para lograrlo-continuó el alcalde-, seguiremos una táctica prudente. Un lugar de recreo cerrado, sujeto a demasiadas restricciones, es tan perjudicial como uno demasiado abierto. No obstante, no vacilaré en imponer todas las restricciones necesarias. Estoy convencido de que nuestras ordenanzas son suficientes, si se las pone en vigor con acierto.

-Permítanme hacer una sugerencia-dijo Hurley, el propietario del hotel-. Mi establecimiento representa una inversión de considerables proporciones. Abrigo el propósito de que haga honor a Miramar. Los lugares indeseables desprestigian a los buenos. No quiero ver establecimientos poco honrosos para la ciudad. El señor Yates declaró acertadamente que la gente viene a divertirse. Que lo haga. Que empiece a hacer cumplir estrictamente las ordenanzas y que empiece con los establecimientos indeseables, que son los que perjudican y promueven esos incidentes escandalosos. Que los elimine y suprimirá las quejas.

Se oyeron murmullos de asentimiento.

El señor Cruikshank dirigió una mirada escrutadora a sus compañeros, como si quisiera comprobar su sinceridad, al fin asintió pensativo, con un movimiento de cabeza.

-Con respecto al problema de la delincuencia-continuó-, mi investigación demuestra que no es un grave peligro en Miramar. ¿Estoy equivocado, señor Yates?

-El problema de los bajos fondos no es grave-corroboró el comisario, en tono enfático-. Los pilluelos que suelen frecuentar esta población, creyendo que van a operar fácilmente, no constituyen un peligro. Son truhanes de poca monta. Los encerramos en cuanto ponen los pies en la ciudad. Déjenlos por mi cuenta.

-¿Las fuerzas actuales son suficientes?

-Sin duda, tal como se presenta el problema ahora. No existe aquí el problema de la delincuencia organizada en gran escala. Caso de existir algún día, puedo desplazar las patrullas que vigilan otros lugares. Hasta ahora no se han observado más que unos cuantos caballeretes de industria, vulgares.

-Miramar ha doblado la población en dos años-observó el señor Cruikshank-. El personal de la policía no se ha aumentado...

-En efecto, podría aumentarse en algunos hombres más...

Luis Helwig objetó con rapidez y Coates le apoyó:

-El perímetro de la ciudad no ha aumentado-arguyó-. Hay suficientes fuerzas para atender a su vigilancia. En caso de aumento de personal, habría que votar otra consignación en los presupuestos municipales...

-Lo que nos interesa evitar-añadió Coates.

-Ya hemos consignado una partida considerable para la extensión del paseo de la playa-agregó otro-, y otra para terminar las obras del ayuntamiento.

Eran argumentos que el señor Cruikshank no podía rechazar. Fue elegido alcalde en virtud de un movimiento reformista, pero la promesa de fomentar el desarrollo de Miramar fue un punto importante del programa electoral.

-Tengo suficientes hombres-declaró el comisario, precipitadamente-. Aunque, desde luego, podríamos utilizar a unos cuantos más, pero no los necesitaré...

-En ese caso estamos en disposición de ofrecer la debida protección a los habitantes de la ciudad. Estamos equipados para hacer frente a cualquier eventualidad-declaró el alcalde.

-Exacto-asintió el comisario.

-¿Queda aprobado, pues-prosiguió el señor Cruikshank-, que retendremos el máximo de nuestras fuerzas de policía actuales?

Los reunidos expresaron su aprobación.

-¿Hay alguien que desee hacer alguna manifestación?-preguntó el señor Cruikshank.

Sucedió un silencio completo. El reloj tocó la media. Los personajes empezaron a levantarse de la mesa.

De pronto sucedió algo que los dejó paralizados. Los miembros del comité se quedaron petrificados al oír un sonido escalofriante.

A través de la habitación llegaba el cuchicheo de una risa burlona.

Ascendiendo en un fantástico crescendo, el sonido se rompió como una ola en la resaca. Sus millares de ecos murmuraban una respuesta agonizante.

¡A aquella habitación-al parecer procedente de la nada-había llegado la risa de La Sombra!

No se movió nadie. Todos comprendieron que la risa sería precursora de algún suceso importante. Los segundos tictaqueaban mientras los hombres, conteniendo el aliento, quedaron expectantes.

En sus rostros aparecía una expresión de alarma; y hasta el semblante rollizo y colorado del comisario palideció intensamente. Solamente el señor Cruikshank conservó un aire severo y lleno de dignidad.

Una voz impresionante resonó por el cuarto. Una voz sardónica y silbante de los mismos tonos característicos de la escalofriante risa.

-¡Prepárense para la ola de crimen que se va a desatar en Miramar!-declaró la voz-. ¡Se desencadenará muy pronto! ¡Estén preparados! ¡Este es mi aviso!

Sucedió una pausa llena de tensión, mientras los hombres se miraban unos a otros extrañados, dudando de que la voz siniestra brotase de un ser humano.

-Mientras ustedes discuten-el acento de la voz era ominoso-, otros están reunidos urdiendo planes criminales. Se encuentran al lado de ustedes en este momento. ¡ Prepárense a hacerles frente! ¡Escuchen mi aviso!

Algunos de los hombres se desplomaron en sus asientos. Otros, a punto de levantarse, temblaban. De la docena de asistentes a la reunión, ninguno conservaba la presencia de ánimo.

Tan sólo el señor Cruikshank mantenía un aire de dignidad; sin embargo sus dedos tamborileaban nerviosos sobre la mesa.

De nuevo sonó la escalofriante risa. Su trémolo terminó de una manera horripilante pareciendo repetirse en los oídos de los oyentes. El silencio que sucedió fue increíble. Imaginabanse aún que presentían la señal de algún ser sobrenatural.

-¿Quién... quién... qué fue eso?

La pregunta tartamudeada brotó de labios de Luis Helwig. Dirigió la mirada de uno a otro de los reunidos, como si buscase una explicación. Al fin sus ojos se posaron sobre Graham Hurley, el propietario del hotel.

Hurley meneó la cabeza en señal negativa. El también buscaba una explicación, pero tan sólo observó un aire de perplejidad en el rostro del comisario Yates.

Y al mirar al alcalde, encontró tan sólo una mirada fría e interrogante. Al fin, comprendiendo que este extraño suceso había ocurrido en su propio hotel, Hurley se dio cuenta de que la respuesta dependía de él.

En el profundo silencio que sucedió a los sonidos finales de la horripilante risa, Hurley tuvo una súbita inspiración. Su mirada se posó sobre un interruptor que había en la pared, donde aparecía un cordón enchufado.

-Debe haber sido la radio-murmuró con voz temblorosa.

-¡La radio!-repitió Raymond Coates-. ¡He oído esa voz cuando ha estado radiando! ¡Es la voz de La Sombra! ¡Pero estas palabras no formaban parte del programa de una emisora!

-Señores-anunció el alcalde, con voz serena-: quizá somos víctimas de una broma pesada. Opino que se trata de una broma que nuestros enemigos han ideado para molestarnos.

Sucedió un silencio tenso. Todos esperaban oír de nuevo los escalofriantes tonos de la voz de La Sombra. Pero no se oyó ninguna palabra más.

Graham Hurley, examinando el enchufe de la radio, se volvió hacia los otros hombres y anunció que eso debió ser la causa de los sobrenaturales sonidos.

-¿Puede usted averiguar quién ha hecho esta conexión?-preguntó el señor Cruikshank.

-No-respondió Hurley, moviendo la cabeza-. Evidentemente alguien ha empalmado la instalación en alguna parte de la pared. Daría mucho trabajo averiguarlo y probablemente sería infructuoso.

-Entonces lo olvidaremos-declaró el alcalde, con firmeza.

-No estoy muy seguro de que se trate de una broma-observó el jefe de policía-. Me pareció ser un aviso. Como si el que hablaba conociese algo.

El comisario meneó con énfasis la cabeza al formular esta declaración. Los otros se impresionaron momentáneamente al oír las palabras. Luego cambiaron de opinión cuando el señor Cruikshank habló en tono sosegado.

-Señores-dijo-: secundaré vuestras decisiones. Ustedes representan el Comité de Seguridad Pública. Hemos trazado nuestros planes. Mas ahora, de un origen desconocido, nos viene un aviso. ¿Lo atenderemos consignando unos fondos extraordinarios para prevenir los peligros mencionados o lo consideraremos como una manifestación sin importancia?

-Hay otras consignaciones en el presupuesto que son necesarias...

-Depositamos toda nuestra confianza en usted. Lo dejaremos a su criterio...

Estas fueron las respuestas balbuceadas. No oyéndose ya la voz avisadora, los miembros del comité cambiaron de opinión.

El alcalde dio unos golpes sobre la mesa.

-La reunión queda suspendida-anunció.

Los hombres desfilaron de la habitación. Las luces se extinguieron. Los administradores de la ciudad de Miramar habían tomado su decisión.

¡No aceptaron el aviso de La Sombra!

Poco rato después, un joven entró en la Sala Verde del hotel Pabellón.

Atravesó la oscuridad hasta llegar al interruptor de la pared. Enchufó el cordón desconectado.

-Vincent al habla-anunció, en voz baja-. En la Sala Verde. Se han marchado.

-Desconecte-replicó la voz sosegada de Burbank, el elemento de enlace de La Sombra-. Desmonte el dictógrafo. Embale el equipo y regrese a Nueva York.

De debajo de una alfombra de un rincón, Vincent, el joven agente de La Sombra, desmontó un aparato que se hallaba conectado con el cordón de una lámpara. Volvió a la pared y pasó la mano encima del enchufe.

Al titubear, percibió el sonido cuchicheando de una risa repetida en ecos que terminó de una manera brusca.

El joven quitó el enchufe. La Sombra ya no podía decir lo que se discutía en aquella habitación. Ya no podía hablar a los que estuviesen presentes.

Luego Harry Vincent se marchó. La habitación quedaba vacía y silenciosa.

La misión del hombre de misterio había terminado.

La Sombra había oído. El hombre de las tinieblas expresó sus ideas. Había avisado que los agentes del crimen rondaban por Miramar y sus palabras fueron desoídas.

¿Qué peligro amenazaba a la elegante playa veraniega?

¡Tan sólo La Sombra lo sabía!

CAPITULO III
CUATRO REYES Y UN AS

¡La Sombra habló de hechos!

¡Mientras el señor Cruikshank, alcalde de la ciudad de Miramar, conversaba aún con sus compañeros en el vestíbulo palaciego del hotel Pabellón, varios reyes del crimen reuníanse debajo de aquel techo!

Dos hombres se hallaban sentados en la habitación de un departamento de lujo, en un piso interior del gran hotel.

Uno era un hombretón de edad mediana, aire juvenil y rostro sonriente; no obstante sus facciones tenían un aire duro que desmentía el cordial pestañeo de sus ojos.

Muchas personas de otras regiones del país habrían reconocido a este hombre, pero era un recién llegado a la ciudad de Miramar y virtualmente desconocido allí.

Era Bagshawe, propietario de una cadena de casas de juego, situadas en distintas partes de los Estados Unidos. Su establecimiento más famoso estaba en Florida, donde usualmente se veía al famoso jugador.

Donde había dinero, allí se encontraba a Bagshawe. Su presencia en la ciudad de Miramar indicaba que esperaba realizar óptimos negocios en esta playa próspera.

El otro hombre era de un tipo completamente distinto, bajo, de rostro pastoso y ojos inquietos y astutos, este individuo no tenía la cordial expresión que caracterizaba a su corpulento compañero.

Era un miembro de los bajos fondos sociales, cuyas operaciones delictivas se realizaban de manera tan sagaz que la policía no había logrado nunca ponerle las manos encima.

Shifter Reeves se llamaba y su relación con empresas turbias había sido materia de especulación de parte de la policía.

Los dos hombres conversaban en voz baja, con cautela. Evidentemente esta entrevista servia de primera presentación. Bagshawe observaba a Reeves con una expresión de curiosidad y el hombre de rostro pastoso dirigía miradas rápidas en dirección de su compañero.

Tres golpecitos sonaron en la puerta. Reeves lanzó una mirada rápida a Bagshawe. Con aire lento y displicente, el jugador levantóse a responder a la llamada.

-Tres golpes-murmuró-. Es el número tres.

AL abrirse la puerta, entró un hombre corpulento. Vestía con elegancia y tenía un aire retador.

Cerró la puerta tras sí y dirigió una mirada escrutadora a sus compañeros.

Satisfecho de que eran los hombres que esperaba encontrar, hizo su propia presentación.

-Supongo que habéis oído hablar de mi-dijo-. Me llaman Hooks Borglund. Tú eres Bagshawe-miró al jugador-, y supongo que tú eres Shifter Reeves. ¿Dónde está el otro?

-Llegará pronto-indicó Bagshawe-. Es el número cuatro. Después vendrá...

Hooks Borglund asintió con un movimiento de cabeza. Tomó asiento y encendió, nervioso, un cigarrillo egipcio. La conversación terminó. Los tres hombres esperaban.

El silencio no duró mucho. Breves instantes después, cuatro golpecitos sonaron en la puerta. Bagshawe respondió a la llamada.

El hombre que entró era alto y bien proporcionado. Tenía el aire y los modales de un caballero.

Mientras los otros tenían un aire próspero-y, sin embargo, vulgar-el recién llegado presentaba un contraste a causa de su porte aristocrático.

Vestía un frac irreprochable que llevaba con el aire de un hombre de mundo.

Los tres personajes que le esperaban se impresionaron al ver su aspecto.

Bagshawe, observando que el recién llegado no tenía el propósito de hacer ninguna manifestación, decidió efectuar la presentación.

-¿Eres Herberto Carpenter?-le preguntó.

EL recién llegado movió la cabeza en señal de asentimiento.

-Yo soy Bagshawe-continuó el jugador.

-Este es Shifter Reeves, y este otro, Hooks Borglund. Somos los tres que habías de encontrar aquí.

-Me alegro de conoceros-respondió Carpenter.

Antes de que alguno de los reunidos pudiese haber hecho algún comentario, sonaron cinco golpecitos lentos en la puerta del aposento.

Bagshawe dirigió una mirada de ansiedad a su alrededor para asegurarse de que todos estaban debidamente sentados.

-Es él-cuchicheó-. Esto significa que hay que apagar las luces. ¿Comprendido?

Los otros asintieron en silencio.

Bagshawe extinguió las luces. Abrió lentamente la puerta. Entró un hombre.

Tan sólo el perfil de su cuerpo podía distinguirse a la luz borrosa del pasillo exterior. La rápida visión se esfumó cuando, el hombre cerró la puerta tras sí.

Cuando Bagshawe volvió a su butaca, el recién llegado tomó un asiento y se sentó.

Titileó la llama de una cerilla, pero no dio a conocer las facciones del quinto hombre. Su cabeza estaba inclinada cuando encendió un puro.

Un brillo reluciente que subía y bajaba cuando el hombre ascendía y descendía el habano, era la única señal de su presencia.

-¿Estamos todos aquí?-fue la pregunta formulada en voz baja por el hombre del puro.

-Estamos todos-respondió Bagshawe.

Hubo un silencio breve, durante el cual el hombre del habano parecía estar formulando un plan de discurso.

En la habitación sumida en la oscuridad hubo una tensión como si el recién llegado estudiase a los hombres a quienes no veía.

Los otros esperaban que hablase, indicando de una manera evidente que él era quien estaba mas interesado en esta reunión.

-Vosotros sabéis quién soy-la voz del hombre del puro emergió en tono áspero y enfático-. Soy Bryant. Esto basta. No os preocupéis de mi primer alias; muchos otros tienen el mismo. Me llaman Wheels Bryant. Wheels es el nombre que dan a todos los ases.

A pesar de que los otros cuatro hombres formaban un grupo de individuos de personalidad reconocida y, eran famosos en los bajos fondos, ninguno se opuso a las pretensiones del orador. Los cuatro reconocieron, sin discusión, a Bryant como jefe supremo.

-Este es mi plan-continuó Wheels-. Lo estoy desarrollando a mi manera. Todos tendréis una participación. Lo que yo diga se hace. Cada uno de vosotros es un especialista en su profesión y yo soy quien ha de elegir el momento de atacar los puntos débiles. No quiero oír ninguna queja de sí alguno tiene que trabajar mucho y otro muy poco. Esta división del trabajo constituye parte de mi plan. Trabajo camuflado, bien protegido, bien guardadas las espaldas. Puedo averiguar todo cuanto sucede en este pueblo. Esto facilitará el trabajo de todos vosotros. Yo me encargaré de que la policía cierre los ojos y no os moleste; y si algún día uno de vosotros se encuentra en un aprieto, yo me encargaré de arreglarlo.

Tras una pausa, el hombre del habano prosiguió:

-Estas son las condiciones. Os las he expuesto anteriormente, por separado, y en este momento las oís juntos. Si estáis conformes, podemos empezar a trabajar. Si alguien tiene alguna cosa que objetar, que lo haga ahora.

El silencio que sucedió a estas manifestaciones demostró que todos estaban satisfechos. Evidentemente estos hombres se habían puesto en contacto individualmente con Wheels Bryant y sabían lo que debían esperar.

-Vamos a operar en esta ciudad-declaró Bryant con aspereza-, empezaremos con el juego. A Bagshawe le gusta hacer dinero fácilmente. Vamos a dejarle que lo haga y los beneficios irán a nuestro fondo común. Durante un tiempo parecerá que él es el único que

recoge fondos, pero esto no durara mucho. Sus ganancias parecerán insignificantes cuando empecemos a operar en grande.

Se oyeron unos gruñidos de aprobación entre los reunidos. Wheels Bryant no prestó atención. La brasa de su puro trazó un arco luminoso al hender el aire y desaparecer por la ventana abierta.

-Tú tienes otra tarea, Reeves-continuó-. Operarás en el edificio del extremo del desembarcadero. Irás allí mañana mismo y lo alquilarás para almacenar efectos navales. El edificio ha sido condenado y te lo alquilarán en seguida. ¿Comprendido?

De los labios de Shifter Reeves salió una respuesta afirmativa.

-Shifter operará con los estupefacientes-anunció Wheels-. Trabajará en gran escala. El tráfico de drogas prohibidas es muy remunerador. La casa del desembarcadero está arreglada a propósito, de la manera que él desearía. Fue utilizada el verano pasado para realizar algunas observaciones submarinas y está preparada para este negocio. Shifter tiene sus hombres de confianza y aparte de ellos nosotros somos los únicos que estarán enterados.

Tras una breve pausa, agregó:

-En cuanto a ti, Borglund, te mantendré a la expectativa. Cuando llegue el momento de que tú entres en acción, daremos el golpe final. No incurriremos en ningún riesgo y, por tanto, no realizaremos ningún secuestro hasta el momento oportuno. Toda operación dura un tiempo determinado, y cuando llegue la ocasión, podrás operar en gran escala. ¿Comprendido?

-Muy bien-declaró Hooks Borglund.

-Entretanto-continuó Wheels Bryant-, tú trabajarás, Carpenter. Tengo noticias de que eres un pájaro muy astuto. Te gusta trabajar solo. Pues bien, la ciudad de Miramar es el lugar ideal para desplumar a una multitud de muchachos ricos, todos dispuestos a ser víctimas de un chantaje. Tú te cuidarás de pescarlos. Cuando Bagshawe abra esa aristocrática casa de juego, dispondrás de un punto que ni hecho de encargo para trabajar. ¿Entendidos?

-Excelente-observó Herberto Carpenter.

-Me parece bien-comentó Bagshawe-. Más ¿hasta qué punto puede ser pública la casa de juego? Tenemos un Municipio reformista y mojigato. ¿Crees que pueden cerrarnos el local?

-Eso corre de mi cuenta-repuso Wheels, en tono enojado-. La ciudad de Miramar es un lugar de expansión y recreo. No molestarán a ningún establecimiento que tenga un aspecto decente, desde el exterior. Procura que no entren maleantes en tu aristocrático establecimiento y ten cuidado con la clase de gente que dejas subir a la sala de juego. Toma tus precauciones cuando recibas mi aviso, y abre de par en par el local; de lo contrario...

No hubo más comentarios. Todos comprendían la parte asignada a cada cual.

Wheels esperó hasta quedar convencido de que todos habían comprendido y estaban satisfechos. Luego, al cruzar la habitación, rió con aspereza.

Una lucecilla apareció por encuna de una mesa donde había un teléfono, cuando Wheels Bryant oprimió el botón. El jefe de los cinco gangsters quedaba casi invisible detrás de la luz.

No se le veía el semblante. Alargó el brazo y depositó cinco naipes encima de la mesa. Las cartas estaban boca abajo.

-Quiero que vosotros conozcáis vuestra posición-declaró conciso-. Voy a mostraros la mía. Voy a daros un pequeño recuerdo para que lo guardéis hasta que celebremos nuestra próxima reunión en el establecimiento de Bagshawe.

Wheels Bryant levantó la primera carta. Era el rey de oros. Puso el naipe a la luz y extendió la mano.

-Esta es para ti, Bagshawe-declaró con una risa áspera-. Eres un rey; el rey de hagan juego, señores. Tómala.

Bagshawe apareció a la luz y tomó la carta con su fláccida mano. Al alejarse el jugador, Wheels Bryant levantó una segunda carta. Era el rey de copas.

-Esta es tuya, Reeves-dijo-. Tú eres el rey de los estupefacientes. Tómala y no la pierdas.

La tercera carta, fue levantada cuando Shifter Reeves se alejaba con su trofeo. Este era el rey de bastos.

-Toma la tuya, Carpenter-dijo Wheels con risa áspera-. Tú eres el rey del chantaje. Guárdatela.

La cuarta carta era el rey de espadas. Hooks Borglund la aceptó.

-El cuarto rey-fue el comentario de Bryant-, el rey de espadas, Borglund. Cuando la uses, húndela hasta el puño.

Wheels Bryant tornó la última carta y la volvió. Era el as de espadas.

-Es el naipe del agujero-declaró el jefazo-. Mi carta, el as en el agujero. Ahí está, invisible, como yo, Pero recordad -agregó-, el as es mayor que cualquier rey.

Wheels Bryant apagó la luz. Atravesó la oscuridad, abrió la puerta y salió del lugar. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Bagshawe encendió la luz.

Los cuatro hombres se miraron unos a otros.

Nadie comentó la entrevista con Wheels Bryant. Le conocían por lo que era el más grande de los jefazos, un hombre que iba incansable en busca de dinero y que siempre había logrado escapar de las mallas de la justicia.

Los había hecho reyes, cada uno en su esfera. El crimen camparía libremente por la ciudad de Miramar.

Los hombres salieron uno tras otro de la habitación. Sin haberse puesto anteriormente de acuerdo, se marcharon por el mismo camino que vinieron.

El último de los cuatro fue Herberto Carpenter.

De pie, solo, el hombre vestido irreprochablemente contempló el rey de bastos, que tenía aún en la mano.

-Cuatro reyes y un as-murmuró-. No obstante... puede haber otras cartas en esta baraja.

Luego Carpenter se marchó también. Esta habitación, como la Sala Verde, abajo, quedaba desierta. Las fuerzas de la ley y los reyes del crimen se habían reunido en el mismo hotel esa noche.

Las palabras que Herberto Carpenter había pronunciado resultarían proféticas. El juego había empezado; la baraja estaba marcada en favor del crimen. Sin embargo existían otras cartas, que algún desconocido podría tener en su mano.

Los administradores de la ciudad de Miramar podían ignorar que el crimen acechaba y que se había celebrado esta reunión; pero había una persona que estaría alerta.

¡Esa persona era el misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra!

CAPITULO IV
EL CRIMEN DESENCADENADO

Había transcurrido un mes desde la primera reunión del Comité de Seguridad Pública de la ciudad de Miramar. La temporada estaba en su apogeo. La playa veraniega gozaba el año más grande de su historia.

No obstante, el pesimismo se había apoderado del pequeño grupo de hombres reunidos de nuevo en la Sala Verde del gran hotel Pabellón.

Estos hombres-los mismos que se reunieron anteriormente-mostraban caras serias mientras escuchaban el informe del jefe de policía señor Yates.

El corpulento funcionario dirigía sus observaciones al alcalde señor Rufus Cruikshank, quien presidía solemnemente la mesa de conferencia.

-Se nos burlan. Se nos escapan de entre las manos-reconoció el comisario, en tono reacio-. Es inútil cerrar los ojos a la evidencia. No acierto a comprender quiénes pueden ser los forajidos. Hemos encerrado a una partida de pistoleros de poca monta y hemos intentado destruir a la banda, pero sin resultado.

-Concrete-ordenó Cruikshank, en tono severo-. Ha hablado usted de crímenes en todas nuestras reuniones y le hemos dado a usted nuestras órdenes. No obstante, a pesar de nuestra cooperación, la situación parece haber empeorado. Danos un resumen de los recientes acontecimientos.

-Los estupefacientes, por una parte-explicó Yates, moviéndose nervioso-. Miramar está infestada de drogas. La ciudad está llena de establecimientos clandestinos. Parece que esto fuese el cuartel general de todos los contrabandistas de estupefacientes.

-Ha practicado usted detenciones.

-Sí, pero al parecer no hemos detenido más que a los clientes. Han venido a investigar algunos detectives federales; sin embargo no pueden descubrir la procedencia de las drogas. Hemos vigilado las carreteras y los trenes; hemos montado una guardia en el puerto. ¡No hemos tenido suerte!.

-¿Y el aeropuerto?.

-También lo vigilamos. El hecho es que al destacar a tantos hombres para este problema, las fuerzas quedan faltas de personal.

-¿Dónde se realizan las ventas de las drogas prohibidas?-preguntó Luis Helwig.

-En todas partes-replicó Yates-. Por ejemplo, aquí mismo, en este hotel.

Miró a Graham Hurley y el propietario del hotel pareció contagiarse de la nerviosidad del comisario de policía.

EL señor Cruikshank preguntó con acento severo:

-¿Qué dice usted, Hurley?

-Creo que el comisario tiene razón-contestó el hotelero-. No me agrada, pero, ¿qué puedo hacer yo para evitarlo? Si los traficantes de drogas no estuviesen en Miramar, no se venderían en ninguna parte.

-Exacto-asintió el alcalde, dirigiendo una mirada al jefe de policía-. ¿Qué ha hecho usted para suprimir los establecimientos indeseables, durante la semana pasada?

-Bastante-repuso el comisario-. Pero los he estado cerrando uno a uno. No tengo más remedio que hacerlo así, porque mis fuerzas están diseminadas. Pero parece que cada vez que cerramos media docena, se abre una serie de establecimientos nuevos. EL problema es grave.

-¿Cree que sus fuerzas son insuficientes?

-Sí. No era así antes-la mirada del comisario se endureció-, pero tengo cerca de una docena de mis hombres dados de baja. Ocho de ellos se encuentran en el hospital, como resultado de las batallas que han tenido que sostener. Pero hay tres... que...

Las cejas del señor Cruikshank se enarcaron interrogantes, mientras el comisario titubeaba.

-¡Han desaparecido!-exclamó Yates-. No se han presentado en la comisaría. No hay rastro de ellos. No acierto a comprender lo que les puede haber sucedido.

-¿Quiénes eran esos tres?

-Dos detectives y un patrullero. Los dos detectives estaban de guardia en el desembarcadero. El servicio es fácil. No se han presentado desde entonces. EL policía estaba de servicio y también ha desaparecido.

-¿Han practicado alguna investigación por el muelle?

-Sí, señor. Mandamos a un detective. No encontró nada anormal. Inspeccionó el interior del viejo edificio del desembarcadero que ahora se está utilizando para almacén de efectos navales. Todavía está allí el depósito que usaban para las pruebas submarinas, pero ya no se utiliza.

-¿Qué más, Yates?-preguntó el alcalde, con brusquedad.

-Los suicidios-respondió el comisario-. Una verdadera epidemia.

-Ya había suicidios antes-dijo Raymond Coates, el negociante en terrenos.

-La proporción es de tres a uno ahora -replicó Yates-. Yo tenía la idea de que la gente venía a divertirse a Miramar, no para tirarse al mar desde la punta de un muelle ni por las ventanas de un hotel.

Graham Hurley eludió la mirada del jefe de policía. Los otros tenían el rostro serio. Era conocido que cuatro personas se habían tirado a la calle desde los pisos superiores del hotel Pabellón, durante los últimos doce días.

-¿A qué atribuye las muertes?-interrogó el señor Cruikshank.

-A los estupefacientes, a las bebidas alcohólicas y al juego... y a otras cosas, quizá, que no hemos averiguado aún. Tengo el sentimiento de decirles, señores, que la situación es grave. Estoy enfrentándome con una organización criminal tan poderosa que me tiene intranquilo.

-Las drogas estupefacientes-observó el alcalde-.Usted está realizando una campaña contra esa lacra, Yates. Continúe su labor. Probablemente obtendrá resultados halagüeños. ¿Qué hay respecto a las bebidas alcohólicas?

-Es lo único satisfactorio-respondió el comisario Yates-. Me ha dado que pensar. Siempre hay unos cuantos contrabandistas y sabemos cómo tratarlos. Hay menos borracheras que antes. Por esta razón me figuro que algunos peces gordos se dedican a lo otro y dejan el negocio de las bebidas a los peces pequeños.

-¿Y el juego?

-Se juega fuerte. El jugador más importante de la región está operando en Miramar, Bagshawe, el pájaro que ha abierto el club Catalina.

-El club Catalina funciona de una manera respetable-objetó Raymond Coates-. Yo y otros miembros del Comité de Seguridad Pública solemos ir allí con frecuencia. Es un lugar alegre de Miramar, una atracción excelente. Opino que no debe molestársele.

-El club es un lugar respetable-confesó Yates-, pero estoy pensando en la sala de juego que hay encima. Es un establecimiento elegante, pero se puede jugar a la ruleta y al faro en gran escala.

-¿Lo ha sorprendido cuando jugaban?-interrogó el señor Cruikshank.

-No-contestó el comisario-. Lo he estado vigilando. Parece que no pasa nada anormal cuando tengo la vista en él, pero en otras ocasiones tengo mis dudas.

Coates lanzó una risa desdeñosa. El alcalde se volvió hacia el especulador de terrenos y, habló con acento severo.

-El comisario Yates es un hombre eficiente-declaró-. No toleraré ninguna crítica de su labor. Tengo depositada mi absoluta confianza en él. Si es necesario, propondré un aumento de las fuerzas.

-No estoy criticando al comisario-protestó Coates, precipitadamente-. No acierto a comprender por qué se preocupa tanto de unos establecimientos donde no encuentra nada delictivo. Existe demasiada delincuencia en Miramar.

-Ya discutimos la cuestión de un aumento de fuerzas-intercaló Luis Helwig-. No soy de opinión que haya necesidad de volver a discutir el asunto, a lo menos, por ahora. Tengo la seguridad de que cuando el comisario haya localizado las verdaderas fuentes del mal, podrá ponerles coto. Si necesita más hombres, que los tenga.

Movimientos aprobatorios de cabeza fueron las respuestas de los otros miembros. El señor Cruikshank resumió la opinión general moviendo la cabeza en señal de aprobación y anunció que se levantaba la sesión.

Cuando el señor Cruikshank salió de la Sala Verde, le acompañaba el comisario. El alcalde tomó el sombrero de copa y se lo puso.

Era la personificación de la dignidad cuando salió al paseo, llevando su bastón con puño de oro.

El señor Cruikshank observó que el comisario iba a dirigirse en otra dirección y, con un gesto, le detuvo. Yates le siguió y se detuvieron junto al automóvil del alcalde que se hallaba apartado a corta distancia.

-Acompáñenme-sugirió el alcalde, en voz baja.

El comisario subió al coche y los dos fueron conducidos a la residencia del alcalde. Entraron en un pequeño despacho. El señor Cruikshank invitó al comisario a sentarse y le ofreció un habano.

-Yates-le dijo, severo-: está usted preocupado. Díganme por qué.

-Tiene usted razón, señor alcalde-declaró el comisario, en tono de alivio-. Me alegro de poder hablar a solas con usted. Estoy cansado de esas reuniones del comité.

-Puede usted venir a verme siempre que necesite un consejo.

-Lo haré en lo futuro. No quería mostrar mi falta de confianza en el comité, pero...

-¿Pero qué?

-Se han puesto en contra mía-respondió el jefe de policía-. Lo he visto esta noche. Cuando hablé de los suicidios, Hurley chilló preocupado por su hotel. Cuando mencioné el club Catalina, Coates protestó, porque es propietario del local que tiene alquilado a Bagshawe.

-Lo comprendo - murmuró el alcalde-. Debemos conceder cierto margen de facilidades al espíritu de empresa en Miramar. Estos hombres son humanos, al fin y al cabo.

-Sí-Yates habló en tono lento y reacio-. Pero ese es precisamente el problema. Es demasiado humano. Ellos son excesivamente normales.

-¿Cómo?

-No quiero lanzar ninguna acusación-declaró el comisario-, pero lo puedo remediar pensar en ciertas cosas. Usted conoce que lucho con desventaja. Esta batalla contra los estupefacientes y el juego prohibido se discute en las reuniones del comité antes de que yo pueda actuar. Ahora bien, supongamos...

La mirada del señor Cruikshank era severa citando el comisario de policía hizo una pausa. Yates observó la mirada y se movió nervioso.

-Continúe, Yates-invitó el alcalde con firmeza.

-Supongamos-prosiguió el comisario, lentamente-, que alguien actúa de espía y pasa el aviso, diciéndoles que tengan cuidado tal noche, que los vigilan, etc. Ayudaría a los malhechores, ¿no es cierto?

El señor Cruikshank asintió con la cabeza mientras tamborileaba en la mesa.

Parecía considerar las palabras del comisario.

Éste se fue poniendo más intranquilo. Comprendió que había proferido algunas acusaciones indirectas contra ciertas personas a quienes el alcalde tenía en gran aprecio.

Durante unos momentos, se dio cuenta de que su empleo pendía en la balanza. Luego sintió un alivio cuando el señor Cruikshank repuso:

-Quizá tenga usted razón, Yates. Sí, tal vez tiene razón. Dígame-añadió en tono pensativo-: ¿sospecha usted de alguien?

-No -respondió el comisario-. De nadie en particular. Pero... hay algunos que podrían tener interés en participar del botín.

-¿Quiénes son?

-Helwig, Coates y Hurley y quizá otros que han invertido bastante dinero en Miramar.

-Tanto más motivo para que deseen protegerlo.

-Lo reconozco; pero, al mismo tiempo, uno de ellos puede tener el plan de dar un golpe en gran escala.

-Su sugerencia es peligrosa-declaró Cruikshank-. Tenga cuidado en no repetirla. Podría comprometerlo...

-No lo he dicho a nadie más que a usted-interrumpió el jefe de policía, precipitadamente-. Pensé que debía decírselo...

-Ha hecho usted bien, Yates. Guardaré silencio sobre lo que acaba de decirme. Si se trama alguna traición en el seno del comité, debemos estar preparados para destruirla. ¿Se le ocurre alguna idea?

-Sí-respondió el comisario, con franqueza-. Me agradaría trabajar con usted, independiente del comité. Que sepan lo que hemos hecho, no lo que nos proponernos hacer. No les comuniquemos nuestro plan de batalla.

-Perfectamente-respondió el alcalde, moviendo la cabeza-. Perfectamente, Yates. Podemos empezar nuestro plan esta misma noche. Un contacto más estrecho entre los dos y depender menos del comité.

-Me alegro de oírle decir eso-dijo Yates-. Usted observó cómo Coates se alborotó cuando habló de la sala de juego del club Catalina-. Quizá le tenga mucho cariño a ese club, pero, de todos modos, no creo que Bagshawe esté en Miramar por motivos de salud.

-Eso es probablemente cierto, Yates, si Bagshawe es la figura tan importante del juego que usted dice. ¿Por qué no vigila el establecimiento más de cerca?

-Tengo allí a algunos hombres destacados, pero son conocidos. Esta noche-Yates tuvo una inspiración-, visitaré el lugar y echaré un vistazo. Una especie de visita de sorpresa. ¿Qué le parece?

-Es una idea excelente.

-Y después, daré una vuelta por algunos tugurios. Veré si han echado el guante a algunos traficantes en estupefacientes.

El alcalde se levantó y estrechó calurosamente las manos del comisario. El corpulento funcionario salió de la casa y se dirigió hacia el paseo.

El señor Cruikshank permaneció mirándole desde la puerta, moviendo la cabeza en señal de aprobación.

La habitación donde los dos hombres habían conversado estaba desierta. Tan sólo una sombra larga permanecía en el suelo, una extraña línea negra procedente de la ventana.

La sombra se movió. Deslizóse hacia la ventana y desapareció.

¡Alguien había estado escuchando!

En la calle, delante de la casa, la misma forma negra reapareció; sin embargo no había señal del personaje cuya presencia delataba.

Moviéndose con rapidez a lo largo de la acera, la figura de negro siguió la dirección que el comisario de policía había tomado. A media manzana de la residencia del alcalde, alcanzó al corpulento funcionario.

Yates no vió la misteriosa sombra. Tampoco la observó el señor Cruikshank, que estaba de pie en la puerta. No obstante, aquella figura siguió adelante, acompañando al comisario en dirección del club Catalina.

Esta fantástica masa de negrura significaba la presencia de un personaje viviente. Algún ser desconocido tenía gran interés en los asuntos de Miramar.

Tan sólo una figura podía moverse tan silenciosamente e invisiblemente a través de la oscuridad. La misma cuyo aviso contra los planes de los malhechores no fue escuchado.

¡La Sombra estaba en la ciudad de Miramar!

CAPITULO V
DETRÁS DE LA PUERTA

El club Catalina estaba muy concurrido cuando el comisario Yates entró en el popular club nocturno. Situado en el primer piso de un rascacielos, el club era el lugar más apropiado para los paseantes por la playa y los que buscaban diversiones. El comisario Yates se detuvo y giró la vista en derredor de la sala, con su amplia pista de baile.

Era un cabaret lujosamente instalado, con centenares de mesas a los lados.

Terminada su breve inspección, el jefe de policía se volvió hacia una escalera situada en un extremo de la sala. Su cerebro no funcionaba muy aprisa y unos ojos usualmente alertas no observaron a la figura de él.

Pisando la gruesa alfombra, Yates subía pensativo.

Unas escaleras alfombradas significaban que se esperaba la llegada de visitantes arriba. Sin embargo, no se veía el aflujo de los clientes. Yates permanecía dudoso. Conocía las señales de un tugurio clandestino, desde la planta baja.

Al final de la escalera de caracol, encontró una puerta cerrada. Giró el pomo.

La puerta se abrió y el comisario de policía penetró en una habitación pequeña con una puerta al otro lado. La segunda puerta cedió también a su toque.

La pieza donde entró ahora era bastante grande y cuadrada. Tenía dos puertas en lados adyacentes. Estaban abiertas y ofrecían a la vista el plano del piso: cuatro habitaciones, cada una formando parte de un gran cuadrado.

La primera de estas habitaciones-donde Yates se encontraba ahora-estaba ocupada por una docena de personas jugando al bridge. Había otras de pie.

Reconoció a una de ellas, al detective destacado en el local.

Ninguno de los jugadores de bridge jugaban por dinero, pues no se veía ninguna ficha encima de las mesas. En lo que concernía a Yates, era un juego legal y permitido.

Mientras el jefe de policía contemplaba aún la escena, alguien se le acercó y oyó la voz de Bagshawe.

-Buenas noches, señor comisario-saludó el jugador, en tono cordial-. Me alegro de verle por aquí. ¿Le gusta mi establecimiento? Si el club Catalina continúa prosperando, tendremos el sobrante aquí arriba.

-El lugar parece excelente-observó Yates, con aspereza-. Hay mucho espacio.

-Permítame enseñarle el resto de la casa -sugirió el propietario.

Condujo al comisario al salón contiguo. Estaba amueblado lujosamente; veíanse mesas grandes, muchos butacones y tres pianos. Bagshawe continuó mostrando el local, pasó por un tercer salón y entró en un cuarto.

Allí se detuvo y señaló hacia una puerta.

-Mi despacho-indicó-. Entre a fumar un cigarro.

La habitación no tenia ventanas. Estaba situada en el centro mismo del suelo cuadrado, usando una porción de cada una de las cuatro salas que la rodeaban.

Bagshawe se sentó a una mesa escritorio que había en medio de la oficina.

Sacó una caja de habanos. El comisario Yates depositó en un cenicero la colilla de puro que le diera el alcalde Cruikshank y tomó uno de los habanos de Bagshawe.

-Bonito despacho, ¿eh?-dijo el dueño del local.

-Muy lindo-respondió el jefe de policía-. Tiene usted una hermosa serie de habitaciones. Demasiado hermosas para utilizarlas cuando hay exceso de concurrencia en un cabaret, a menos que...

Bagshawe sonrió.

-Hable, hable, señor comisario.

-Pues bien, el juego es su profesión-observó Yates-. Tal vez se imagine qué el negocio es óptimo en la ciudad de Miramar.

-¿Y qué si me lo parece?-sonrió Bagshawe.

-Comprobará que no es tan bueno-repuso el comisario-. Escuche, Bagshawe. Cuanto menos incidentes haya entre usted y yo, mejor será para los dos. Miramar es una playa de veraneo y un lugar de recreo, pero el juego no está permitido ni lo estará. Tiene usted un bonito negocio abajo. Continúe con él sin buscar complicaciones.

-Gracias-declaró Bagshawe, pausadamente-. Opino que su consejo es probablemente acertado.

-Es un buen consejo-afirmó el comisario-. He recibido algunas quejas durante las últimas semanas y he venido precisamente con el objeto de echar un vistazo. Quizá hayan exagerado las cosas. Me siento inclinado a darle un margen de confianza. Pero siga mi consejo y olvide toda idea de abrir una gran casa de juego. Si usted quiere jugar en proporciones modestas... es un lugar de recreo, al fin y al cabo. Pero no intente nada en gran escala. De lo contrario, habrá disgustos.

Tras estas palabras el comisario se levantó y salió del despacho. Bagshawe le acompañó a la puerta. Llegaron a la antesala y Yates descendió la escalera.

En la calle, delante del club, el comisario encontró al detective a quien vio arriba.

-¿Qué sucede, señor comisario?-preguntó el agente.

-Nada, Parker-respondió Yates-. He visitado el local para comprobar que todo estaba en regla y que usted estaba en su puesto.

-Déjelo de mi cuenta-repuso Parker-. Vigilo ojo avizor este establecimiento.

Yates se sentía satisfecho al marcharse. Había dudado de Parker, pero ahora tenia confianza en él.

La visita sorpresa fue bien calculada. No encontró nada que fuese motivo de sospecha. Hasta las puertas de arriba estaban abiertas.

El comisario continuó su camino, convencido de que el club Catalina no desarrollaba ninguna empresa ilegal.

Parker regresó al primer piso. Le esperaba un empleado.

-Muy bien-dijo el detective.

La cerradura de la puerta exterior chirrió.

EL detective se dirigió a la sala de bridge y cuchicheó el mismo mensaje a otro empleado. La segunda puerta chirrió.

Bagshawe, de pie en una de las puertas del fondo, pronunció un breve anuncio. Los jugadores de bridge, hombres y mujeres, se levantaron, riendo, y pasaron a la otra sala.

Los empleados trabajaban. Las mesas macizas fueron abiertas apareciendo a la vista unas ruedas de ruleta.

Otras revelaron juegos de faro. Los pianos arrimados a la pared eran objetos huecos y cuando fueron apartados aparecieron detrás instrumentos de juego, para apuestas de medio dólar.

El aviso llegó con rapidez abajo. Ciertas personas, que se hallaban sentadas en el club, fueron informadas de que la Diosa Suerte reinaba de nuevo suprema en el establecimiento del piso superior.

Una multitud de visitantes ascendió la alfombrada escalera. Al cabo de un cuarto de hora, el dinero tintineaba sobre las mesas cuando más de cincuenta jugadores hacían sus apuestas.

Yendo de un lado a otro, Bagshawe observaba los rostros de los visitantes.

Se detuvo en un rincón para hablar a media voz con el detective Parker.

Todo marchaba viento en popa. Satisfecho de no hallar presente ninguna persona sospechosa, entró en su despacho.

Era extraño que durante sus sagaces observaciones, el rey del juego no viese ni rastro de la misteriosa sombra que precediera al comisario cuando subió la escalera.

Aquella sombra no se marchó cuando el jefe de policía abandonó el local.

Los escalones que partían del cabaret era el único sitio por donde los visitantes podían entrar y salir.

No habiendo visto a la figura negra que significaba la presencia de un ser viviente, Bagshawe no observó la larga raya de negrura que se extendía por el suelo del despacho y llegaba al borde de la mesa de escritorio.

Aquella sombra emergió del lado de la puerta de un armario de pared.

No había motivo para que Bagshawe sospechase que un intruso había entrado, pues cerró con llave la puerta cuando él y el comisario Yates salieron.

!Quizás el rey del juego depositaba demasiada confianza en las cerraduras!

Giraba la llave en la cerradura de su escritorio. Era una cerradura peculiar, colocada encima del cajón, que también estaba provisto a su vez de otra.

Bagshawe se guardó las llaves. Miró su reloj y se levantó presuroso del escritorio. Apagó la luz, salió del despacho y cerró la puerta tras sí.

AL poco rato, desde un lugar aislado, el jugador observaba atento. Contó ciertos nombres cuando entraban por la puerta exterior. Uno era Hooks Borglund; el segundo, Shifter Reeves. Al cabo de unos minutos, apareció Herberto Carpenter.

El jugador cruzó la sala y abrió la puerta de su despacho, mirando su reloj con aprobación al mismo tiempo. Una vez dentro de la oficina, no encendió la luz. En lugar de ello, se sentó en una butaca cerca del rincón

La puerta de la oficina se abrió y otro hombre entró. Le siguieron otros.

Cuando la puerta se cerró por última vez, los cuatro reyes del hampa se hallaban dentro.

-¿Estamos todos?

La áspera pregunta surgió del sillón junto al escritorio. Era la voz de Wheels Bryant, jefe supremo de esta banda criminal.

Las respuestas mostraron que todos se hallaban presentes. El invisible jefe comenzó a hablar en su habitual tono dominante.

-El Comité de Seguridad Pública se volvió a reunir esta noche-dijo-. El comisario Yates se siente asustado. Declara que la ciudad está infestada de drogas estupefacientes. Esta preocupado por los agentes de policía que han desaparecido. Recuerda eso, Shifter.

-Tuvimos que «pasaportearlos» al otro barrio-repuso Reeves-. Dos de ellos entraron por casualidad en el depósito del desembarcadero. Tuvimos que sacarlos por donde entraron. El tercero era el más peligroso. Dijo que iba a volar el depósito. Averiguó demasiado, por pura casualidad. Uno de la pandilla lo atrapó.

-¿Y el cuerpo?

-Salió con algunos efectos navales para el almacén. Lo despaché, como a los otros.

-Ten cuidado en lo futuro-advirtió Wheels-. Evita las muertes, si es posible. Yates ha denunciado también el establecimiento de Bagshawe.

-Vino esta noche-rió el jugador-. Lo estaba esperando. Me dijiste que vigilase alerta, y lo he hecho, Wheels. Se marchó contento.

-¿Están sobornados los detectives? ¿Los tienes bien «untados»?

-Seguramente. Parker y Bass son los únicos destacados de vigilancia aquí. Creo que Yates piensa que yo no conozco quiénes son. ¡Sé la manera de tratar a esos sujetos!

-Opera fuerte desde ahora en adelante-ordenó Wheels-. Yates no te molestará durante un tiempo. En cuanto a ti, Shifter, procede con parsimonia. Los estupefacientes se han extendido mucho; no trates de impulsar mas la venta.

»Todos recogeremos un importante botín. Contamos contigo, Carpenter. Has realizado una docena de operaciones; y si Bagshawe opera en gran escala, podrás trabajar más. ¿Qué tienes en perspectiva?

-Tengo echado el ojo a cuatro-explicó Carpenter, en tono suave-. Puedo esquilmarlos esta semana, si os parece bien.

-Adelante, pues. ¿Cuánto calculas que reportarán?

-Doscientos mil dólares... quizá más.

-¡Doscientos mil!

La exclamación salió de los labios de Shifter Reeves. Fue silenciado por una palabra de aviso de Wheels Bryant.

-¿Estás seguro de ello?-inquirió el as de la baraja.

-Todo lo razonablemente seguro que uno puede estar-afirmó Carpenter, con voz calmosa-. Mañana operaré con el principal, mañana por la noche. Saldré de aquí y terminaré en el hotel Pabellón.

-Bien trabajado-elogió Wheels-. Procedes con toda clase de precauciones, ¿no es cierto?

-Sí-repuso Carpenter-. Paso por un vecino muy respetable de la ciudad. Tengo un atractivo hotelito en la playa. Mi esposa y mis tres hijos viven allí. Voy a mi casa todas las noches, excepto cuando tengo que hacer algún trabajo especial, como, por ejemplo, mañana por la noche.

La pausa que sucedió fue interrumpida por Hooks Borglund. Evidentemente al cuarto rey de la baraja le molestaba su propia inactividad. Su voz indicó que estaba deseoso de mantener su prestigio.

-¿Y yo?-preguntó-. Estoy dispuesto... cuando digas la palabra. Puedo realizar buenas operaciones...

-Aún no-interrumpió Wheels-. Continúa cooperando; es suficiente por ahora. Entrarás en acción más adelante, cuando hayamos dado un buen golpe. Será mejor que dejes a Shifter por ahora, Hooks. Ronda por el hotel mañana por la noche y el resto de esta semana. Estaré por allí en caso de que Carpenter te necesite.

-De acuerdo-respondió Hooks.

-Si Carpenter tiene éxito en su operación-declaró Wheels-, tendremos medio millón al final de esta semana. Desde luego, contando con que Bagshawe y Shifter sigan operando. Tenemos dos meses por delante y el gran día del pago y del reparto será a mediados de septiembre, cuando se celebre la fiesta de la belleza.

Tras una pausa añadió:

-Hemos cubierto los gastos y ahora empiezan los beneficios. Calculo seis millones para el fin de esta temporada; un millón para cada uno de vosotros; dos para mí. ¿Está bien?

-Seguramente-asintieron cuatro voces.

-Los detectives están «untados> -continuó Wheels-. Hay que seguirlos «lubricando». Según mis cálculos-desde dentro-no habrá ningún cambio en la administración de la ciudad. Esto nos beneficia. Con los miembros de la pandilla trabajando barato, estamos seguros.

Hubo una pausa y luego el as de la baraja añadió:

-Tuve el temor de que algún sujeto, enterado de nuestros planes, interviniese y nos diese un disgusto; pero ahora ya no me preocupa. Mañana es el gran día, el comienzo del dinero de verdad.

Titiló una cerilla, pero no reveló ningún rostro. El aroma del humo del puro flotó por la oficina. Recordó a los hombres reunidos la otra noche cuando Wheels Bryant fumó en la oscuridad.

Evidentemente Bryant sentía predilección por una marca determinada de habanos.

-¿Desea alguien formular alguna pregunta?

No hubo respuesta a la pregunta de Wheels. Los reyes del crimen estaban satisfechos de las instrucciones recibidas.

-Operaciones magníficas - murmuró el jefe en un leve gruñido-. Dinero en grandes cantidades. Para todos nosotros. Os escogí a vosotros cuatro porque sabía que erais eficientes y hombres capaces de realizar mis planes. Carpenter tendrá la palabra mañana. Vigilad el resultado de sus operaciones. Eso es todo.

Uno tras otro, los hombres salieron del despacho. Bagshawe fue el último de los cuatro reyes en salir. Solamente quedó Wheels Bryant.

La luz de su habano brilló y se movió lentamente hacia arriba y hacia abajo; luego se extinguió en un cenicero. El as se había marchado.

Hubo un movimiento en el despacho, durante el cual pudo oírse un leve sonido de golpear. Sucedió un silencio. Al fin, el interruptor emitió un chasquido junto a la pared.

A la luz, que llenaba la habitación apareció un hombre en pie. Alto y siniestro, parecía un ser sobrenatural.

Envuelto el cuerpo en una capa negra, las facciones ocultas por las amplias alas de un sombrero negro, parecía investigar los lugares donde los reyes del crimen se reunieron durante la breve conferencia que sostuvieran.

Una risa suavísima brotó de labios invisibles. Era la risa de La Sombra.

Invisible, el hombre de las tinieblas había llegado a este despacho. Como testigo silencioso, había asistido a la siniestra reunión de los reyes del hampa.

Hasta las manos del misterioso personaje estaban enguantadas de negro. Tan sólo dos ojos señalaban la presencia del hombre de la noche dentro de aquellas vestimentas. Eran ojos ardientes que descubrían un significado en todo cuanto veían.

La capa negra produjo un levísimo rumor cuando la espectral aparición movióse hacia el centro de la habitación y se detuvo junto al escritorio.

Allí sus dedos enguantados de negro levantaron de un cenicero la colilla de un puro. Luego la volvió a poner en el mismo sitio.

Una risa cuchicheada emergió de debajo del sombrero de alas anchas.

La Sombra pasó por el lado del escritorio y se sentó en el mismo lugar que Wheels Bryant eligiera. Puso las manos en el borde del escritorio.

Sonó un leve ruido en la puerta. Con un rápido movimiento, La Sombra se apartó del escritorio y extendió su alta figura en la estrecha hendidura detrás de la puerta del armario de la pared.

La puerta se abrió y Bagshawe entró en el despacho.

El jugador se quedó atónito al ver la luz.

Examinó con recelo el cuarto, pero su mirada pasó por encima de la inmóvil línea de negro que emergía del lado de la puerta del armario.

Luego movió la cabeza como si comprendiese el misterio. Él dejó el cuarto a oscuras; pero quedó Wheels Bryant. Evidentemente el jefazo encendió la luz antes de marcharse.

El jugador fue al escritorio y lo abrió. Tomó un puro de la caja y salió, apagando la luz al marcharse.

Hubo un ligero ruido en la oscuridad. Un leve chasquido emergió del escritorio. Luego se oyeron una serie de sonidos casi imperceptibles.

Cuando el jugador volvió al despacho poco después, la luz que encendió no receló ninguna sombra en el suelo.

Esta vez el despacho estaba completamente desierto. Pero el jugador, al sentarse al escritorio, aparecía sorprendido. Una vez más sacó las llaves de su bolsillo y cerró el escritorio.

En su rostro hinchado se dibujaba una expresión de perplejidad. Paseó por la habitación y cerró la puerta del armario. Luego, encogiéndose de hombros, volvió a las salas de juego.

Bagshawe no era hombre que se preocupase por cosas triviales. Era, en ocasiones, muy distraído. Cuando no sospechaba nada, no buscaba nada.

EL solo, entre los cinco conspiradores, podría haber adivinado que un hombre desconocido estuvo allí aquella noche.

¡Pero Bagshawe no sospechaba que La Sombra había entrado y se había marchado!

CAPITULO VI
LA NOCHE GRANDE

Una multitud entraba en el lujoso club Catalina. Las brillantes luces del cabaret más alegre de la ciudad de Miramar proyectaban sus reflejos por el paseo de madera de la playa. La temporada estaba en su apogeo y habían llegado más veraneantes que nunca.

Desde una ventana de uno de los pisos del hotel Pabellón, una elevada figura observaba al gentío. Veía a la gente dirigirse al club. También observaba las luces borrosas del segundo piso, que brillaban opacas a través de las cortinas.

La figura vigilante se apartó de la ventana. Vestía de frac y presentaba un aspecto inmaculado. Sus facciones tenían una expresión tan fija que parecían cinceladas en piedra.

Del bolsillo del chaleco, la figura misteriosa sacó una tarjeta de visita que llevaba el nombre del gerente del club Catalina; un antiguo subordinado de Bagshawe.

En el reverso de la tarjeta aparecían estas palabras:

Presenta al señor Lamont Cranston. Concedido derecho de entrada.

La tarjeta estaba firmada con las iniciales del gerente.

Cuando la mano que tenía la tarjeta se movió hacia arriba, un objeto brilló en un dedo. El fulgor cambió de un azul brillante a un rojo opaco.

Tan sólo una gema rara poseía aquellos misteriosos colores tornadizos. La piedra era un ópalo de fuego.

Cuando Lamont Cranston cruzaba lentamente la habitación, sus labios firmes se abrieron y una risa suave y siniestra brotó de ellos. El rostro impasible no expresó ningún júbilo; sin embargo, la risa burlona era sardónica.

¡La risa de La Sombra!

Disfrazado, adoptando la personalidad de Lamont Cranston, multimillonario y viajero, el hombre de misterio planeaba otra visita a la casa de juego, donde entrara subrepticiamente la noche anterior.

En el vestíbulo del hotel Pabellón, Lamont Cranston pasó por delante de dos hombres que hablaban cerca de la puerta. Uno era Herberto Carpenter, vestido con elegancia y exhibiendo modales de caballero.

El otro era un hombre corpulento, de edad mediana, que parecía la personificación de la prosperidad. Los dos iban a alguna parte.

En su despacho, encima del club Catalina, Bagshawe, el jugador, hallábase sentado con las manos entrelazadas delante del macizo escritorio del centro de la habitación. Su rostro tenía su habitual sonrisa.

El teléfono repicó y Bagshawe descolgó el receptor.

La voz de Wheels Bryant sonó a través del alambre.

-¿Está todo dispuesto para esta noche, Bagshawe?

-Ya lo creo-respondió el rey del juego con una risita-. A todo gas. Ya hay más de un centenar de personas aquí. Si Yates no viene...

-No irá-aseguró la voz de Wheels Bryant-. Cree haber descubierto el misterio de los estupefacientes; cree haber dado con el origen del negocio. Fue a visitar al alcalde anoche y ahora está atareado registrando algunos de los tugurios más ínfimos. Shifter le ha preparado algunas pistas falsas para tenerlo ocupado. No hay límite para la banca esta noche, Bagshawe.

El rey del juego colgó el auricular y su amplia sonrisa se dilató aún más.

Sacó un habano de una caja y cortó de un mordisco una punta mientras salía pausadamente del despacho, cerrando la puerta tras sí.

En las salas de juego el corazón de Bagshawe se llenó de júbilo al contemplar a los jugadores haciendo fuertes apuestas. Todas las ruletas de la casa funcionaban. Las mesas de faro estaban ocupadas. Una mesa de dados constituía una atracción adicional.

Un empleado se acercó al rey del juego y le pasó una tarjeta.

-¿Puede entrar?-preguntó-. Este es un millonario según me dijeron abajo...

Bagshawe leyó el nombre de Lamont Cranston. Observó las iniciales escritas en la tarjeta. Miró hacia la puerta y vió al hombre de rostro firme y sereno que estaba de pie allí. Hizo con la cabeza un movimiento de aprobación y devolvió la tarjeta al empleado.

La mirada del jugador siguió a Lamont Cranston cuando éste cruzó la sala.

Luego su atención se desvió al observar a dos hombres que acababan de entrar. Uno era Herberto Carpenter; el otro, un individuo corpulento.

El rey del juego sonrió. El compañero de Carpenter había visitado el local anteriormente. Era un cliente.

Era Gifford Morton, un multimillonario que se pasaba la temporada de las regatas en Miramar. Bagshawe avanzó para saludar al recién llegado. Había conocido a Morton en Florida.

-¿Va a probar suerte en la ruleta, señor Morton?-preguntó.

-Sí-respondió el millonario, sonriendo-. Tengo unos miles para tirar, como ya he hecho muchas veces en otros establecimientos suyos.

Carpenter dirigió una mirada a Bagshawe. Significaba la mirada que el multimillonario iba a perder unos cuantos miles más esta noche sin la ayuda de las ruedas de la ruleta de Bagshawe.

Se usaba dinero contante y sonante en lugar de fichas en el establecimiento de Bagshawe. Cuando Carpenter y Morton se detuvieron delante de una mesa de ruleta, la mesa estaba cubierta de monedas de oro y de plata.

Hombres vestidos de frac rivalizaban con mujeres ataviadas elegante y lujosamente en sus esfuerzos para realizar grandes ganancias.

Herberto Carpenter puso veinte dólares al rojo y Gifford Morton le imitó.

Pasando delante del hombre de la ruleta, Bagshawe cuchicheó una palabra y recibió una seña de asentimiento, en respuesta.

-Trátalos bien-fueron las palabras de Bagshawe.

El rey del juego ignoraba los planes de Carpenter respecto de Morton. No obstante, sabía que probablemente ayudaría Carpenter si Morton no perdía demasiado dinero. Era evidente que Carpenter querría tener a su presa de buen humor.

Solamente una persona oyó esas palabras.

Lamont Cranston. El visitante de rostro firme y sereno había elegido un puesto cerca de la cabecera de la mesa y había arriesgado unas cuantas sumas pequeñas. Ahora su mirada se enfocó sobre el hombre encargado de la ruleta.

Transcurrieron varias jugadas. Una lluvia de apuestas cayó sobre los números rojos.

Gifford Morton aventuró doscientos dólares sobre el negro. En el momento en que la rueda iba a girar, Lamont Cranston se inclinó y puso una cantidad sobre cl mismo color.

La rueda terminó sus vueltas y la bola cayó sobre un número negro. El «croupier» recogió el dinero del espacio rojo. Miró atónito al empezar a pagar las apuestas al negro.

¡Lamont Cranston había ganado mil dólares!

De nuevo los jugadores cruzaron apuestas. La rueda tornó a girar. Esta vez Cranston había jugado dos contra uno por la cantidad de quinientos dólares.

Uno de su hilera de números ganó. Cobró otros mil dólares.

-Suerte-gruñó el «croupier» en voz baja.

Pero a medida que el juego continuaba, la suerte de Cranston persistía. El visitante de rostro severo parecía poseer una habilidad extraordinaria en el juego. A veces sus repuestas no pasaban de sumas pequeñas.

Eran las ocasiones en que perdía. Cuando sus apuestas eran fuertes, su número ganaba.

Sus ganancias iban en aumento, Cuando cobró mil seiscientos dólares en una apuesta de doscientos, el «croupier» le miró con furia.

La ruleta de Bagshawe no había perdido nunca. El límite de las apuestas eran mil dólares.

¡Este jugador fantástico jugaba al límite y ganaba!

Las monedas de plata y de oro estaban desparramadas en apuestas sobre la mesa. Cranston puso tranquilamente y montón de monedas de oro al número 13. La rueda giró y la bolita saltó de un lado a otro hasta encontrar un sitio donde alojarse.

La ruleta se paró. La frente del empleado se cubrió de gotas de sudor al ver que el 13 era el número ganador.

No se dibujaba ninguna sonrisa en el rostro del «croupier» al observar el montón de monedas de oro. Lamont Cranston había jugado quinientos dólares. El dinero fue pagado.

Los jugadores encontraban un motivo de entusiasmo. Todos los ojos estaban clavados sobre la asombrosa figura, cuyo cerebro parecía poseer el don de la adivinación. Otros siguieron el juego que Cranston indicaba. La ruleta estaba embrujada. La banca sufría fuertes pérdidas.

Había transcurrido bastante tiempo desde que se iniciara el juego. Los jugadores que ahora apostaban eran la «élite», los que podían perder grandes sumas.

Sin embargo estaban ganando. EL empleado abandonó la ruleta durante un breve descanso. Dirigióse lacia el despacho de Bagshawe.

Apoyado en la mesa, el nuevo empleado hizo un ligero movimiento con el pulgar. Luego se dispuso a girar la rueda. En aquel momento una voz cuchicheó a su oído.

-No hagas ningún movimiento.

Las palabras tenían un acento siniestro. El empleado se estremeció y, al mirar en dirección al sonido, encontró la fría mirada de un rostro impasible junto al suyo.

El empleado comprendió de repente que él solo había oído la voz. Miró en los ojos centelleantes y se encontró presa de una mirada magnética.

Haciendo un esfuerzo bajó la vista y vió algo que nadie más observó: el cañón de una pistola automática contra el borde de la mesa.

La mano izquierda de Lamont Cranston se extendió. Sobre un montón de monedas de oro lanzó sus destellos un ópalo de fuego. Los ojos que lo vieron miraron hacia el montón de dinero.

Cinco monedas de oro de veinte dólares tintinearon sobre el tapete... ¡encima del doble cero!

Resonaron en torno de la mesa unas risas breves y burlonas. ¿Acaso se equivocaba por fin el jugador de suerte tan fantástica?

¡Doble cero era el número de la casa! ¡No se había jugado en toda la noche!

Se apostaron algunas cantidades pequeñas a otros números, pero nadie se atrevía a jugar al doble cero fatal, a pesar de que el genial jugador lo había elegido.

El empleado giró la rueda. Su mano se mantuvo apartada del borde de la mesa. El solo veía aún el amenazador cañón de la pistola. Su cabeza se inclinó, abatida.

La ruleta de Bagshawe estaba preparada para las situaciones críticas como la presente. Falló por una vez. El hombre de rostro impasible había escogido de antemano el número ganador.

Cuando la ruleta se paró, mostró la bolita alojada en el doble cero. El «croupier» quedó consternado. Mecánicamente, pagó treinta y cinco mil dólares al ganador.

Antes de que la ruleta estuviese dispuesta para girar de nuevo, Bagshawe apareció sobre la escena. Su rostro sonreía forzadamente. Habló a los jugadores que había alrededor de la mesa.

-Tenemos que cerrar inmediatamente-declaró-. Sé que es temprano, pero tenemos que andar con cuidado. No podemos tener abierto después de esta hora.

Los jugadores se alejaron haciendo comentarios, mirando con envidia el montón de dinero que Lamont Cranston había acumulado.

Si el diablo en persona hubiese jugado, no habría tenido más suerte que aquel extraordinario jugador.

Bagshawe dijo la verdad al anunciar que era hora de cerrar. Pero no había dado la verdadera razón. Esta noche la casa había sufrido pérdidas increíbles.

¡La banca había saltado!

Los empleados apremiaban a los jugadores para que salieran. La sala iba vaciándose y la mayoría de los jugadores estaban satisfechos.

Habían participado en las ganancias, aunque en grado moderado. Mas las ganancias de aquel jugador-el del rostro impasible-eran materia de especulación,

Gifford Morton conversaba con Herberto Carpenter cuando los dos salían juntos. EL multimillonario había ganado diez mil dólares. Estaba de buen humor.

Esta pareja llamó la atención de Lamont Cranston. Recogiendo sus ganancias, el afortunado jugador se dispuso a marcharse.

Fue Bagshawe quien le detuvo. El corpulento rey del juego interceptó a Lamont Cranston con una sonrisa cordial.

-Mis felicitaciones-exclamó Bagshawe-. Tuvo usted una suerte fantástica esta noche, señor...

-La suerte es a veces un hábito-interrumpió Cranston en tono enigmático.

-Pase a mi despacho-invitó Bagshawe-. Está usted demasiado cargado con esas monedas. ¿Y si se las cambiara por billetes?

Cranston se detuvo en seco. Observó que Morton y Carpenter se dirigían hacia la escalera. Oyó unas cuantas palabras de su conversación.

Hablaban de pasar un rato en el club Catalina en lugar de regresar tan temprano al hotel. Además los empleados habían formado un cordón irregular entre Cranston y la puerta de la antesala.

-Muchas gracias-respondió el millonario con una leve sonrisa-. Acepto el favor que me hace. Los billetes serían más convenientes.

Con la mano de Bagshawe en su hombro, Cranston se volvió hacia la puerta del despacho. Miraba hacia delante al caminar. No pareció observar la mirada rápida y significativa que Bagshawe dirigió a sus subordinados.

La puerta de la oficina se cerró detrás de los dos hombres. Los empleados que estaban ocupados guardando los equipos de juego cesaron de repente en sus tareas.

Dos hombres se acercaron con premura hacia la puerta que conducía a la escalera. Al regresar, hicieron una señal a sus compañeros, quienes continuaron desalojando las salas sin más interrupción.

Estas maniobras habían dado sus resultados. Varios hombres ascendían con sigilo la escalera en dirección de la antesala. Los <gangsters> reunidos precipitadamente a una señal dada, interceptaban el paso para que nadie descendiese la escalera.

Lamont Cranston había ganado con facilidad. Había entrado deliberadamente en la guarida del rey del juego. Pronto se dispondría a salir, pero desde ahora en adelante, le esperaba al acecho un peligro.

Bagshawe, el rey del juego, era un hombre que estaba siempre preparado para afrontar cualquier situación crítica. Quizá el hombre que hizo saltar la banca se marcharía; mas, en tal caso, no se llevaría el dinero.

Eso había planeado Bagshawe.

¡Pero no había contado con La Sombra!

CAPÍTULO VII
EL HOMBRE QUE SE ESFUMÓ

Bagshawe sonreía cuando se enfrentaba con Lamont Cranston desde el otro lado de la mesa escritorio del centro del despacho particular.

Fingía admirablemente, pareciendo, olvidar por completo las pérdidas que había sufrido.

-Sí-dijo el jugador, en tono afable-: ha tenido usted suerte. Eso es precisamente lo que me gusta ver: clientes que puedan exhibir ganancias. Tendré mucho gusto, señor Cranston, en cambiarle por billetes ese dinero que abulta tanto. Nos encanta ver que el dinero sale; en realidad estamos preparados para dicho caso. No obstante, nos gusta conservar el oro, pues nos sirve de fichas.

Bagshawe en realidad trataba de retardar la partida de Cranston. El jugador miró el rostro del afortunado jugador y observó una expresión dura y severa.

Bagshawe se movió, nervioso. Había tratado con clientes difíciles en su vida; éste prometía ser uno de los más difíciles.

-¿A cuanto ascienden sus ganancias?-inquirió.

-Ciento cincuenta mil dólares-respondió Cranston tranquilamente-. Cambié ochenta mil en billetes, a petición del «croupier», en diversas ocasiones. Tengo setenta mil en plata y en oro.

Una enorme cantidad de monedas de oro descendió sobre la mesa. Cranston amontonó los discos amarillos con tanta calma como si hubiesen sido fichas de papel.

Bagshawe quedó anonadado. Esto era demasiado. El desastre había ocurrido con tal rapidez que no se había dado plena cuenta del volumen de las pérdidas sufridas por la casa.

Calculando mentalmente, el rey del juego recogió las cantidades entregadas para pagar a los que cambiaban el oro por papel. Se quedó estupefacto al calcular el total.

Otros jugadores habían ganado esa noche.

Se habían perdido doscientos mil dólares a lo menos; y tres cuartas partes fueron a parar a manos de Cranston.

¡Medio millón de dólares!

Fue el cálculo que Wheels Bryant hiciera de las futuras ganancias del Sindicato formado por los reyes del crimen; esa cantidad calculó como ganancia para fines de semana.

Con Carpenter trabajando aun a base de doscientos mil dólares; con Bryant contando con los beneficios de la timba, las pérdidas de esta noche significaban que las ganancias anteriores habían desaparecido.

Bagshawe estaba perplejo. Jamás en su vida aventurera había tenido una noche como ésta. No lo comprendía. Sus instrumentos de juego estaban arreglados para ganar; sus empleados eran hombres de experiencia. Sospechó una traición.

-¿Bien?

La pregunta de Cranston, formulada en tono calmoso, sacó de su abstracción a Bagshawe. El rey de las timbas se encontró mirando a dos ojos penetrantes que brillaban en el otro lado del escritorio.

-Ah, sí, señor Cranston -dijo con una sonrisa forzada-. Se le deben setenta mil dólares. Se los daré en billetes grandes.

Abrió una caja de caudales situada en un rincón. Hizo una pausa tras una breve inspección y luego, cerrando la caja de caudales, se volvió hacia Cranston.

-La caja ha quedado vacía-murmuró-. Me han dejado limpio, señor Cranston. Ahora recuerdo que usé todo el papel para pagar a los otros ganadores. Lo siento, no podré cambiarle su oro.

Cranston alargó la mano para recoger su dinero.

Bagshawe extendió el brazo para impedírselo. El rostro del rey del juego había tomado una expresión patética. Sabía fingir, tan hábilmente un estado de tristeza y pena como de jovialidad.

-He sido muy desafortunado esta noche -declaró en tono lloroso-. La suerte ha estado contra mía, señor Cranston. Este dinero-señaló el oro-sería mi salvación. ¿Aceptaría usted un crédito de setenta mil dólares hasta finales de esta semana?

-Lo siento-manifestó Cranston-. Mañana salgo para Nueva York.

La cabeza de Bagshawe se hundió en su pecho mientras observaba a su visitante metiéndose calmosamente las monedas de oro en los bolsillos.

Luego el jugador abrió distraídamente un cajón del escritorio y sacó un talonario.

-Le pagaré bien-dijo en tono suplicante-. Un veinte por ciento, señor Cranston. Si me pudiese prestar cien mil dólares, le firmaría un recibo por ciento veinte mil.

Cranston esbozó una sonrisa.

-Cuando vine aquí esta noche – dijo-, traje quince mil dólares. He ganado diez veces más. Ahora me ofrece usted la insignificancia de veinte mil dólares por un préstamo de cien mil. Prefiero realizar mis inversiones en otra parte. Por ejemplo, en otras casas de juego.

En las facciones de Bagshawe se dibujó una expresión de desaliento. Dejó el talonario en el cajón y comenzó a levantar lentamente la mano.

Una palabra brusca e imperiosa de Lamont Cranston hizo que el jugador permaneciera al instante inmóvil. Tan sólo su mirada se dirigió hacia el millonario.

Bagshawe clavaba la vista en el cañón de una pistola automática que empuñaba Lamont Cranston. El millonario de rostro aquilino no había sido engañado por las maneras farisaicas del jugador.

-Saque el revólver que tiene en la mano-ordenó Cranston en voz monótona-, y déjelo encima de la mesa.

Bagshawe obedeció, ceñudo. Su mano fláccida emergió del cajón y dejó caer en la brillante superficie del escritorio un reluciente revólver.

Cranston alargó la mano que tenía libre. El revólver tintineó al caer sobre las monedas del bolsillo del millonario. Empuñando aún su arma, habló calmosamente al hombre que había intentado engañarle.

-Tom Bagshawe-dijo con acento sarcástico-, el simpático y cordial rey de las timbas, un estafador de profesión. ¿Extraña por qué le han salido mal las cosas esta noche? ¿No se le ocurrió alguna vez que alguien descubriría sus métodos?

El millonario hizo una pausa y continuó, en tono despectivo.

-La suerte está ausente de sus chirlatas, Bagshawe. Esa ruleta suya estaba trucada para ganar. La vigilé y burlé al empleado que la hacía funcionar.

-Me han traicionado... -empezó el jugador.

-No su empleado-interpuso Cranston-, sino esto.

Acercó la pistola al jugador, que se puso a temblar.

-Cuando la ruleta estaba preparada para que la casa ganase-declaró el millonario-, aposté con la casa. Su empleado fue a cambiarlo. Afortunadamente miró en mi dirección y vió el

cañón de esta pistola. Entonces no se atrevió a operar ningún cambio. Aquella vuelta de la ruleta hizo saltar la banca.

Tras estas palabras se levantó pausadamente de su butaca y se guardó la pistola, se dirigió a la puerta y, deteniéndose allí, clavó una mirada severa sobre Bagshawe.

Desplomado en su asiento, el famoso jugador tenía el aspecto de un hombre derrotado. Sus ojos parpadearon ante la impasible mirada de Cranston.

-Siento tener que dejarle-observó Cranston con sarcasmo-. No obstante, su situación no es tan critica como pretende. Puede usted encontrar dinero, Bagshawe-añadió en tono significativo-, del mismo origen que usó anteriormente. No obstante, esa fuente será cortada.

Las palabras dejaron intrigado al jugador.

¿Acaso este hombre impasible conocía las relaciones que tenía con Wheels Bryant?

-Tengo otro trabajo que hacer esta noche-continuó el millonario-. Una rata ha chillado. Quizá otra hará lo mismo. Escuche mi aviso, Bagshawe. No se mueva de esta oficina y permanezca inactivo hasta dentro de un cuarto de hora. De lo contrario...

Se tocó el bolsillo donde guardaba la pistola.

El famoso jugador movió la cabeza indicando haber comprendido. EL hombretón estaba acobardado.

Lamont Cranston salió de la oficina tranquilamente, cerró la puerta tras sí.

Cruzó pausadamente la sala, vigilando con aire indiferente a los empleados que trabajaban en su labor de camuflaje. Llegó a la puerta que daba a la sala exterior.

En aquel momento uno de los empleados llamó a otro para que le ayudase a mover una mesa. Ninguno de los dos observaba al millonario, pero éste se detuvo con una mano en la puerta.

Sus labios dibujaron una sonrisa despectiva al mismo tiempo que introducía una mano en un bolsillo. Presintió que la llamada era una señal.

Con un movimiento súbito abrió la puerta, entró en la antesala. Sin vacilar un momento, se echó a un lado y encontró a un individuo robusto y mal encarado que estaba allí. La mano derecha del sujeto estaba levantada; en la mano empuñaba una cachiporra.

La pistola de Cranston estaba presta, pero no la usó. El truhán hizo un movimiento para descargar un golpe con la porra.

El millonario esquivó el golpe y su puño derecho, lanzado corto y veloz, descargó sobre la barbilla de su asaltante. EL hombretón se tambaleó y cayó hecho un ovillo al suelo.

Mientras el «gángster» caía, Cranston hizo un nuevo movimiento. Saltó sobre el cuerpo cuando éste se desplomaba, y se agazapó detrás, de cara a la dirección opuesta.

Obró a tiempo. Dos hombres, momentáneamente asombrados por el súbito colapso de su compañero, avanzaron dando un salto.

Uno de ellos empuñaba un revólver; el otro, una porra. La pistola de Cranston-invisible hasta ahora para los malhechores habló. Su disparo hirió la muñeca del de la porra, quien, profiriendo un chillido de dolor, se tambaleó y tiró la cachiporra para llevarse la mano a la muñeca herida.

Dos pistolas ladraron al mismo tiempo. El pistolero disparó en el preciso momento en que Cranston disparaba su segundo tiro, acertando mientras el otro erraba.

El millonario presentaba un blanco difícil. La bala del pistolero le pasó rozando. Pero el «gangster» ofrecía un blanco perfecto para la puntería de Cranston. AL saltar cayó de bruces al suelo.

Cranston se dirigió hacia la escalera. Abriendo la puerta, se detuvo para inspeccionar los alfombrados escalones. Media docena de nuevos asaltantes, atraídos por los disparos, subían precipitadamente para intervenir en la refriega.

Un tiro errático siguió a la aparición de Cranston. Las balas se estrellaron en los costados de la puerta entreabierta.

La réplica de Cranston fue una risa retadora. Mientras resonaban sus tonos sarcásticos, la pistola que empuñaba empezó a vomitar llamaradas de fuego.

El primero de sus atacantes se desplomó. Otro cayó y se retorció por el suelo al desplomarse en los brazos de sus compañeros.

Un tercer disparo y un cuarto... Los pistoleros de la escalera ya no atacaban.

De común acuerdo, huyeron escaleras abajo, uno de ellos lanzándose de una manera grotesca cuando una bala le hirió en el hombro.

Rostros furiosos aparecieron abajo; luego los pistoleros buscaron un lugar de refugio cuando retumbó otra detonación.

Lamont Cranston estaba en el escalón de arriba, empuñando sendas pistolas, y su ojo de águila vigilaba por si algún adversario imprudente saliese de su cobijo.

Reinaba abajo una gran confusión. Los clientes del cabaret estaban aterrorizados. Bagshawe había llegado al límite al ordenar esta acción tan violenta. Siempre había tenido una partida de «gangsters», vestidos con elegancia, en el cabaret nocturno; pero nunca los había usado hasta ahora.

¡No obstante, esta noche había en la balanza la cantidad de ciento cincuenta mil dólares! Había que capturar a Lamont Cranston o impedirle que saliera.

Esas eran las órdenes y los pistoleros estaban dispuestos a obedecer.

Sin embargo, cuando la solitaria e intrépida figura empezó a descender la escalera el camino estaba libre. No había ningún pistolero dispuesto a iniciar un nuevo ataque. Cuatro malhechores tendidos en el suelo indicaban la eficacia de aquellas terribles pistolas.

Los dispersos pistoleros habían encontrado la horma de su zapato. Eran ratas y huían despavoridos, pensando únicamente en sus miserables pellejos.

El ataque en masa fue derrotado.

Luego se presentó de repente la oportunidad que aprovecharon las hordas del crimen. Los clientes del cabaret se dirigieron de repente hacia el vestíbulo del fondo de la escalera, en un frenético esfuerzo para abandonar el local donde las pistolas habían tronado.

En medio de una multitud de mujeres chillando y hombres excitados aparecieron las mismas caras de los pistoleros. Los revólveres escupieron llamaradas desde abajo.

Protegidos por los cuerpos de los clientes, la manada de lobos levantó sus pistolas para disparar de nuevo sobre el certero tirador que dominaba la escalera.

Lamont Cranston se dio cuenta de la situación antes de que el primero de sus enemigos hiciese fuego. Tenía que disparar sobre un blanco que se encontraba en medio de la multitud.

Al mismo tiempo él sería un blanco para el fuego de los pistoleros. La estampida había empezado y no había de escapar a las consecuencias si permanecía a la vista.

Ascendiendo con rapidez la escalera, llegó a la puerta en el mismo instante en que disparaban una granizada de tiros desde abajo. Sonaron gritos y chillidos; el lugar se llenó de humo; las balas rebotaron en los escalones y en el umbral.

La barrera estaba acribillada a balazos. No ofrecía ninguna protección.

Conociendo esto, los pistoleros emergieron de la multitud y empezaron a subir de nuevo la escalera. Habían acorralado a su enemigo y ahora lo aniquilarían.

La manada de lobos aullaba al avanzar, animando a otros para que les siguiesen. Era lo peor del plan siniestro. Actuaban de forma que apareciese que el hombre de arriba era un fugitivo de la justicia; que acosaban a un malhechor culpable de lo sucedido.

Parker, el detective, siguió a la oleada. Jugando con dos barajas podía unirse a los atacantes. El ataque tenia el aspecto de un acto justificable.

Los <gangsters> llegaron a lo alto de la escalera esperando encontrar a su víctima muerto de los balazos disparados a través de la puerta.

Todo fue cuestión de segundos. La puerta cedió cuando unos cuantos hombres vigorosos se lanzaron sobre ella. Durante un instante los pistoleros divisaron a su enemigo.

Lamont Cranston se hallaba en la antesala, de pie junto a la puerta del fondo.

Fría y serenamente disparó sobre los bandidos que entraban. Sus tiros certeros detuvieron en seco a los que estaban a punto de disparar.

Luego, viendo que el paso estaba cerrado, el tirador de rostro aquilino aprovechó una tregua en medio de la batalla. Se metió las pistolas en los bolsillos de la americana. Su mano izquierda giró el pomo de la puerta interior.

Un <gangster>, enterrado debajo de dos pistoleros abatidos, viéndola, levantó la mano para disparar.

Cranston le ganó de mano. La mano derecha que guardara su pistola descargada, sacó el revólver de Bagshawe. El dedo apretó el gatillo al propio tiempo que el revólver relució. El <gangster> que iba a apuntar exhaló un gemido.

La puerta cerróse detrás de Lamont Cranston al entrar en las salas de juego.

Allí, alerta como antes, el millonario se enfrentó con una partida de empleados de rostro feroz. Aguardaban la llegada de los atacantes. EL estruendo de la batalla les había hecho creer que Lamont debía estar muerto.

La aparición del millonario les produjo consternación. Aunque estaban armados, fueron pillados de sorpresa. Dos empezaron a hacer fuego y Cranston los paró en seco con balas certeras. Los otros se dispersaron para ponerse a cubierto.

Una mano empuñando una pistola emergió en el umbral de una habitación contigua. Cranston apuntó calmosamente y su tiro destrozó la muñeca visible.

Otra de sus balas hirió a un hombre que trataba de disparar de detrás de una mesa.

Los asustados empleados huyeron a la sala más lejana. Tras ellos siguióles un disparo final; luego el sonido fantástico de una risa triunfal.

¡Aquella risa burlona era la señal de La Sombra!

La puerta iba cediendo al empuje de unos cuantos <gangsters> en la antesala. Esta barrera era más resistente que la primera. Quedó cerrada automáticamente con llave cuando Cranston la cerrara; ahora cedía. Rápidamente el millonario oprimió los interruptores de la luz dejando al cuarto sumido en una completa oscuridad.

En aquella oscuridad, Cranston se movía con la rapidez y sigilo de La Sombra. Los leves destellos de luz que se filtraban por la puerta que se derrumbaba no revelaron al corpachón de Bagshawe.

El jugador esperaba. Había observado que el pomo de la puerta giraba. Y, ahora, profiriendo un grito, se lanzó sobre su enemigo.

El jugador ofrecía un blanco perfecto para el revólver de Cranston, pero el millonario no disparó. El arma estaba vacía. Bagshawe lanzó un grito de triunfo al ver que el arma caía al suelo. Se lanzó hacia delante y su rostro se contorsionó al sentirse atrapado en una presa de acero.

El corpachón del rey de las chirlatas ascendió levantado por la fuerza de un superhombre. EL corpulento jugador cayó de bruces con las manos extendidas. Su cuerpo dio un salto mortal chocando sus espaldas contra el suelo y quedando luego desvanecido por la fuerza del golpe.

Los gangsters atacantes penetraron en el cuarto. Las luces se encendieron y los pistoleros se dispersaron por las salas buscando el rastro del audaz adversario.

Tan sólo vieron unas ventanas con barrotes de hierro v unos empleados estupefactos; hasta que descubrieron el cuerpo desmayado de Bagshawe.

Al otro lado del rey de las timbas estaba la puerta del despacho cerrada.

-¡Echadla abajo!

La base de un pesado cenicero de metal agujereó la puerta de la oficina.

Luego el individuo que lo usaba asestó un fuerte golpe. Una mano se introdujo y abrió la puerta. Los pistoleros entraron, revólver en mano, en el despacho.

La oficina estaba desierta. No se veía señal de ningún ser humano. Los malhechores salieron corriendo del cuarto y se dispersaron por las diversas salas buscando, frenéticos, al osado enemigo.

En medio de esta terrible confusión, llegó a sus oídos el sonido estridente de una sirena de la policía. Los agentes de la autoridad habían sido llamados con urgencia. Los perplejos pistoleros, cogidos en sus propias redes, se contemplaron unos a otros consternados.

Los sicarios de Bagshawe-unos veinte trataron de asesinar al solitario enemigo. No sólo los había burlado, sino que los dejó pasmados de asombro.

¡Lamont Cranston, alias La Sombra, había desaparecido por completo!

CAPITULO VIII
CARPENTER DICTA CONDICIONES

Lejos del caos del cabaret Catalina, dos hombres hallábanse sentados en una pieza de un departamento del hotel Pabellón.

Herberto Carpenter y Gifford Morton no estuvieron mucho tiempo en el concurrido club. Salieron antes de comenzar el tiroteo.

Sentados en el lado del hotel más lejano del cabaret, no oyeron las detonaciones de los disparos. Conversaban tranquilamente mientras tomaban unos cócteles.

-Ha sido una noche excelente, Herberto-observó Morton-. Diez mil dólares es una bonita suma. También tuvo usted suerte, ¿no es cierto?

-Gané unos mil quinientos dólares-repuso Carpenter, encendiendo con indiferencia un pitillo-. Sí, en efecto, diez mil dólares es una bonita cantidad.

Gifford Morton dirigió una mirada inquisitiva a su compañero. Cambió de expresión cuando Carpenter miró hacia él.

-A propósito, Herberto-dijo, en tono casual-: fue sugerencia suya que viniésemos aquí. Preparé su recepción encargando estas bebidas. Ahora que estamos lejos de aquel gentío, supongo que desea discutir alguna cosa conmigo.

-Exacto-respondió Carpenter.

-¿Se refiere a dinero?-inquirió Morton, de repente.

-Sí-contestó Carpenter, fríamente.

Morton estudió con curiosidad a su compañero. Observó a Carpenter lanzando de una manera lánguida bocanadas de humo. Esperaba que hablase.

-Diez mi dólares-murmuró Herberto-. Es una bonita cantidad, Gifford. Ha tenido suerte. No obstante, yo voy a la caza de cantidades mayores, lejos de la ruleta. Mi objetivo esta noche es la suma de cien mil dólares.

-¿Cien mil dólares? ¿Dónde espera encontrarlos?

-De usted.

La expresión cordial y amistosa desapareció del semblante de Gifford Morton. Se trocó por un aire de furia. Carpenter observó el cambio y esbozó una sonrisa que indicaba estar seguro del éxito de sus pretensiones.

-De mí, ¿eh?- El tono de Morton era retador-. ¿Usted quiere cien mil dólares? ¿Cómo los conseguirá?

-Usted me los dará-repuso Carpenter-. Voluntariamente y sin hacer muchos aspavientos. Me encantan las personas que pagan con maneras agradables. Esto es aplicable a usted, esta noche.

Gifford Morton se puso en pie, iracundo. Señaló hacia la puerta y lanzó un chaparrón de palabras furiosas a su huésped.

-¡Salga de aquí, so rata!-tronó-. Ignoro sus propósitos y no quiero averiguarlos. ¡Fuera de aquí!

-Gustosamente-replicó Carpenter, incorporándose.

Permaneció de pie en el centro del aposento, con una sonrisa en el rostro.

Luego se dirigió pausadamente a la puerta y se detuvo con una mano en el pomo.

-¿Quiere usted que me marche?-inquirió, calmosamente-. ¿Me marcho... antes de que hablemos?

En la expresión suave del hombre había un algo que hizo vacilar a Gifford Morton. Adivinó que Carpenter llevaba en sus manos una empresa que podría acarrear consecuencias graves.

Comprendió que sería prudente oír las proposiciones del sujeto.

-Siéntese-le dijo, con aspereza-. Quizá se trate de una broma. Oigamos el resto.

-El resto-declaró Carpenter-, le costará a usted diez mil dólares más; El importe de sus ganancias de esta noche. Es un castigo por llamarme rata.

-¿Qué negocio se trae entre manos?-preguntó Morton, ceñudo.

Carpenter tomó asiento y se encaró con el millonario. Sonrió con aire de astucia al empezar a hablar.

-Hemos sido muy buenos amigos desde que usted llegó a Miramar-observó-. Ello es debido al hecho de que un conocido de Nueva York mencionó a usted mi nombre. Le rogaron a usted que me viese cuando llegase aquí.

-Bueno, ¿y qué?

-Tengo muchos conocidos como el que usted conoció casualmente por asuntos de negocios. Tales conocimientos son muy convenientes. Son hombres que están a sueldo mío, y cobran por adelantado.

-¿Para qué?

-Para dirigir a personas como usted, a mis manos aptas. Conozco su historia, Morton. Puedo decirle muchas cosas de sus asuntos privados.

-¿Qué, por ejemplo?

-Podría mencionarle-indicó Carpenter, depositando su pitillo en su cenicero-el pleito de divorcio que su esposa ha pensado iniciar contra usted.

-¿Y qué? Ella no pedirá nunca el divorcio...

-Espero que no-interrumpió Carpenter, con acento irónico-. Por su propia conveniencia. La liquidación le costaría a usted más de un millón de dólares.

-¡Que lo pruebe!-se mofó Morton-. Ella alega que puede acusarme de adulterio y...

-Hace tres días-observó Carpenter, en tono casual-, recibió usted una carta de cierta mujer. Imprudentemente guardó la carta. También escribió una respuesta, que echó al correo.

Morton frunció el ceño, perplejo.

-Pagué mil dólares por escribir esa carta-continuó Carpenter-. Pagué igualmente otros mil dólares por la que usted escribió. Tengo ambos documentos en mi poder...

-¿La carta que yo recibí? ¡Mentira! La tengo aquí...

Carpenter soltó una risa cuando Morton empezó a registrarse los bolsillos.

Saboreaba el aire de confusión que se pintó en las facciones del multimillonario.

-Dejó usted la carta en otro traje-declaró-. Fue muy descuidado. La substraje en un momento oportuno.

Morton tornó a fruncir el ceño. El millonario crispó los puños y pareció estar a punto de atacar a su opresor.

Carpenter continuó imperturbable.

-¡Si tiene las cartas-exclamó Morton, de repente-, enséñemelas!

Carpenter sacó dos hojas de papel de un bolsillo. Morton se las arrebató. El chantajista lanzó una carcajada.

-Son copias fotostáticas-aclaró-. Simples pruebas de que los originales obran en mi poder.

Gifford Morton se paseó de un lado a otro del aposento, asaltado por múltiples y distintas emociones. Al fin, se detuvo y tiró las copias al rostro del chantajista.

¿Y si me niego a pagarle?-inquirió-. ¿Qué se propone hacer ron estas cartas?

-La señora Morton tiene un excelente abogado - replicó el truhán-. Las pagaría bien.

-¿Cien mil dólares?

-Más, quizá, después del divorcio, una vez cobrada la liquidación.

-¡Lléveselas a él, pues!-rugió el millonario.

-Con mucho gusto-replicó el chantajista-. Deseaba hacerle a usted un verdadero favor, Morton. Tengo la seguridad de que puede desembolsar cien mil dólares, más los diez que he mencionado; y, abrigo el propósito de cobrarlos de usted. En consecuencia, después de llegar a un acuerdo con el bogado de su esposa sobre este asunto, volveré a visitarle a usted para hacerle otra proposición.

Morton abrió la boca, estupefacto.

-Tengo en mi poder-continuó el chantajista-, cartas que revelan sus transacciones con la compañía Colondora. Organizó usted con gran habilidad esa empresa; luego eliminó a las compañías subsidiarias.

Tras una pausa, el pícaro prosiguió:

-Si estos hechos llegasen a ser del dominio público, creo que el valor de las acciones que usted posee bajaría a lo menos diez puntos. Tiene usted unas doce mil acciones, según tengo entendido. Eso significaría una pérdida de ciento veinte mil dólares, sin contar el daño inferido a su prestigio y a sus futuros negocios...

-Un momento-interrumpió el millonario, precipitadamente-. Deseo hacerle algunas preguntas...

EL millonario estaba excitado. Temblaba al formular la petición.

El chantajista cesó de hablar, se reclinó en su butaca y encendió otro pitillo.

Morton fue a la ventana, se volvió y se encaró con el pícaro que le amenazaba, poco a poco recuperó la serenidad.

-Déjeme estudiar su proposición-dijo lentamente-. Quiere usted que yo le pague ciento diez mil dólares.

-Exacto.

-Es una demanda...

-En efecto.

-A cambio de esa cantidad-agregó el millonario-, me dará usted ciertas cartas que obran en su poder. Pagó usted dinero a cierta persona para que escribiese la primera carta, ¿no es verdad?

-Así es.

-Y me substrajo una carta que yo había recibido...

-La substraje.

-Y pagó mil dólares por la carta que yo escribí...

-Mil dólares.

El chantajista sonreía mientras atormentaba al millonario.

Este se pasó la mano por la frente como, si se sintiese presa de la desesperación. Recogió las copias fotostáticas que Carpenter había depositado en la mesa.

-Mandó usted hacer estas copias-prosiguió Morton, pausadamente-. Copias de las cartas que adquirió por mediación de la mujer cuyo nombre aparece en ellas. Fue una conspiración...

-Fue una conspiración- repitió el bribonzuelo.

-Más que eso-, afirmó el millonario-. Actualmente intenta usted hacerme víctima de un chantaje. ¿Me entiende? ¡Esto es un chantaje!

-Desde luego-replicó el pícaro, con acritud-. Me alegro de que al fin se haya enterado. Lo estoy haciendo víctima de un chantaje, Morton. El chantaje es mi profesión.

El millonario se metió la mano en un bolsillo y sacó un fajo de billetes.

Contó el dinero con mano temblorosa. La alargó hacia Carpenter.

-Aquí tiene los diez mil dólares de que hablamos-dijo-, y diez mil más. En cuanto a los noventa mil restantes...

-En acciones de Colondora será igual para mí-agregó Carpenter-. Tiene usted por valor de más de noventa mil dólares. Y abrigaba la intención de venderlas. Yo puedo hacerlo, lo mismo que usted...

Morton extendió las manos como lo haría el hombre que reconoce la derrota.

Sonrió débilmente y fue con paso inseguro hacia la puerta de la habitación interior.

-Esto es un chantaje, Carpenter-dijo.

-Ciertamente que es un chantaje-declaró el pícaro.

La sonrisa del millonario se tornó feroz al posar la mano en el pomo de la puerta y luego girarlo lentamente.

-Me alegro de que lo haya confesado-dijo, con firmeza-. El chantaje es su profesión, Carpenter... y el intento ha fracasado.

Tras estas palabras, Morton abrió la puerta. Dos hombres sonrientes entraron, empuñando sendos revólveres. Seguíales un joven vestido con un «smoking», llevando en la mano un cuaderno de notas.

-Dos detectives, Carpenter-explicó el millonario, esbozando una amplia sonrisa-. El otro es mi secretario, Gorman. Estaba usted demasiado seguro de su éxito cuando substrajo esa carta. Cuando descubrí que había desaparecido, me preparó para un atraco como éste.

Una expresión de consternación se extendió por las facciones de Herberto Carpenter. Permaneció sentado, inmóvil, encañonado por las armas de los detectives.

-Ha intentado hacerme víctima de un chantaje-declaró el millonario-. Confieso, Carpenter, que es usted el más hábil de los chantajistas. Pero no lo bastante listo. ¿Ha tomado todas las notas, Gorman?

-Sí, señor-respondió el secretario.

-Serán muy útiles-observó Morton-. Especialmente dado que la porción final de nuestra conversación es muy comprometedora. Gorman es un experto taquígrafo. Con tres testigos para testimoniar nuestra discusión, tiene usted muy escasas probabilidades de salir bien librado, Carpenter.

El millonario terminó pus manifestaciones acercándose a la butaca donde Carpenter estaba sentado. Arrebató el dinero de las manos del chantajista y se lo guardó.

-Es hora de que terminen estos robos-declaró-. Supongo que ha hecho bastante dinero, fácilmente, en Miramar. Eso ha terminado ahora.

Carpenter había recobrado su presencia de ánimo. Conocía que se encontraba en una situación crítica y estaba dispuesto a salir del aprieto, si era posible.

-Estamos en paz, Morton-dijo, tranquilamente-. Hemos saldado las cuentas. Estoy dispuesto a declarar que no me debe nada, que estamos en paz...

-¡Está dispuesto!-replicó el millonario-. ¡Desde luego! Tiene suficiente cinismo para eso, lo reconozco. ¡Pero no le ayudará de nada esta vez! Cuando digo que han terminado sus fechorías, hablo en serio. ¡No puede tocarme, Carpenter! Cuando haya terminado con usted, estará metido tras rejas. ¡Bribón!

Herberto Carpenter no respondió a esta final acusación. Con aire resignado, se reclinó en su butaca. Las dificultades de su situación no parecían preocuparle.

-¿Cree que voy a tener compasión?-interrogó el millonario-. Tendrá que esperar mucho. Cuando yo testifique, saldrá a luz lo suficiente para condenarlo, mas no lo bastante para perjudicarme.

-Las cartas-observó el pícaro, en tono tranquilo.

-¡Guárdelas!-retó Morton-. El que se atreva a sacarlas a la luz, se comprometerá con usted. Esas cartas son dinamita en cualesquiera manos que no sean las mías.

Girando sobre sus talones, el millonario se volvió hacia su secretario.

Gorman parpadeó a través de sus gafas de concha mientras esperaba las instrucciones de su jefe.

-Llame a la policía-ordenó Morton.

El secretario fue al teléfono. Descolgó el receptor y llamó al telefonista del hotel.

Gifford Morton esbozaba una sonrisa de satisfacción.

Herberto Carpenter esperaba paciente. Tenía el aire de un hombre que aguardaba que sucediese algo.

CAPITULO IX
SE DEVUELVE LA PELOTA

Un hombre se hallaba sentado en el vestíbulo del hotel Pabellón, junto a la ventana donde la telefonista estaba instalada. A pesar de su vestimenta, el rostro del individuo delataba el hecho de que distaba de ser un caballero.

Sin embargo, eso no le impedía el acceso al lujoso hotel. El dinero era la medida para admitir a cualquier persona. Nadie extrañaba la presencia de Hooks Borglund.

Este famoso bandido de facciones duras no era la única persona que se encontraba en el vestíbulo ostentando las señales de los bajos fondos. Entre los muchos huéspedes, había varios otros de su calaña.

Estaban sentados tranquilamente en cómodos butacones, algunos al parecer nerviosos, otros indiferentes al lujo que les rodeaba.

Hooks Borglund dirigió una mirada recelosa hacia un desconocido que penetró en el vestíbulo. El recién llegado era alto y tenía un rostro sereno e impasible. Los oídos de Borglund se aguzaron al imaginarse oír el tintineo de metal. El sonido terminó en un breve chasquido.

La figura que avanzaba miró con frialdad hacia Hooks Borglund y los ojos del bandido encontraron la mirada penetrante de Lamont Cranston.

Ninguno de los dos dio muestras de haberse conocido. Cranston continuó su camino, mientras Borglund se devanaba los sesos.

Dotado de clara intuición, Hooks presintió que algún misterio rodeaba a la persona que acababa de entrar. Observó a Cranston dirigirse al ascensor.

Borglund medio se incorporó de su asiento para observar el disco. Se detuvo en el décimo cuarto piso. Borglund se hundió, con una sonrisa, en su butacón.

La habitación de Gifford Morton estaba en el décimo. Evidentemente este hombre no iba a visitarle.

El sonido de la voz de la telefonista atrajo de pronto la atención de Borglund. La muchacha hablaba en tono excitado.

-¿Desea comunicar con la policía?-preguntó-. ¿Habitación número 1048? ¿Puede esperar hasta que se lo notifique al señor Hurley?... Sí... Ah, comprendo. Gracias. Se lo comunicaré en seguida...

Borglund miraba hacia delante de él al levantarse de su asiento.

¡El número que la telefonista había dado era la habitación de Gifford Morton!

Hooks comprendió que sucedía algo anormal, pero había estado esperando.

Ahora, quizá, se había retrasado demasiado.

No debía intervenir en la operación de Carpenter; pero tenía la obligación de cuidarse de que todo iba bien.

Hooks lanzó una mirada en torno del vestíbulo. Unos cuantos pares de ojos devolvieron su mirada. Cuando los pistoleros elegantes recibieron la señal, Hooks hizo con un pulgar un ligero gesto hacia arriba.

Vió a los <gangsters> levantarse uno tras otro y dirigirse hacia el ascensor.

-¿La oficina del gerente?- La telefonista volvía a hablar-. ¿Está el señor Hurley ahí?... Sí, tengo que hablarle... es urgente... Sucede algo en el número mil cuarenta y ocho... Piden que se llame a la policía... no al detective de la casa... muy bien. Avisaré a la policía... lo pondré a usted en comunicación con ellos, señor Hurley...

La telefonista enchufó una clavija y respondió a una luz que apareció en el cuadro de distribución.

-¿Quiere usted hablar con el señor Borglund?-preguntó-. Puedo hacerlo buscar...?

Hooks se acercó a la ventanilla.

-Espero una llamada-anunció-. Me llamo Borglund. ¿Quiere usted tener la bondad de hacerme avisar si preguntan por mí...

-En este momento piden por usted-respondió la joven-. Puede hablar en la cabina número cuatro.

Hooks se dirigió con premura a la cabina indicada. Descolgó el auricular y reconoció el gruñido de Wheels Bryant.

-¿Eres tú, Hooks?

-Sí Aló, Wheels.

-Malas noticias del establecimiento de Bagshawe. Una batalla a tiro limpio. La policía intervino el local después que la pandilla terminó los fuegos artificiales. Acércate allá con la banda y resuelve según las circunstancias. Tenemos que echar el guante a un pájaro...

-La pandilla está arriba, Wheels-respondió Hooks, en voz baja. Vigilaba desde la cabina para asegurarse de que la telefonista no escuchaba-. Carpenter está en un aprieto. Está trabajando a un sujeto llamado Morton y debe haber topado con un hueso. Alguien llamó para avisar a la policía...

-Déjalo de cuenta de la pandilla. Carpenter puede decirles lo que deben hacer. Vete en seguida a casa de Bagshawe. Solo...

-Perfectamente.

Hooks Borglund salió con precipitación del hotel. Conocía que un tiroteo en el club Catalina significaba que la situación era critica. Como visitante casual después de la refriega, podría prestar ayuda. Los del hotel podían cuidarse de sí mismos. Eran sujetos competentes.

-Tenemos que echar el guante a un pájaro...

Ese mensaje de Wheels Bryant tenía perplejo a Hooks Borglund. ¿Quién habría podido ser la causa del disturbio en la casa de juego? Ni por un momento pensó en el hombre alto, de rostro placido, que acababa de pasar por su lado en el vestíbulo.

Si Borglund hubiese visto a aquel hombre ahora, se habría maldecido a sí mismo por no adivinar el significado del mensaje que acababa de oír.

En una habitación del piso decimocuarto del hotel Pabellón, Lamont Cranston se encontraba de pie junto a una mesa cerca de la ventana.

Un esbozo de sonrisa se dibujaba en sus labios cuando sus ojos miraron hacia el iluminado club Catalina.

Buscábanle allí, los pistoleros que huían y la policía que llegaba. Se preguntaban adónde se habría ido. Ahora, desde una verdadera torre de observación, contemplaba al gentío que acudía presuroso a ver el caos que él había originado.

Penetrando en la oscuridad de la habitación débilmente iluminada, el millonario de rostro aquilino sacó dos pistolas automáticas de sus bolsillos.

Cuidadosamente las volvió a cargar y las depositó encima de la mesa. Luego extrajo puñados de monedas relucientes que amontonó delante de él.

En un rincón había un baúl de grandes dimensiones. Lo apartó de la pared y oprimió dos muelles. La parte posterior del baúl se abrió, revelando dos pequeños compartimientos y una cavidad grande debajo.

Colocó el dinero en un compartimiento y añadió varios fajos de billetes. Del fondo de la abertura inferior, sacó dos prendas: una capa negra y un sombrero de alas anchas.

Cuando los largos brazos de Cranston extendieron la capa, su forro carmesí quedó visible a la luz borrosa. La flotante capa se deslizó sobre sus hombros.

Sus manos levantaron el sombrero y lo colocaron encima de su cabeza.

De pie junto a la ventana, se puso un par de guantes negros en las manos.

Una piedra preciosa que fulguraba en el dedo del corazón desapareció de la vista.

El millonario no era ya el ocupante de esta habitación. La Sombra había ocupado su lugar.

¡Dónde un ser humano estuvo antes, un espectro de la noche reinaba ahora!

La silenciosa figura vestida de negro se alejó lentamente. Las pistolas automáticas ya no estaban encima de la mesa. La Sombra, como un fantasma del otro mundo, se había fundido con los rincones oscuros de aquel aposento.

¡Su presencia se había hecho invisible!

En contraste con esta escena, un drama se iba desarrollando lentamente cuatro pisos más abajo. Herberto Carpenter, fumando tranquilamente un pitillo, estaba aún sentado en la habitación de Gifford Morton, sin preocuparse, al parecer, por su suerte.

El multimillonario se frotaba las manos mientras vigilaba al prisionero.

Gorman, el secretario, hablaba por teléfono. Morton le interrogó al colgar el receptor.

-La policía llegará pronto-anunció el secretario-. Acabo de hablar con el señor Hurley, el propietario del hotel. Dice que se encargará de que los agentes suban con los detectives del establecimiento.

-Bien-murmuró Morton-. Explicó usted perfectamente la situación, Gorman. Le dijo que mis detectives particulares estaban aquí. Son competentes para cuidarse del asunto hasta la llegada de la policía.

-Los detectives de la casa probablemente llegarán aquí antes-gruñó uno de los detectives particulares de Morton-. Es lo que hacen siempre. Quieren llegar primero y llevarse los honores. Estoy seguro de que el gerente le ha engañado. Espere y verá.

-No importa gran cosa-dijo Gifford Morton.

Herberto Carpenter seguía reclinado en su butaca.

Sus ojos estaban entornados al imaginarse lo que sucedía abajo. Ignoraba por completo la extraña serie de acontecimientos que se habían desarrollado recientemente, acontecimientos que habían dado un cariz diferente a la situación.

Hombres con distintos objetivos se cruzaron en el camino. Lamont Cranston había pasado delante de Hooks Borglund, antes de que el <gangsters> hubiese oído a la telefonista. Luego, unos pistoleros siguieron las rápidas instrucciones de Borglund, sin el conocimiento de Lamont Cranston.

El millonario había sufrido una extraña transformación, Hooks Borglund salió del hotel Pabellón en respuesta a una llamada urgente de Wheels Bryant.

Eran hechos de gran importancia para Herberto Carpenter, a pesar de que ignoraba que hubiesen acaecido.

-Se lo dije. ¿Lo ve usted?

La voz de uno de los detectives particulares despertó de su abstracción a Herberto Carpenter. Un hombre vestido con una americana corta entró en el cuarto y hallábase ahora en el umbral. El individuo tenia una expresión dura y siniestra.

-Los detectives de la casa-gruñó el mismo sabueso particular-. Le dije que vendrían antes que la policía.

Otro hombre se había unido al primero en el umbral. La pareja avanzó.

Gifford Morton habló en tono imperioso.

-Esperen hasta que llegue la policía, ordenó-. Quiero entregar mi prisionero a la autoridad.

Uno de los recién llegados asintió con la cabeza.

-Dije al gerente que permaneciesen ustedes abajo hasta que llegase la policía -continuó el multimillonario-. ¿Por qué han desobedecido mis instrucciones?

-Esperen hasta que llegue la policía-dijo uno de los dos hombres que habían entrado-. ¿De qué acusa a este sujeto?

-Eso es algo que diré a la policía-declaró Morton, con acritud.

-¿Quiénes son estos individuos?-fue la pregunta cuando el entrante apuntó con un pulgar hacia uno de los detectives particulares.

-Agentes míos-repuso Morton, enojado-. Son detectives a sueldo mío. Soy Gifford Morton.

-Dígales que guarden las armas-ordenó el recién llegado-. Nosotros nos cuidaremos de este pájaro.

El que hablaba agitó la mano en dirección a su compañero. Los dos se aproximaron a Herberto Carpenter. Cuando los detectives particulares bajaron de mala gana sus revólveres, los hombres que acababan de llegar sacaron los suyos.

-Los acribillaremos a balazos, ¿eh?

Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja cuando el primero de los dos hombres que avanzaban se acercó a Herberto Carpenter.

Una súbita expresión de comprensión dibujase en el rostro de Gifford Morton. Con un grito frenético, se volvió hacia los dos sabuesos.

-¡Cuidado!-gritó-. ¡Cuidado! ¡Estos hombres no son los detectives de la casa!

Cuando el grito de aviso emergía de los labios del millonario, otros hombres aparecieron en la puerta. Durante un breve instante, un grupo de hombres tensos parecían dispuestos a saltar.

Relucientes revólveres aparecieron a la vista. Gruñidos y exclamaciones de sorpresa surgieron de labios excitados.

Un hombre junto a la puerta tocó el interruptor de la luz. Varias figuras saltaron hacia adelante en la oscuridad. No se veía más que la luz procedente del pasillo.

Profiriendo un grito frenético, Gifford Morton abrió la puerta de la habitación interior. Una luz arrojó sus destellos sobre el suelo, hacia la butaca del centro, donde Herberto Carpenter estaba sentado.

Sonó una detonación. La llamarada fue precursora de un feroz y desigual encuentro. Los falsos detectives del hotel eran la vanguardia de la pandilla de pistoleros de Hooks Borglund.

La policía se dirigía veloz hacia el lugar; los segundos eran preciosos. Unas vidas y una fortuna pendían de la balanza. El crimen luchaba contra el juego limpio.

¡Se había devuelto la pelota a Morton!

CAPITULO X
LA BATALLA EN LAS TINIEBLAS

El disparo inicial de los pistoleros atacantes fue la señal de un fuerte tiroteo.

El apagarse las luces sirvió de perilla a los bandidos. Acechando en la oscuridad, mantenían una ventaja además de su superioridad numérica.

En el preciso momento en que el interruptor emitió el chasquido, dos pistoleros estaban frente a los detectives particulares.

Gifford Morton se encontraba en la misma porción del cuarto que sus hombres. Solamente Gorman, el secretario, se hallaba en un lugar protegido, detrás de la butaca donde Herberto Carpenter estaba sentado.

Los hombres de la puerta encañonaban a Morton y a sus sabuesos. Cuando la banda irrumpió en la pieza, dispararon al azar; pero todas las balas fueron dirigidas hacia el mismo rincón. Los dos hombres situados a ambos lados de Carpenter se sumaron al tiroteo.

Los únicos blancos que se les ofrecían a los detectives, eran el sillón donde Carpenter estaba sentado y la puerta por donde la pandilla entraba procedente del pasillo. Comprendiendo que sus vidas estaban en peligro, los sabuesos dispararon sobre estos puntos.

No tocaron a Carpenter, pues éste obró con instintiva rapidez. Conocía que el sillón se encontraba en la zona de peligro y se tiró al suelo. Los tiros disparados hacia el pasillo abatieron a un pistolero, mas eso fue todo.

Las armas de los pistoleros tronaron y al destello de luz procedente de la habitación interior aparecieron los detectives, uno tambaleándose, el otro arrastrándose, tratando de buscar el único camino que ofrecía salvación.

Sonaron fuertes juramentos cuando los implacables asesinos acribillaron a balazos a sus enemigos fugitivos.

Los ecos de las detonaciones cesaron. El cuarto quedó sumido en un silencio profundo. En el suelo yacían los detectives asesinados, acribillados por el plomo.

Los «gangsters» esperaban disparos en réplica. No hubo más tiros. La luz se encendió de nuevo.

La escena reveló lo desigual de la breve lucha: nueve pistoleros contra dos detectives y un par de hombres desarmados.

Un pistolero herido yacía junto a la puerta que daba al pasillo; los otros estaban agazapados o de pie, empuñando humeantes pistolas.

Cosa extraña, los dos hombres indefensos habían escapado a la muerte.

Si Gifford Morton hubiese intentado huir al cuarto interior, habría muerto al instante. Pero se echó detrás de la puerta que abriera. Pegado al suelo, estuvo en el único lugar seguro.

Gorman estaba agazapado debajo de la ventana. EL secretario presentaba un aspecto lastimoso. Detrás de la butaca de Carpenter, los «gangsters» evitaban tirar en su dirección, disparando únicamente sobre los hombres que sabían que podían replicar.

Herberto Carpenter, con el rostro congestionado por la excitación, se incorporó de al lado de la butaca. Una palidez se extendió por sus facciones al distinguir a los asesinados detectives.

El asesinato no era su fuerte. Era un malhechor de diferente tipo. Parecía comprender que él era el responsable de la matanza, dado que aquellos asesinos fueron en su ayuda.

Una expresión de triunfo se pintaba en los rostros de la pandilla de pistoleros. Les gustaba ver morir y mostraban satisfacción al contemplar su obra sangrienta.

De común acuerdo, miraron a Herberto Carpenter esperando órdenes.

Aturdido por la rapidez del ataque, el rey del chantaje no acertaba a tomar una decisión. Conocía que los asesinos fueron mandados para practicar una venganza terrible. EL había sido culpable de algunas muertes en su pasado; mas jamás desencadenó una hecatombe como ésta.

Confusamente, el chantajista se dio cuenta de que la policía estaba de camino. Había que tomar una determinación en seguida.

¿Ordenaría a los sicarios de Borglund qué huyesen? ¿Acaso estos hombres-Morton y Gorman-constituían una amenaza que debía eliminar?

La decisión de Carpenter se relacionó con el dinero. Había ido allí a desplumar a Morton. Ahora tenia la ocasión.

Estaba a punto de ordenar a los «gangsters» que sujetasen a su indefensa víctima, cuando un incidente inesperado cambió por completo la situación.

Gorman, poseído de espanto, se puso en pie de un salto de repente y trató de correr hacia la habitación interior. Tres revólveres ladraron. Uno-una fracción de segundo antes que los otros-hizo fuego sobre el fugitivo secretario y lo atravesó. Cayó de bruces sobre el cadáver de uno de los dos detectives.

Una risa ronca salió de los labios del pistolero que disparara el primer balazo. El criminal siguió a la risa con una orden.

-Andad-gruñó-. Agujeread a Cuatro Ojos-indicó al secretario de las gafas-, hasta que esté lleno de plomo. Mandad al otro barrio al viejo rechoncho que está en el rincón.

-¡Alto!-interrumpió Carpenter, avanzando hacia el rincón-. ¡Yo mando aquí!

Volvió hacia el millonario, que se había incorporado y estaba, con aire de reto, en el rincón.

-Le perdonamos la vida, Morton-dijo Carpenter-. No hable ni pío sobre lo sucedido, ¿comprende? Venga, entregue el dinero. Así estaremos en paz.

Los «gangsters» permanecieron ceñudos esperando, mientras Carpenter hablaba. El millonario vió sus expresiones malignas.

El multimillonario era un hombre valeroso. Acorralado, no vió más que la misma muerte que habían sufrido los otros. No respondió y el chantajista tranquilamente le metió las manos en los bolsillos y le sacó el dinero que buscaba.

-Tenedlo encañonado-ordenó, recuperando de pronto su presencia de ánimo-. Voy al otro cuarto a hacer una limpieza. Luego podremos «largarnos».

Cuando Carpenter se volvió, una súbita furia se apoderó de Morton.

Una botella descansaba en la mesa, a su lado. Con un movimiento rápido, la tornó y, blandiéndola, asestó un golpe violento. Carpenter se desplomó inerte cuando la botella descargó sobre un lado de la cabeza. Morton soltó la botella y permaneció jadeando, mirando al hombre derribado.

Hasta los «gangsters» quedaron estupefactos por el inesperado ataque.

Luego el hombre que disparara sobre el secretario habló de nuevo.

-Un momento, camaradas-ordenó, con voz áspera-. Lo tengo. Llenadlo de plomo después que yo le haya agujereado. Después nos <largaremos>, antes de que llegue la «poli». Y daos prisa... tenemos que llevarnos a rastras a éste que está desvanecido.

El «gangster» levantó su pistola. Los otros observaban mientras Morton se mantenía erguido con la resignación de un prisionero de cara a un piquete de fusilamiento.

Un pistolero, solo, permanecía afuera, al lado de la puerta del aposento, guardando el corredor. Su mirada se volvió para contemplar la ejecución.

El guardián se desplomó al suelo del pasillo cuando una pesada pistola automática le asestó un golpe seco en la cabeza. Nadie vió el porrazo.

Todos observaban al criminal que se disponía a asesinar a Gifford Morton a sangre fría.

-Un informador de lo sucedido es demasiado. Un acusador es un hombre de más, que nos estorba, Gordito. Aquí es donde te despides de este mundo.

El dedo del asesino estaba sobre el gatillo. No disparó el tiro fatal. Una pistola automática ladró desde el umbral. El pistolero que se disponía a matar al millonario se bamboleó. Su revólver cayó de sus dedos cuando él se desplomó al suelo.

De común acuerdo, siete «pistoleros» giraron sobre sus talones, gruñendo.

Sobre sus rostros endurecidos se dibujó una expresión de consternación.

Enmarcada en el umbral, aparecía una figura que significaba la muerte y la venganza. Un ser alto y siniestro, vestido completamente de negro, fue lo que los rufianes vieron.

-¡La Sombra!

Estas palabras de reconocimiento emergieron de labios aterrados.

Bien conocían estos <gangsters> el poder de La Sombra, el poderoso ser que era el azote de las hordas del crimen. Ahora habían visto una de sus proezas.

¡Llegado en medio de ellos como un fantasma de la oscuridad, había abatido al guardián y desarmado a un malvado asesino casi ante sus propios ojos atónitos!

Vencedores de dos personas, estos pistoleros no tenían ahora más que un enemigo delante. Pero su superioridad numérica era inútil.

La Sombra, mediante su ataque por sorpresa, usaba los propios medios de los «gangsters» contra ellos mismos.

Antes de que uno de ellos pudiese detenerle, el vengador vestido de negro penetró en el cuarto. Sus ojos fulguraban desde debajo del ala de su sombrero.

Luego su figura desapareció en la nada cuando su mano enguantada de negro oprimió el interruptor.

Penetraba un débil resplandor del pasillo; y una ancha cinta de luz procedente del cuarto interior, cruzaba el suelo. Pero ni el débil resplandor ni la ancha cinta de luz mostraban a La Sombra.

Con gritos frenéticos, los «gangsters» entraron en acción disparando sobre el lugar donde vieron a La Sombra extinguir la luz.

El fantasma actuó con mayor rapidez que ellos. Sus disparos en respuesta salieron de un lugar cerca del fondo de la habitación. Con sobrenatural precisión, La Sombra eligió los lugares donde las pistolas llamearon.

Un «gangster» hizo fuego; un momento después chilló cuando una bala de la oscuridad le derribó. Varios hombres cayeron profiriendo maldiciones medio formuladas en sus labios. La Sombra zigzagueaba a través del cuarto.

Los tiros disparados contra él se estrellaban en sitios donde había estado.

Sucedió, al fin, un silencio sepulcral. Comprendiendo que sus compañeros habían caído, los restantes pistoleros, de común acuerdo, adoptaron un plan de espera. Agazapados en la oscuridad, no hicieron ningún movimiento, esperando tan sólo el fogonazo del arma del enemigo.

Si La Sombra hubiese encendido de repente las luces de aquella habitación, quizá habría derrotado a sus dispersos adversarios mediante un vigoroso ataque. Pero el hombre misterioso había adoptado un plan más sagaz.

Conocía que los minutos eran preciosos para aquellos agazapados pistoleros.

Tarde o temprano, debían huir para ponerse a seguro, cuando la policía llegase. Entonces descubrirían su posición al vengador, que no mostraba ninguna compasión a monstruos como ellos.

La tensión indicaba que los bandidos conocían la situación. Sin embargo, temían moverse. Cada segundo que transcurría les acercaba más a la suerte que merecían.

Solamente un hombre de aquel cuarto de la muerte no comprendía el silencio. Ese hombre era Gifford Morton.

Mientras transcurría el tiempo, animado solamente por los gemidos de los pistoleros heridos, el multimillonario decidió que todos sus enemigos debían estar sometidos. Esta, se imaginó, era su ocasión para escapar.

Levantándose con sigilo del rincón donde se puso a cubierto, el plutócrata se dirigió con cautela hacia la puerta del cuarto interior. La primera señal de su acción fue vista al entrar en la cinta de luz.

Una pistola ladró cuando Morton apareció a la vista. El multimillonario se tambaleó, agarrándose el hombro. Retumbó otro disparo y la bala de un pistolero silbó en los oídos del fugitivo. Los enloquecidos malhechores no podían permitir que este hombre escapase.

Sus ansias de matar les delataron.

Dos tiros sonaron cuando La Sombra localizó a los hombres que dispararon.

Apuntando al lugar donde surgieron las llamaradas, la puntería de La Sombra fue certera. Los pistoleros no dispararon más. Gifford Morton franqueó el umbral, poniéndose a cubierto.

Mas en la rápida acción que salvara a Morton de una muerte segura, La Sombra, reveló su posición. Un «gangster» que vigilaba alerta, viendo un fogonazo surgir de un rincón cerca de la ventana, avisó a sus compañeros.

-¡Vigiladlo, vigiladlo, cerca de la ventana! ¡No le dejéis escapar!

Los hombres se movían en la oscuridad. Cambiaban de posición. Ninguno de los pistoleros se atrevía a disparar, pues de hacerlo, ofrecería un blanco a La Sombra. Al mismo tiempo, las pistolas estaban preparadas.

¡Otro disparo de La Sombra era cuanto necesitaban!

Sonaron unos cuchicheos cuando los <gangsters> avanzaron con sigilo hacia la puerta que daba al pasillo, manteniéndose fuera del radio de la luz.

Desde allí podían desencadenar ventajosamente un ataque en masa. Habían acorralado a La Sombra: matarle era el único objetivo de los bandidos.

Una risa siniestra resonó en la oscuridad. ¡La risa de La Sombra, burlona y triunfal! Aquellos tonos sardónicos y extraños aterrorizaron e hicieron vacilar a los <gangsters>. No podían localizar la dirección del sonido.

El significado de la risa sardónica era un misterio. ¿Por qué reía La Sombra?

¡Poca cuenta se daban aquellos pistoleros que estaban jugando en las manos de La Sombra¡ Todos buscaban el mismo objetivo; Todos se dirigían hacia el lugar de retirada, a la puerta exterior que daba al pasillo.

Unos gruñidos abogados surgieron de labios feroces. En retirada aún, aquellos malvados se creían presos bajo el encanto del vengador que los había burlado. Los cazadores estaban cazados, habían caído en la trampa.

A pesar de ignorar el plan del hombre de las tinieblas, vacilaron al aproximarse a la puerta fatal.

De pronto, un cambio de acontecimientos produjo una nueva y alarmante situación. Habían transcurrido varios minutos desde que La Sombra llegara; ahora llegaba el momento culminante para el cual tenía a raya a sus enemigos.

Se oyó un sonido de voces procedentes del pasillo. ¡La policía había llegado!

Los malhadados <gangsters> fueron forzados a entrar en acción. Uno profirió un grito de alarma; otro, que había llegado a la pared, oprimió el interruptor. La súbita inundación de luz reveló a media docena de pistoleros de cara hacia el rincón donde se figuraban que La Sombra se encontraba.

Los revólveres llamearon al encenderse la luz.

Los disparos fueron inútiles. En medio de la oscuridad, el hombre de las tinieblas había abandonado en silencio el lugar fatal.

La primera réplica de una pistola automática señaló su nueva posición.

Había llegado a la puerta que comunicaba con la pieza interior. Surgiendo de detrás, hizo una aparición inesperada.

Por encima de las llamaradas de sus pistolas aparecía el fulgor de sus ojos fríos e inflexibles. Desde su inesperado punto ventajoso, la figura vestida de negro podría haber aniquilado a los seis pistoleros que se le enfrentaban.

No obstante, cesó el fuego, burlándose fríamente de la situación desesperada de sus derrotados enemigos.

Un pistolero intentó disparar sobre La Sombra. El bandido se tambaleó, llevándose una mano a un brazo inerte cuando el tiro del hombre de misterio demostró su certera puntería.

Los otros, temiendo mas a La Sombra que a una patrulla de policía, huyeron despavoridos hacia la puerta. Encontraron a unos invasores uniformados.

Sucedió una batalla rápida. La policía, avisada por el estruendo de los disparos, estaba preparada. Las dos fuerzas se acometieron a boca de jarro.

La Sombra, de pie en el umbral de la pieza interior, usó sus armas para auxiliar a los agentes de la autoridad.

Un <gangster> blandía su revólver para descargarlo sobre un policía que había apresado a otro pistolero. La Sombra derribó al criminal. Otro bandido, retrocediendo para apuntar, se desplomó malherido por una segunda bala que el vengador vestido de negro disparara.

Los brazos se levantaban y los revólveres escupían llamaradas mientras la policía hacia retroceder a los restos de la banda.

Junto a la puerta del aposento interior, la figura vestida de negro contemplaba cómo los nuevos atacantes triunfaban de los brutales asesinos.

En medio de la excitación tan sólo la mirada de un hombre estaba clavada en La Sombra. Herberto Carpenter, tendido en el suelo, había vuelto en sí del golpe que Gifford Morton le asestara.

Por encima de él elevábase la figura de negro. Veía los ojos en los que fulgía un gran resplandor; y observó los cañones firmes y lentos de las pistolas automáticas.

De pronto resonó una risa escalofriante que hizo estremecer al chantajista.

Aquellos ojos fulgurantes se clavaron en los de Carpenter y éste los vió llamear de triunfo. Comprendió que él-como aquellos pistoleros sometidos-estaba condenado a caer en manos de la ley, para recibir el castigo merecido.

La puerta del cuarto interior se cerró. Uno de los policías la vió y echó a correr en esa dirección, al mismo tiempo que hacía una seña a las reservas.

-Alguien ha entrado ahí...

Los agentes saltaron hacia la puerta y la abrieron con violencia de par en par. A sus oídos llegaron los últimos ecos de una risa extraña y sobrenatural.

Tan sólo un hombre había en el cuarto: Gifford Morton, tendido en el suelo.

Un policía corrió hacia la ventana que estaba abierta.

-Debe haber salido por aquí, sí...

El agente miró hacia abajo; era un salto de treinta metros al patio de abajo.

Asombrado, miró arriba y observó la silueta de un hombre, asido, como un murciélago, a la pared.

-¡Ha escalado la pared!-exclamó, atónito, volviéndose hacia el interior-. Está agarrado a la cornisa...

-¡Descerrájale un tiro!-fue la respuesta.

El policía asomó la cabeza y disparó hacia arriba al mismo tiempo que la audaz figura desaparecía por una ventana. Una carcajada burlona respondió al disparo.

Los pistoleros capturados no ofrecieron más resistencia. Los prisioneros estaban todos heridos; varios agonizaban; otros yacían muertos.

Una docena de agentes, ya innecesarios allí, atravesaron corriendo los pasillos y subieron escaleras para cortar la retirada de la figura que escapara por la ventana. Ignoraban el papel heroico que había desempeñado esa noche.

Confundieron a La Sombra con un enemigo.

La frenética búsqueda fue realizada por todos los pisos superiores del hotel.

No encontraron a nadie. Fueron interrogados todos los huéspedes y las habitaciones registradas. No se encontró ni rastro de la misteriosa figura vestida de negro.

Dos agentes entraron en una habitación del piso decimocuarto. Hallaron a un huésped levantándose sorprendido de una butaca, y que, dejando a un lado un libro, miró perplejo la súbita invasión.

Este caballero de porte tranquilo, era Lamont Cranston, de Nueva York.

Manifestó a la policía que no había visto a nadie entrar en su aposento. Les ayudó a practicar un registro. Cuando supo que buscaban a alguien que vestía lo que parecía ser una capa negra insistió en que registrasen el cuarto y buscasen esa prenda. Hasta abrió un baúl enseñando su contenido.

-Muchas gracias, señor Cranston-dijo uno de los agentes-. La mayor parte de los huéspedes están indignados porque los hemos molestado. Usted es diferente; usted comprende el caso. Se han cometido varios asesinatos abajo y tenemos la obligación de realizar pesquisas por todas partes.

Cuando los policías se marcharon, Lamont Cranston permaneció en pie en el centro del cuarto, contemplando la puerta que se había cerrado detrás de ellos.

Una leve sonrisa frunció sus labios inescrutables. De aquellos labios salió el eco de una carcajada siniestra.

Era la risa cuya identidad permanecía desconocida; la risa de un personaje misterioso que luchaba por la justicia, usando sus métodos particulares y efectivos; la risa de uno que había conquistado la victoria, pero dejaba la gloria para otros.

¡La risa de La Sombra!

CAPITULO XI
El PRECIO DEL CRIMEN

Las pandillas del crimen habían sido derrotadas en la ciudad de Miramar. En una noche memorable, llena de acción, las hordas sobrepasaron los limites de la prudencia. Por algún motivo desconocido y misterioso, los planes de los malhechores fueron desbaratados.

La batalla en el club Catalina terminó en un registro de la casa de juego de Bagshawe. El jefe de policía, llamado desde un lugar lejano de la ciudad, ordenó la clausura del local.

En cuanto a Bagshawe, sus pérdidas fueron tan sólo financieras. Negó toda relación con los «gangsters» que intervinieron en la batalla.

Reconoció ser el propietario de la ruleta y otros instrumentos de juego de azar; pero declaró que no funcionaban cuando ocurrieron los sangrientos sucesos. El juego ilegal estaba vencido; era bastante.

El incidente del hotel Pabellón era más grave. Dos hombres fueron muertos a sangre fría. Gifford Morton resultó herido.

Gorman, su secretario, pendía entre la vida y la muerte. Los asesinos fueron capturados. Herberto Carpenter, chantajista de altos vuelos, fue acusado y encerrado en la cárcel.

De los pistoleros, acusados de asesinato, la policía averiguó poca cosa.

Diversos hechos reunidos demostraban que las hordas del crimen habían florecido en Miramar, pero los culpables desaparecieron. Los nombres de Shifter Reeves y Hooks Borglund fueron extraídos de labios reacios.

Una investigación a fondo, patrocinada por el alcalde, señor Rufus Cruikshank y el Comité de Seguridad Pública, permitieron al comisario Yates realizar varios descubrimientos.

El eficiente funcionario descubrió una relación directa entre ciertos «gangsters» y el tráfico de estupefacientes que se había extendido por la ciudad. Seguía tenaz la pista de Shifter Reeves, el rey de las drogas narcóticas.

No se encontró por ninguna parte a Reeves. En un abrir y cerrar de ojos, las ratas se pusieron a cubierto. La ciudad de Miramar estaba libre de los traficantes de drogas. La epidemia que se extendiera por la famosa playa veraniega había sido cortada de raíz.

Hooks Borglund seguía siendo el factor desconocido. Era evidente tan sólo que ciertos «gangsters» lo conocían y tenían relaciones con él, y quizá obedecieran sus órdenes.

La policía le buscaba, mas no porque tuviese suficientes pruebas para formular una acusación grave en contra de él. Querían interrogarle, eso era todo.

El comisario Yates resumió sus investigaciones y los resultados en una reunión del Comité de Seguridad Pública, celebrada en la residencia del señor Cruikshank. Los asistentes estaban sentados alrededor de una mesa oblonga en una sala contigua al despacho particular del alcalde.

Todos estaban impresionados por los sucesos desarrollados en la ciudad.

Helwig Coates y Hurley-los tres que se declaraban partidarios de una policía discreta, de guante blanco-escuchaban; no hablaban.

-Hemos asestado un golpe a las bandas criminales-afirmó el comisario Yates, con acento enfático-. Las hemos aniquilado. Desde ahora en adelante, los malhechores comprenderán que los aires de Miramar no les son saludables.

-Ha realizado usted una labor meritoria, Yates-comentó el alcalde-. Se ha mostrado digno de la confianza que he depositado en usted.

La aprobación del señor Cruikshank expresaba el sentimiento de todo el comité. Pero Yates, corpulento e imponente, meneó la cabeza en señal negativa al oír las palabras.

-No pido ninguna medalla-dijo-. He cumplido con mi deber, eso es todo. Estoy satisfecho de mi labor, pero lamenta que las cosas hayan llegado a este extremo. Se nos ofrecieron algunas probabilidades de éxito y las aprovechamos. Eso es todo.

Giró la vista en derredor del grupo y decidió explicar con todo detalle lo acaecido. El comisario opinaba que un recuento de los incidentes sería conveniente.

-Empecemos por el club Catalina-dijo-. Los incidentes se iniciaron allí cuando una pandilla de estos pistoleros armaron camorra. Perseguían a un individuo que escapó por la escalera. Había un fuerte tiroteo cuando mis hombres se presentaron.

»Los pistoleros trataron de justificarse, pero fue inútil. Sucediendo otros incidentes en el hotel, comprendimos que eran sospechosos. Por eso irrumpimos en el establecimiento de Bagshawe, practicamos un registro y lo clausuramos.

-¿Dice usted que perseguían a un individuo?-interrogó el alcalde.

-Sí-respondió el comisario; pero sospecho que era una coartada. Un hombre solo no podía haber provocado aquella batalla. Opino que los pistoleros disputaban entre sí o trataban de asaltar la casa de juego para robar el establecimiento y a los jugadores.

»Mandamos a varios agentes para buscar a ese imaginario provocador de que nos hablaban. ¿Dónde estaba? Las ventanas seguían cerradas; la gente peleaba en las escaleras...

-¿Existe alguna otra salida de la casa de juego?

-¿Cómo podría ser posible tal cosa?-repuso el comisario-. Fíjese en el establecimiento. Ocupa un segundo piso del cabaret. No hay más que una salida.

Los miembros del comité movieron la cabeza en señal de asentimiento.

Estaban familiarizados con el club Catalina. Observando que todos comprendían, el comisario prosiguió.

-En el hotel, ese pájaro llamado Carpenter intentaba hacer víctima de un chantaje a Gifford Morton, el millonario. Morton fue más listo que él. Tenía dos detectives y a su secretario allí. Mandó avisar a la policía. Nuestros agentes se dirigían hacia allá cuando algunos <gangsters> intervinieron.

-¿Llamados por Carpenter?-inquirió el alcalde.

-No es posible-declaró Yates-. Morton tenía encañonado a Carpenter. Opinamos que subieron sabiendo que sucedía alguna cosa anormal. Fueron a recoger el dinero que Carpenter iba a estafar. Asesinaron a los dos detectives, aunque éstos lucharon con firmeza. Todavía seguía el tiroteo cuando mis hombres llegaron.

»Morton está ileso y creemos que Gorman, su secretario, se salvará. Obran en nuestro poder las notas taquigráficas. Tenemos todo cuanto es necesario para mandar a presidio a Carpenter por intento de chantaje. La banda, lo que queda de ella, está detenida, acusada de asesinato.

-¿Escaparon algunos de la pandilla?-preguntó Cruikshank.

-AL parecer uno de ellos logró huir-contestó Yates-. Fue visto en el lado exterior de la ventana. No hemos encontrado todavía rastros del individuo. De todos modos, no importa. Lo interesante es que los traficantes de drogas han huido... como ratas.

-¿Ha conseguido usted averiguar su fuente de abastecimiento?

No-confesó Yates-. Pero no entra más en Miramar. Hemos destruido el negocio. Buscamos a un individuo llamado Shifter Reeves. Más aún, estoy buscando a otro individuo...

-¿A Hooks Borglund?-preguntó un miembro del comité.

-¿Ha leído usted los periódicos?-sonrió Yates-. No; buscamos a un pez más gordo. A un pájaro llamado Wheels Bryant.

-¿Wheels Bryant?-inquirió el alcalde-. ¿Quién es ése?

-Un pez gordo. Un jefazo-declaró Yates-. Quizá no ha oído usted nunca hablar de él, pero es pájaro muy importante. Tan importante que siempre se ha mantenido en la penumbra y quien puede hacer tal cosa es, sin duda, un jefazo. Uno de los pistoleros mencionó su nombre. En consecuencia, lo buscamos. ¡Me gustaría echarle el guante!

-Le deseamos éxito, comisario Yates-declaró el alcalde-. Le apoyamos como un hombre. Vuelvo a repetirle que su labor ha sido excelente.

El comisario Yates, a pesar de sus investigaciones, no había logrado más que acumular una masa de hechos desconectados. La principal razón de no haber conseguido averiguar mas, era debido a haber descuidado a un preso: a Herberto Carpenter.

Cosa extraña, el hombre que ayudó a Carpenter para que no le culpasen nada más que sobre el asunto del chantaje, fue Gifford Morton.

El millonario podría haber acusado a Carpenter de estar en relación con los pistoleros, pues oyó a uno de ellos hablar al chantajista. Pero Gifford Morton sentía cierto remordimiento.

Recordaba ciertas fases de la agitada noche, las cuales lamentaba profundamente. En un momento critico, cuando los <gangsters> se disponían a matarle, Herberto Carpenter intervino oportunamente. En pago de esta acción, Morton dio un botellazo en la cabeza al chantajista.

El millonario estaba verdaderamente arrepentido. De aquí que, en sus declaraciones, acentuó el hecho de que Carpenter, como él mismo, experimentó una sorpresa al ver entrar a los pistoleros.

Morton estaba satisfecho de que juzgaran a Carpenter por el delito de chantaje, pero no de asesinato.

Como resultado de todo esto, Carpenter salió de la cárcel bajo una fianza considerable. Al mismo tiempo que el comisario Yates estaba en sesión con el alcalde y el Comité de Seguridad Pública, el chantajista se encontraba sentado en su casita, abatido por su desgracia.

El pasado de Carpenter había constituido una carrera de estafas y tras fechorías perpetradas con gran sutileza, ahora cosechaba los frutos de su vida doble. Durante años había conseguido alternar con la buena sociedad.

Su esposa y sus dos hijos ignoraban sus actividades criminales. Su detención fue un golpe para ellos.

No se habló nada esa noche. Los niños estaban acostados. Herberto Carpenter fumaba lentamente un cigarrillo, sentado en la sala de su casita.

Un cenicero, lleno de colillas, explicaba el cuarto lleno de humo.

La esposa de Carpenter, sentada en otro sillón, observaba con ojos llenos de lágrimas a su esposo. Para ella la detención de este hombre significaba el fin del mundo. EL golpe la dejó aturdida. Valerosamente, lo recibió sin mencionar lo acaecido. No obstante, el porvenir se presentaba sombrío.

Carpenter conocía los pensamientos de su esposa y no tenía nada que decir.

Sentía una pesadumbre que jamás en su vida conociera antes. La mancha sobre su carrera no parecía nada comparada con la miseria y los sufrimientos que sabía que estos inocentes seres tendrían que afrontar.

Sonó un golpe en la puerta. Carpenter dio un respingo y dirigió una mirada hacia la entrada. Su espesa movió la cabeza con indiferencia, abrió la puerta e hizo pasar a un hombre bien vestido, de facciones duras, que miró desde el pasillo y se encontró con la mirada de Carpenter.

El chantajista se levantó y salió al vestíbulo. Habló a su esposa en tono bajo.

-Margarita-dijo-: tengo... tengo que hablar con este visitante... solo. ¿Me comprendes?

La mujer asintió con la cabeza y se volvió para subir lentamente la escalera.

Carpenter se volvió interrogante hacia el visitante.

-¿Qué sucede, Hooks?-le preguntó calmosamente-. ¿Vas a hacer que me dejen en paz?

Hooks hizo al rey del chantaje una seña de pasar a la otra habitación.

-Escucha, Carpenter-dijo-: tienes que resignarte y sufrir las consecuencias. No podemos hacer nada por ti.

-Pero Wheels dijo...

Borglund interrumpió la inútil protesta.

-Todos estamos metidos en un berenjenal-explicó-. Shifter ha puesto pies en polvorosa. Bagshawe esta haciendo el tonto, fingiendo que no sabía nada. Yo estoy escondido. Wheels se ha esfumado. Me comprendes, ¿no es cierto? Nos han limpiado, y la única manera de salir del paso es procurar empezar de nuevo. Wheels puede arreglarlo, si se le presenta la ocasión. Yo, en tu lugar, me resignaría y sufriría las consecuencias, si me hubiesen atrapado. No nos abandones.

Carpenter permaneció meditabundo. AL fin se encaró con Hooks con aire resuelto.

-Escucha, Hooks-dijo con voz fría-. Acabas de ver a mi esposa.

Hooks movió la cabeza en señal afirmativa.

El chantajista miró hacia la ventana. Sus ojos recorrieron el suelo y observó una larga sombra que parecía ser una proyección de la oscuridad exterior.

Se extendía hacia dentro en forma de mancha negra y acusadora. Carpenter parpadeó; luego, dándose cuenta de que Hooks Borglund le observaba, se encaró con él.

-Una mujer y dos niños-dijo-, componen toda mi familia; todo cuanto poseo ahora.

“Sufriré las consecuencias-su cara se tornó resuelta-: sufriré las consecuencias para salvarlos a vosotros... pero habéis de prometer...

-Te entiendo-asintió Hooks con la cabeza, tranquilizándole-. No te preocupes; nos cuidaremos de tu mujer y tus hijos. Pueden quedarse aquí. Se pagaran todas las facturas. Tendrán todo el dinero que necesiten. Wheels ayudará y yo también; lo propio harán Bagshawe y Shifter. Cuenta con nosotros, compañero. Eres uno de nosotros...

-Estoy derrotado, Hooks. Esto termina conmigo. Pero he jugado limpio y quiero que vosotros hagáis lo mismo.

-Estamos a tu lado, muchacho.

Hooks Borglund tendió la mano y Carpenter se la estrechó. Un suspiro de alivio brotó del pecho del chantajista.

-No estamos derrotados-afirmó Hooks-. Estamos dispuestos a volver a empezar en cuanto la situación se calme un poco. Resígnate y deja el resto de nuestra cuenta. Tenemos <pasta>.

-Gracias, Hooks.

Borglund se levantó y observó atento a Carpenter. Vió claramente que había realizado su misión y que sería inútil permanecer mas tiempo allí. Girando sobre sus talones, salió de la casa.

La sombra que se proyectaba desapareció de la habitación donde Carpenter estaba sentado, cabizbajo. La sombra se hundió en las tinieblas y reapareció después en forma de sombra deslizante que siguió los pasos furtivos de Hooks Borglund.

El rastro de Hooks conducía al establecimiento de Bagshawe. La casa de juego era el único lugar de Miramar por el que la policía no se interesaba ahora. El cabaret continuaba abierto.

Hooks Borglund entró y subió la escalera.

La figura que le seguía los paros desapareció. Seguro en la sala de juego, Hooks encontró a Bagshawe sentado, solo. Los dos hombres hablaron durante unos minutos. Luego apareció Shifter Reeves. Uno tras otro, el trío entró en el despacho.

Tres hombres habían entrado. Cuatro estaban presentes. El gruñido de Wheels Bryant resonó en la habitación a oscuras.

-¿Bien, Hooks?

-Lo convencí-respondió Borglund-. No nos comprometerá. Aceptara resignado la condena.

-Muy bien.

-Quiere que nos cuidemos de su mujer y sus chiquillos...

Interrumpieron unas respuestas en voz baja

-Tiene un corazón muy blando, ¿eh?

-Sí... lo hacemos.

-Cometió un error. Que no se crea que aún participara en el negocio...

Media hora mas tarde, Hooks Borglund salió del club Catalina. Shifter Reeves le siguió cinco minutos mas tarde. Poco después Bagshawe también se marchaba.

Fue entonces cuando la figura de negrura reapareció. Deslizóse por la oscuridad y se convirtió en una figura vestida de negro, elevada y siniestra.

El comisario Yates creía esa noche que las hordas del crimen habían sido barridas de Miramar. Entretanto los reyes del hampa con un miembro menos-se reunían para trazar nuevos planes siniestros.

Primitivamente eran cinco. Ahora había cuatro. Tres reyes, con un as en el agujero.

Un rey faltaba. Herberto Carpenter había pagado caro su vida de delitos.

Tenía que conocer aún la amargura de la traición.

¡La Sombra lo había adivinado esa noche!

CAPITULO XII
PRESO NÚMERO NUEVE MIL SEISCIENTOS CUARENTA Y OCHO

Diez años en el presidio provincial. Había transcurrido un mes... ¡Quedaban ciento diecinueve aún!

Este era el pensamiento que atormentaba a Herberto Carpenter, antes caballero acomodado-y chantajista-, ahora preso número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho.

La justicia actuó con rapidez en el caso de Herberto Carpenter. Había aceptado las consecuencias: confesó su culpabilidad. Fue sin un céntimo a la cárcel. Cuando ingresó en el grupo de Wheels Bryant, necesitaba fondos.

Todos sus beneficios fueron a parar a manos del jefazo desde aquel momento.

Herberto Carpenter tenía mucho que pensar ahora. Ciertos suicidios ocurridos en el hotel Pabellón fueron obra suya. Varios hombres a quienes él despojara se suicidaron desesperados.

Lúgubremente, Carpenter, dentro de su celda, se imaginaba la ciudad de Miramar. Oía la resaca rugiendo en la playa; percibió el ruido del club Catalina, el chasquido de la bola en la rueda de la ruleta.

Luego dirigió sus pensamientos hacia su mujer y sus niños. A lo menos estaban a cubierto de la miseria. No podrían ser dichosos, especialmente Margarita, que conocía la verdad, aunque los pequeños la ignoraban; pero no sufrían necesidades.

La libertad condicional-bajo palabra de buena conducta-era el único rayo de esperanza para Herberto Carpenter. Mas esta posibilidad pertenecía a un futuro lejano. Pasarían muchos meses de rutina severa y monótona antes de que pudiera producirse tal cosa.

La prisión provincial, una institución modernizada, carecía de los horrores y miserias característicos de las antiguas penitenciarías. El director comprendía la psicología de los hombres a su cargo.

Por orden suya, Herberto Carpenter fue destinado a un trabajo que no era insoportable. Todos los días iba, con otros presos, a un taller del penal, donde un trabajo fijo y constante aliviaba el tedio de su nueva existencia.

Mas, para Carpenter, la visión de los muros altos y grises era un constante recuerdo de su impotencia. Estaba acostumbrado al lujo y a la libertad. Esta servidumbre era difícil de soportar.

Donde los presidiarios de menos inteligencia pensaban poco en su suerte, este personaje del hampa dorada estaba impresionado por el ambiente de confinamiento.

Su esposa no le había visitado desde que lo trasladaron a la penitenciaría.

Fue el deseo expresado por Carpenter. Las cartas que recibía eran suficientes para su tranquilidad de espíritu. No quería que Margarita le viese allí.

La sentencia condenatoria fue un golpe terrible. Sentado en su celda, embrollado el espíritu por tristes y lúgubres pensamientos, recordó la escena de la sala del tribunal.

La justicia actuó con rapidez en la ciudad de Miramar. Carpenter, después de comprender que sería acusado de chantaje solamente, esperaba una condena más leve. Diez años de presidio le llenaron de estupor.

La condena fue tan dura para que le sirviera de ejemplo. Su caso seria una advertencia para otros delincuentes. A pesar de la compasión que demostrara Gifford Morton, el juez permaneció inexorable.

No obstante, Carpenter comprendió que su suerte podía haber sido peor.

Los pistoleros capturados en el departamento de Morton fueron condenados a cadena perpetua.

¡Era una suerte, pensó Carpenter, que no le hubiesen relacionado con ellos¡

Unas llaves tintinearon cuando un celador se detuvo delante de su celda. El preso levantó la cabeza, sorprendido. El guardián abría la puerta. El preso número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho se puso en pie mecánicamente.

¿Cuál seria el propósito de la visita?

-Han venido a visitarle-informó el celador con aspereza-. Venga.

Carpenter atravesó, aturdido, los pasillos.

¿Había venido Margarita? No; ella prometió que no iría a verle, a menos que él la llamase.

¿Sería algún otro miembro de la banda? No; también era imposible.

Ninguno de los de la pandilla se arriesgaría a visitarle, aunque eran audaces.

Al llegar a la sala de las visitas, Carpenter fue puesto en un lado de una larga pantalla de alambre. Era uno de la fila de presos que hablaban con las personas que habían ido a verles.

Carpenter miró a través del alambre. Parpadeó cansadamente y por fin reconoció las facciones de un joven situado al otro lado.

Era Jerry Stevens, su cuñado.

-Hola, Jerry-dijo Carpenter en tono cansado-. ¿Qué haces aquí?

-He venido a verte, Herberto-respondió el cuñado con acento apagado-. Vengo a verte en nombre de Margarita.

-¿Margarita?

-Sí. Te escribió, ¿no es verdad?

-Me escribió que todos estaban bien-la voz de Carpenter se tornó aprensiva-. Recibí una carta suya hace un par de días. Se encuentra bien ¿no es verdad, Jerry?

-Si-respondió el cuñado con tono vacilante-. Creo que está bien, Herberto. Hago cuanto puedo para ayudarla. Desde luego, estoy sin trabajo...

-Ella no necesita dinero, ¿no es verdad? -preguntó Carpenter con sorpresa-. Ya arreglé eso, Jerry... La casa está pagada... Lo arreglé todo para que ella cobrase una renta...

-Ella tiene la casa, Herberto. Eso es todo. Creo que debo comunicarte lo que sucede; en caso de que haya algún medio... alguna persona a quien pueda dirigirme... puedo trabajar... si encuentro un empleo...

-Dime todo cuanto ocurre, Jerry -dijo Carpenter, apretando los labios.

-Margarita está enferma, Herberto-dijo el cuñado-. Tengo que mandarla al hospital. Debo buscar a alguien que se cuide de los niños mientras ella está ausente. Supongo que no te escribió de sus penalidades. Eso es muy propio de Margarita. Puedo encontrar un poco de dinero, Herberto; bastante para pasar unas cuantas semanas, mientras voy a Nueva York a buscar trabajo. Pero después de ese dinero...

-Ha terminado la hora de las visitas.

Fue un empleado de la cárcel quien habló. Apartaba al preso número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho de la valla de alambre.

-Llévala al hospital, Jerry-suplicó el preso-. Haz cuanto puedas... no te preocupes del resto. Yo...

Jerry Stevens movía la cabeza en señal afirmativa cuando apartaron a Carpenter. Jerry era casi un chiquillo y tenía fe en este hombre, a quien idolatraba antes de la hecatombe. Cuando regresaba a su celda, Carpenter apenas veía los rostros de las escenas que había a su alrededor.

Su mente parecía estallar de locura. Las noticias recibidas constituían una historia de traición sórdida.

Había sido engañado, traicionado por los hombres en quienes confiara.

Aunque era un estafador, siempre creyó que podía existir el honor entre los malhechores.

Wheels Bryant, Shifter Reeves, Hooks Borglund, Bagshawe: éstos eran los hombres que traicionaron su confianza. Poseedores de fondos, de riquezas mal adquiridas, a pesar del grave contratiempo, podían proveer fácilmente a las necesidades de los inocentes que habían sufrido las culpas ajenas.

Pero no lo habían hecho.

La puerta de hierro se cerró con ruido de ataúd. Carpenter se sentó en su camastro, abatido.

¡Dinero! Sabía dónde podía conseguirse algo, una pequeña cantidad que había guardado para un caso de apuro. Pero nunca se imaginó que haría falta.

Era una cuenta en una caja de ahorros, bajo un nombre ficticio. Sería fácil sacarlo, si estuviese en libertad.

Barrotes de hierro y muros pétreos. ¿Cómo escaparía de ellos? Un profundo gemido sonó en la celda donde el preso número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho estaba prisionero.

Herberto Carpenter experimentaba los dolores de la angustia. Había comprendido, más claramente que nunca, la futilidad de la vida de delincuencia.

Alboreó un nuevo día, un día feliz para algunas personas, mas no para Herberto Carpenter. Aquel día pasó. Fue seguido por una noche lúgubre.

Dos días... tres... cuatro días... El quinto halló a Herberto Carpenter trabajando de nuevo en un taller del presidio, trabajando estólidamente en una tarea monótona e interminable.

Los presos terminaban una partida de cacharros para la basura. EL trabajo del día se acercaba a su fin. Esa tarde, los artículos fabricados en el penal serían remitidos; y a la mañana siguiente se empezaría una nueva partida.

Unos camiones resoplaban en el patio del penal. El empleado de servicio ordenó que se alineasen seis hombres.

Los otros se marcharon. Los seis que quedaron fueron puestos a trabajar, a llevar los grandes recipientes para basura a los camiones.

Herberto Carpenter fue uno de los seis destinados a esta tarea.

Mecánicamente levantó la tapa de un cacharro y la colocó dentro. Llevó su carga a un camión donde otros hombres los estibaban.

El trabajo continuó. La fila de presos cargados iba y venia. Sudando bajo los rayos de un sol abrasador, el número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho trabajaba con espíritu abatido. El camión ya estaba casi cargado.

No tenía puerta en la parte posterior; no había mas que dos cadenas de hierro para sujetar la carga.

El número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho se detuvo a secarse el sudor de la frente. Vió que un camión arrancaba.

Este otro le seguía. Salía rumbo al mundo exterior, llevando un equipo de trabajadores que bromeaban. La envidia se apoderó del número nuevo mil seiscientos cuarenta y ocho. ¡Si pudiese ser uno de aquellos hombres!

-¡Muévete!- Hablaba un empleado de prisiones-. Ve a buscar otro cacharro. Termina esta carga.

EL preso nueve mil seiscientos cuarenta y ocho respondió ceñudo. Volvióse hacia el taller. Llegó al lado de las largas hileras de cacharros. Uno de ellos estaba tirado, de costado. La tapa estaba al lado.

La cara triste del nueve mil seiscientos cuarenta y ocho se convirtió de repente en el rostro astuto de Herberto Carpenter. El espíritu del estafador había vuelto.

Una súbita inspiración... una ocasión aprovechada con oportunidad...

El preso recogió el recipiente y lo puso boca abajo. En el fondo colocó la tapa. Levantó su carga y salió al patio.

Los cacharros eran de forma cilíndrica.

Parecían simples cilindros. Presentaban el mismo aspecto por todos lados. El empleado que vió pasar al nueve mil seiscientos cuarenta y ocho no observó que el depósito estaba invertido.

Aquel recipiente fue a la parte posterior del camión, llenando el último espacio disponible. Las cadenas de hierro se extendieron. El preso se alejó cuando el camión empezó a virar.

Siguió un camino inusitado, retrocediendo cuando el camión se le acercaba.

Su cuerpo quedaba completamente tapado por el vehículo. Dando un salto, el hombre vestido de gris empujó el recipiente que depositara últimamente.

Se deslizó con agilidad debajo de las cadenas de hierro.

EL recipiente levantado se posó sobre el piso del camión.

¡Debajo de su fondo invertido estaba el preso número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho!

El camión atravesó las puertas del presidio, vigilado por unos empleados que lo inspeccionaron. Nunca dejaban de examinar los cacharros.

Dos hombres saltaron al camión y empezaron a levantar tapas.

En el borde posterior del vehículo, apoyado en una cadena, un inspector llegó al último recipiente. Trató de levantar la tapa.

Estaba incrustada tan fuerte que era imposible moverla. El inspector gruñó.

Sus manos descendieron a las asas y levantó el recipiente un palmo.

-No hay nada en ése-dijo, riendo, a su compañero-. Levántalos así. Es mucho más fácil.

Dejó caer el cacharro. Su compañero rió. El recipiente estaba sin duda vacío.

Su relativo poco peso era una prueba.

Los inspectores saltaron a tierra. Se quedaron mirando cuando el camión se alejaba. Ninguno de los dos hombres observó que las asas del cacharro estaban algo más bajas que las de los otros.

El camión desapareció con estruendo por la carretera. Moderó la marcha al subir una cuesta. El penal quedaba atrás, a varias millas de distancia.

El camión marchaba a paso de tortuga ahora.

El recipiente último, que tocaba las cadenas, se levantó poco a poco. Dos piernas emergieron de debajo. Un cuerpo alto se deslizó por debajo de las cadenas. Una figura vestida de gris salió a la carretera.

EL camión daba la vuelta a una colina por donde la carretera torcía bruscamente. No había otros vehículos a la vista.

El hombre vestido de gris se incorporó y echó a correr hacia unos matorrales situados al lado de la carretera. Se agazapó mientras un automóvil descendía veloz por la cuesta. Luego el fugitivo se encaminó hacia un macizo de árboles situado en la cumbre de la colina.

El día terminó. Le sucedió una noche gris y nublada. Un hombre penetró con sigilo en una casa de campo que estaba a oscuras. Encontró una habitación donde había un traje colgado en un armario.

Horas más tarde un hombre vestido con un traje marrón oscuro preguntó a un motorista que encontró en la carretera si quería llevarlo a un pueblo cercano. Conversó afablemente con el motorista, que accedió gustoso.

Se apeó al llegar a un pueblo.

Había cundido la alarma en la penitenciaría. Había desaparecido un preso.

Se ignoraba cómo se había evadido. Estaban realizando una investigación con el objeto de averiguar el misterio de su fuga.

Ese hombre estaba muy lejos, cruzando aún la provincia.

¡El preso nueve mil seiscientos cuarenta y ocho era una vez más Herberto Carpenter!

CAPITULO XIII
UN HOMBRE ACOSADO

La temporada de veraneo había llegado a su apogeo en la ciudad de Miramar. Multitudes alegres deambulaban por el paseo de madera. El club Catalina realizaba grandes negocios.

Fue ahí donde apareció un hombre alto, de aspecto furtivo, al anochecer, y tomó asiento en la mesa de un rincón. Parecía estar deseoso de pasar inadvertido. Tenía motivos para ello. Era Herberto Carpenter.

El evadido llegó a Miramar con un objetivo concreto. A pesar de que fue detenido y condenado en esta playa, creía estar relativamente seguro. Aunque le hubiesen buscado, estaba disfrazado lo bastante bien para evitar que lo descubriesen.

La noche anterior Carpenter visitó su casa. Encontró a los niños, dormidos, cuidados por una anciana que Jerry Stevens, su cuñado, había buscado. No se entretuvo mucho. Conocía que su mujer, Margarita, debía estar hospitalizada.

Llegó a Miramar después de varios rodeos. En primer lugar, visitó la localidad donde tenía depositados sus pequeños ahorros.

Retiró la cantidad y remitió parte de ella a Jerry Stevens, a Nueva York, guardándose lo suficiente para pasar unos cuantos días en Miramar.

Pero en el fondo de su corazón, Carpenter sabía que le aguardaban contratiempos y la pobreza. Los ahorros ascendían a varios centenares de dólares; la cantidad enviada a su cuñado era bastante para que se defendiese hasta que encontrara más dinero.

¡Dinero! ¡Tenía que encontrarlo! Por eso había ido a Miramar, para averiguar si Bagshawe estaba allí. Sería más fácil acercarse al rey de las timbas que a los otros. Bagshawe tendría que ayudarle; si titubeaba, le obligaría.

El chantajista sonrió ferozmente, Eso significaba que tendría dinero; sin embargo, sabía que era arriesgado entrar abiertamente en el establecimiento.

Le interrogarían y quizá descubrirían su identidad.

Un camarero estaba de pie junto a una mesa. Carpenter le hizo una seña. El camarero se aproximó. Carpenter señaló con un pulgar hacia la escalera.

-¿La ruleta funciona otra vez?-preguntó en voz baja.

El camarero sonrió.

-Seguramente-respondió-. Abrieron de nuevo el local hace unas semanas. Se han terminado los incidentes.

-¿Cómo es eso? Me figuraba que lo habían clausurado.

-Eso fue a principios de temporada. Había una bandada de maleantes entonces. Después de la batida, hubo mucha tranquilidad. Demasiada para los negocios. En consecuencia, decidieron quitar algunas restricciones. Dejando en paz a los establecimientos de primera categoría.

Carpenter comprendió. El sindicato de los reyes del crimen operaba de nuevo, empezando, como antes, con los beneficios del establecimiento de Bagshawe.

Indudablemente, Shifter estaba descartado; ya no podía operar; el trafico de drogas había seguido la misma suerte que el negocio del chantaje. Pero Hooks Borglund continuaba. Era el rey que Wheels Bryant tenía en reserva. Su labor consistiría en la liquidación de los negocios.

Para Herberto Carpenter estas noticias eran otra prueba de la traición de sus antiguos compañeros. El dinero entraba de nuevo en los cofres de Wheels Bryant; sin embargo, el misterioso as se olvidaba del hombre que guardó silencio para no comprometerles.

-Camarero-dijo Carpenter en voz baja-. ¿Cómo puedo subir a jugar? ¿He de ver al gerente?

-No-fue la respuesta-. Puedo arreglarlo. Quizá...

Carpenter comprendió el tono. Sacó un billete de diez dólares. El camarero se metió el dinero en el bolsillo.

-Espere aquí-dijo-. ¿Cómo se llama?

-Howard Seabrook-respondió Carpenter.

El camarero se alejó. Volvió con una tarjeta que llevaba las iniciales del gerente. Estaba extendida a nombre de Howard Seabrook. Había una línea para la firma del portador.

-Firme su nombre ahí-cuchicheó el camarero-. Si le preguntan algo, verifique su personalidad.

Carpenter asintió con la cabeza. Salió del cabaret y echó a andar por el paseo de madera de la playa hasta llegar al hotel Pabellón.

Desde un rincón oscuro del vestíbulo, observó a los huéspedes que pasaban.

Le asaltaron viejos pensamientos de chantaje. A punto de cerrarse la temporada, los veraneantes más ricos estaban presentes. Pero Carpenter sabía que sus posibilidades habían terminado.

Sentía, además, una extraña aversión a su antigua clase de vida. Había comprobado que no daba ningún provecho.

Paradójicamente, Carpenter no sentía ninguna repugnancia por aceptar dinero estafado. Opinaba que lo correspondía una parte del botín de los reyes del crimen. Había contribuido a llenar sus cofres. Fue condenado y no comprometió a nadie.

Quería que le pagasen una cantidad por sus derechos, que le liquidasen su parte.

¡Luego se marcharía al extranjero, a Sudamérica, a la libertad, a empezar una nueva vida!

Se imaginaba en un país remoto, acompañado de Margarita y los niños. Este era su objetivo. Para conseguirlo debía dar un golpe audaz y recobrar parte del botín que le correspondía. Mientras discurrían de este modo sus pensamientos, experimentó otro deseo: el deseo de la venganza.

¡Si estuviese libre para vengarse de ellos como merecían! Eran -los cuatro-unos traidores. Los labios de Carpenter se apretaron de rabia y desprecio.

Un botones se acercaba. Carpenter se acurrucó en su butaca. Temía que el muchacho buscase a Howard Seabrook. Pero el botones pasó por delante y se detuvo junto a una silla donde estaba sentado un caballero de edad avanzada,

-¿Es usted el señor Fineas Twambley?-le preguntó.

-Sí-respondió el anciano con voz temblorosa.

-Le llaman, señor.

Fineas Twambley se incorporó. Herberto Carpenter le observaba con curiosidad. El anciano presentaba un aspecto extraño.

Sus hombros encorvados parecían confiar en el bastón con puño de oro que sus manos asían. Tenía un rostro benigno, un continente que reflejaba una vida de dulzura y bondad.

Cuando el anciano se alejó con paso vacilante, llegaron unas voces a oídos de Herberto Carpenter. El chantajista escuchó atento. Dos personas hablaban a su lado.

-Ese Twambley es un viejo muy simpático.

-Sí; tiene una sonrisa para todo el mundo.

-Es muy rico...

-Lleva bastante dinero encima. Mira. Está dando cinco dólares de propina al botones.

Herberto Carpenter quedó pensativo.

¡Que fácil sería desplumar a aquel vejete!

El preso evadido rechinó los dientes. ¡Nuevas tentaciones! Su espíritu volvía a lo mismo. Había un motivo. Era su única alternativa. Si tuviese dinero, estaría en condiciones de luchar contra estos traidores.

A través de un caos de pensamientos, comprendió su misión. Se palpó la tarjeta que guardaba en el bolsillo. Tenía la entrada al establecimiento de Bagshawe. Debía ir allí esta noche a poner las cartas boca arriba.

Incorporándose, atravesó el vestíbulo y esperó frente a la fila de ascensores.

Descendió un aparato y descargó sus pasajeros. Carpenter entró. El ascensorista esperaba a otro pasajero y recorría con la vista el vestíbulo. Unos instantes después Fincas Twambley penetró con paso inseguro en el ascensor.

El aparato empezó a subir y se detuvo en el noveno piso. Carpenter había dado ese número. Fue a salir, pero se detuvo al observar que el anciano hacía también un movimiento para abandonar el ascensor. Carpenter dejó pasar primero al anciano.

Los dos echaron a andar por el pasillo. Carpenter marchaba detrás del anciano de aspecto benigno. Fineas Twambley abrió la puerta del número novecientos veintiocho y entró en una habitación a oscuras.

El chantajista le observó. Vió que el anciano encendía la luz. ¡Comprendió que Twambley se encontraba solo!

Carpenter tenía el novecientos treinta, la pieza contigua al novecientos veintiocho. Entró y se dirigió a un escritorio situado en un rincón.

De la parte trasera de un cajón de la mesa sacó un revólver de nariz chata y se aseguró de que estaba cargado. Atisbó por la ventana-hacia el paseo de madera de la playa con sus luces brillantes-en dirección del club Catalina.

¡Estaba dispuesto a enfrentarse con Bagshawe!

Mas, al volverse hacia la puerta, vaciló. Obrando a impulsos de un pensamiento súbito, extinguió la luz y quedó envuelto en la oscuridad.

Reflexionó sobre su actual situación.

Era un evadido de un penal que iba a encontrarse con un hombre que le había traicionado. Le esperaban peligros.

¿Y si fracasaba? ¿Y si Bagshawe rehuía pagarle lo que en derecho le correspondía? ¿Y si tratase de entretenerlo con promesas? ¿Qué debería hacer en tal caso?

Solo, evadido de un penal, fugitivo de la Justicia, agotados sus fondos, ¿qué podría hacer? Nada. ¿Matar a Bagshawe? No quería hacerlo; sin embargo, ¿por qué razón había de evitarlo?

Le esperaba el presidio, si le reconociesen, ¿Por qué no aprovechar otra oportunidad de una manera más fácil? ¡Podía conseguir fondos sin derramar una gota de sangre, dar a su familia el dinero que necesitaban, y luego atacar a sus cuatro enemigos tendiéndoles una emboscada!

Cediendo al impulso, Herberto Carpenter salió con sigilo del cuarto y cruzó el pasillo. Su mano tocó el pomo de la puerta de la habitación número novecientos veintiocho.

Si hubiese estado cerrada, Carpenter habría desistido del plan. Pero no, estaba abierta y sin llave. Se movió al tocarla.

Abriendo la puerta unos centímetros, el ex presidiario observó que se hallaba cerca de un hueco situado en el rincón del cuarto. Veíase tan sólo una pequeña parte del novecientos veintiocho. Una luz brillaba sobre un escritorio situado en el lado opuesto.

Evidentemente, Fineas Twambley descansaba. La operación sería fácil. Era cuestión de sorprender al anciano. Hacerle entregar el dinero que tenía. Huir de Miramar.

Sacando su revólver, avanzó. Llegó al rincón de la entrada. A la luz tenue divisó la pata de una cama grande. Escudriñó por todo el cuarto y no vió señal del anciano Twambley.

Sin duda había acertado en su suposición. El viejo estaba en aquella cama, oculto a la vista por la alta tabla posterior.

Carpenter siguió avanzando con cautela. Llegó a los pies de la cama. Miró con fijeza, perplejo. No había nadie en la cama. Fineas Twambley había desaparecido.

Mientras contemplaba la cama, percibió un sonido singular. Era una risa suave y cuchicheada; una risa escalofriante que llenaba el cuarto con su eco fantasmal. Girando sobre sus talones, desconcertado, miró hacia la puerta exterior. Allí vió a la persona que había reído.

Una elevada figura vestida de negro estaba de pie junto a la puerta. Vestido con una capa flotante y un sombrero de amplias alas, un personaje espectral observaba a Carpenter con ojos llameantes a través de la oscuridad.

De los labios del chantajista brotó una exclamación de reconocimiento.

Había visto aquella aparición anteriormente; aquella terrible noche en que intentara hacer víctima de un chantaje a Gifford Morton, el millonario.

Herberto Carpenter, bandido aristocrático, conocía perfectamente la identidad de aquella terrorífica figura.

¡La Sombra!

Los centelleantes ojos se enfocaban sobre el hombre que entrara con el propósito de cometer un robo. Debajo de aquellos ojos fulgurantes estaba el cañón de una pistola automática.

Acorralado, no pudiendo huir, Herberto Carpenter soltó el revólver que empuñaba. Sus manos se levantaron débilmente en alto. Fue allí con el objeto de atracar a un anciano indefenso. En lugar de ello, estaba acorralado.

¡Estaba en las manos de La Sombra!

CAPITULO XIV
EL VEREDICTO DE LA SOMBRA

En el cerebro de Herberto Carpenter bullían pensamientos vagos y fantásticos mientras se enfrentaba con La Sombra. Este enemigo desconocido había surgido como un espectro acusador.

Aunque era hombre audaz, Carpenter sintió un terror más grande que el que experimentara jamás.

Aquella noche, cuando fue pillado in fraganti en el acto de cometer un chantaje, aquel día, cuando se evadiera de la penitenciaría, ambos eran momentos de angustia olvidados al compararse con el espanto que ahora experimentaba.

Había oído con frecuencia hablar de La Sombra. El nombre de aquel terrible personaje era temido por todos los malhechores.

Carpenter conocía perfectamente que los hombres que se enfrentaron con La Sombra rara vez vivieron para contar la aventura.

La evidencia de su culpabilidad era clara. Sorprendido en el acto de intentar una fechoría, no podía esperar compasión. Estaba acorralado, mucho más eficazmente que cuando Morton le pilló en una trampa.

Comprendió vagamente que Fineas Twambley, el supuesto anciano, era La Sombra, disfrazado.

El hombre de negro se aproximaba, paso a paso. Lentamente, Carpenter empezó a retroceder. Temblando se desplomó en una butaca junto al escritorio del rincón. La luz reflejada mostraba su rostro pálido y sus ojos espantados.

La Sombra se erguía delante del chantajista. No había nada humano en aquella figura monstruosa. La Sombra, alto e imponente, parecía burlarse de su tembloroso prisionero.

Una voz habló, un cuchicheo suave y penetrante. Emergió de labios ocultos por el cuello de la capa negra. Aquellos labios pronunciaban palabras de sentencia.

-Herberto Carpenter-el hombre capturado se estremeció al oír su crimen:- has vuelto a seguir los pasos del crimen. Del crimen que yo he frustrado; del crimen que no puedes seguir ya más.

»La policía te busca. Te encontrarán, como te encontraron antes, en este hotel, indefenso e impotente, fácil víctima de la Ley. La prisión, de la cual te has evadido, te espera.

-No... no-el chantajista jadeó las palabras-. No puedo volver allá. Yo... yo... yo...

Su voz se quebró al desplomarse sobre el escritorio que tenía al lado.

Hundió la cabeza en sus brazos y sollozó de una manera convulsiva. Todos los remordimientos y las angustias que experimentara anteriormente salieron a la luz ahora.

Haciendo un esfuerzo, el prisionero levantó la cabeza; pero sus ojos miraron el suelo. No podía afrontar aquellos ojos fulgurantes y terribles.

No obstante, sus labios temblorosos no pudieron evitar que callase las palabras que quería decir.

-Sí, debo estar en la cárcel-confesó-. No me evadí simplemente para huir de la prisión. ¡Tenía que escaparme! Me traicionaron. Mi mujer y mis hijos pasan hambre. Dependen de mi ayuda.

-¡Por eso volviste a la carrera del crimen!

Carpenter se estremeció al oír la cuchicheada interrupción de La Sombra.

Meneó lentamente en señal de asentimiento su cabeza inclinada.

-Yo había terminado esa vida-declaró Carpenter con acento tembloroso-. Había hecho el firme propósito de cambiar de vida. Yo era un estafador que trabajaba de acuerdo con otros malhechores. Prometieron ayudarme si no despegaba los labios, si no los comprometía y aceptaba la condena. Prometieron proteger a mi familia. ¡Y me traicionaron! ¡No cumplieron su palabra!

Lentamente Carpenter levantó la cabeza para afrontar los ojos fulgurantes de La Sombra. Observó aquella mirada firme e inexorable.

Comprendió que hablaba a un hombre de acero. Sin embargo ya no habló con tono balbuceante.

-Vine aquí-continuó con tono deliberado -, a buscar fondos para socorrer a mi familia. Me di cuenta de mi impotencia. Yo quería conseguir dinero... para ser libre... para vengarme.

-¿De quién?-fue el cuchicheo de La Sombra.

-De esos cuatro-respondió Carpenter con firmeza-. De Bagshawe, Hooks Borglund, Shifter Reeves y Wheels Bryant.

Los labios del chantajista pronunciaron más ásperamente que los otros el último nombre. Sus ojos centelleaban ahora de intenso odio. Había olvidado su situación. El deseo de vengarse aumentaba como una inspiración.

-Déjeme vengarme-suplicó-. Déjeme cazarlos. Me traicionaron. Conozco los procedimientos de esos cuatro. Yo era uno de ellos. Bagshawe explotaba el juego ilegal, en los altos del club Catalina. Shifter Reeves tenía su almacén de estupefacientes en el extremo de la escollera de Miramar. Yo desplumaba a los muchachos ricos... aquí... en este hotel.

Hizo una breve pausa y continuó.

-Esos traidores no han terminado aún. Hooks Borglund tiene un cometido que cumplirá cuando llegue el momento oportuno. Wheels Bryant opera aún. No he visto nunca a esta rata, pero si algún día...

Se interrumpió al oír la risa suave de La Sombra. Comprendió que suplicaba a un hombre inexorable. Él, Carpenter, sugería que un bandido podía atrapar a otros bandidos.

¿Qué necesidad tenía La Sombra de semejante ayuda? ¿Cómo podía él ayudar a este superhombre?

-Tus súplicas son inútiles - declaró el hombre de misterio-. Tú fuiste el primero en llegar al fin de tu carrera de delincuencia. Tu castigo fue leve comparado con el que sufrirán los otros.

Las palabras tenían un tono ominoso. Parecían la voz del juicio Final.

Herberto Carpenter se estremeció. Se desplomó encima del escritorio. Sus pensamientos volvieron a los seres queridos.

-Estoy perdido. He terminado. No hay escapatoria. Mándeme a la prisión, a cumplir los diez años-sus palabras tenían un acento de amargura-adonde no pueda delinquir más. Merecía la condena. Me resignaré. Pero iría a presidio, condenado a cadena perpetua, si pudiese vengarme. Quisiera ver a esos cuatro recibir el castigo que merecen. Quisiera verlos encerrados. Pero eso no es todo-su voz se quebró- no es todo. Mi mujer y mis hijos... ¿qué

mal han hecho ellos? ¿Por qué han de sufrir las consecuencias de mis delitos? ¡Daría la vida por ellos! La vida en la cárcel... en la silla eléctrica... todo para evitarles sufrimientos.

Reinó un silencio extraño en el cuarto. Carpenter, levantando la cabeza, vió aún a La Sombra, implacable. Conocía cuál sería su suerte.

Una llamada a la policía. Vendrían y encontrarían al preso nueve mil seiscientos cuarenta y ocho en un rincón del cuarto.

La Sombra habría desaparecido. Se esfumaría como la otra noche. Sería la causa desconocida que habría devuelto a Herberto Carpenter a las garras de la justicia.

¿La huída? Sería inútil intentarlo. Conocía perfectamente la suerte que esperaba a los que probaran eludir a La Sombra. Había dos alternativas: la prisión o la muerte.

Carpenter contuvo el aliento de pronto. Mirando hacia la derecha, observó la ventana abierta. Era una solución-la de un cobarde -pero así terminaría su existencia. En la prisión no podría ayudar a sus seres queridos. Sería mejor acabar de una vez, suicidarse.

Dando un salto frenético, se puso en pie. Que La Sombra usase aquella pistola. Que lo matase de una vez.

¿Qué importaba? Pasando como una exhalación delante del hombre vestido de negro, llegó a la ventana y fue a tirarse al vacío. Subido al antepecho, disponíase a lanzarse en los brazos de la muerte.

Algo le atenazó, unas manos férreas lo arrancaron del borde. Unos brazos poderosos lo tiraron al cuarto.

El hombre que iba a suicidarse cayó en la butaca de donde se incorporara.

El asiento cedió y la cabeza de Carpenter chocó con la pared. Medio aturdido, quedó; allí exhausto e impotente.

-La muerte no es para ti-dijo la voz calmosa del hombre de misterio-. Vivirás, para sufrir el castigo de tus delitos. Vivirás, para volver a las paredes del presidio. Ese es mi fallo.

No era posible burlarse de esas palabras. La Sombra había hablado. La Sombra no se equivocaba. Carpenter, debilitado y con el espíritu abatido, no pudo resistir.

-Estás en mi poder-declaró el hombre de misterio-. No tienes otra alternativa. Tienes que obedecer. Esa es mi decisión.

Carpenter inclinó la cabeza en sumisión. Había relatado su historia. Habían dado el fallo. Regresaría al presidio. Su esposa y sus niños continuarían sufriendo y los traidores no serían castigados.

Cerró los ojos, cansadamente. Unas imágenes de muros grises y siniestros revolotearon ante sus ojos. Estaba en poder de La Sombra, el hombre misterioso que luchaba implacable contra el crimen.

Transcurrieron unos minutos largos y sin esperanza. Carpenter respiró débilmente, esperando nuevas instrucciones de La Sombra. No oyó nada.

Extrañado abrió los ojos débilmente y se pasó una mano por la frente.

El cerebro le bullía. Durante unos breves instantes, no se dio cuenta de lo que le rodeaba. Luego, al recobrar los sentidos, levantó la cabeza para mirar al hombre vestido de negro.

¡La Sombra había desaparecido!

Atónito, Carpenter logró ponerse en pie. Miró en derredor suyo, esperando ver a la figura fantasmal materializarse como un ser del otro mundo.

La Sombra no reapareció. El cuarto estaba desierto. Carpenter, apoyándose en la pared, posó una mano en el escritorio que estaba a su lado. Oyó algo que parecía crujir metálicamente. Movió la mano y tocó metal.

Mirando hacia abajo, experimentó un nuevo asombro. Sobre el escritorio, los bordes movidos por la suave brisa, había unos billetes flamantes y amarillos. Sobre el dinero estaba el revólver que él había dejado.

Profiriendo un grito, apartó el arma y tomó el dinero. Lo contó con ansiedad.

¡Cinco mil dólares, en billetes de cien dólares, cincuenta billetes!

Asombrado giró la vista a su alrededor, hacia la puerta, hacia el pasillo, y hacia la ventana por donde intentara lanzarse a la muerte.

Entonces adivinó la respuesta. La Sombra había emitido su fallo. El futuro domicilio de Herberto Carpenter continuaba siendo el mismo. Volvería al presidio, como La Sombra anunció. Allí penaría su delito. No era posible evitar esa suerte.

Pero sus otras súplicas fueron escuchadas. Ya no sufrirían los inocentes. EL dinero dejado por la mano invisible-proveería a las necesidades de su familia.

Ese era el significado de los billetes. Pero ¿y el revólver? La perplejidad de Carpenter se desvaneció de pronto. Ahora conocía el significado del arma. Le serviría de protección mientras realizaba el trabajo que él declarara que haría.

Cuatro criminales estaban en libertad. Carpenter encontraría a tres. El rastro de los tres conduciría al cuarto, al desconocido que era el jefazo; a Wheels Bryant. La prisión sería el final de Carpenter, pero antes de regresar allí, tendría la ocasión de trabajar contra las hordas del crimen.

Era la única concesión de La Sombra.

Recogió, decidido, el revólver. Se metió los billetes en un bolsillo. Entró, cambiado, como otro hombre nuevo, en su habitación y cerró la puerta tras sí.

¡Tenía trabajo que hacer y deba empezar esa misma noche!

¡Era un instrumento de la venganza, dirigido por La Sombra!

CAPITULO XV
EL ENCUENTRO

Había llegado otra noche a la ciudad de Miramar. Herberto Carpenter estaba en el club Catalina, sentado a una mesa de un rincón oscuro. Meditaba y vigilaba ojo avizor.

Encontró a La Sombra hacía dos noches y escuchó su fallo. Ahora se hallaba libre, al parecer sin ser vigilado. Trabajaba por su cuenta, pero sin embargo, conocía que el espectro negro vigilaba atento por alguna parte, al acecho.

Después que La Sombra le dejara en aquella noche malhadada, Herberto Carpenter había conocido un nuevo entusiasmo. Provisto de dinero, libre para actuar, había conseguido la ocasión para realizar su venganza. No obstante, al ofrecérsele esa oportunidad, empezó a obrar con cautela.

Salió dispuesto a enfrentarse con Bagshawe en su propia guarida. Mas no pasó mucho tiempo en reflexionar. Desde entonces, esa mesa había sido su puesto de observación por la noche.

Había decidido esperar. Creía que era la mejor manera de servir a La Sombra. Mandó cuatro mil dólares a su cuñado Jerry; se guardó los otros mil.

Tranquilizado porque su familia estaba provista de fondos, y seguro de su situación financiera, estaba dispuesto para entrar en acción.

La Sombra no le dio instrucciones. Evidentemente el personaje vestido de negro esperaba que Carpenter actuase por su propia iniciativa.

Era precisamente lo que hacía ahora. Esperaba hasta saber qué era lo que tramaban aquellos «gangsters» cuyo jefe era Wheels Bryant.

Esta era la cuarta noche y aún no había visto la señal de los reyes; a excepción de Bagshawe. Carpenter vió al rey de las timbas subir al tugurio.

Sabía que si los miembros del sindicato se reuniesen, lo harían en la casa de juego; de lo contrario Bagshawe tendría que salir para asistir a la reunión. Por lo tanto, este era el lugar que debía vigilar.

Estaba seguro de que, desde el exterior, sin ser visto, frustraría los planes que estuviesen urdiendo. La casa de juego estaba haciendo dinero; ello era evidente. Pero Carpenter conocía que Wheels Bryant buscaba una caza mayor que la de las monedas que tintineaban por las mesas de juego.

Terminada una cena ligera, llamó a un vendedor de periódicos que estaba al lado. Eran más de las doce de la noche y el muchacho vendía la primera edición de la Prensa matutina. Compró una «Gaceta» de Miramar y simuló estar profundamente absorto en sus páginas abiertas.

En realidad, no fingía del todo. Leía varios párrafos de una vez y luego miraba hacia la escalera que conducía al segundo piso.

Una noticia le llamó la atención. Referíase al comisario de policía George Yates. Anunciaba que el comisario había presentado la dimisión. A la noche siguiente se reuniría el Comité de Seguridad Pública en la residencia particular del alcalde, señor Rufus Cruikshank.

Carpenter cesó de leer para atisbar la escalera. Un hombre se dirigía hacia allí.

¡Hooks Borglund! ¡Uno de los reyes del crimen! ¡Ahora subía los escalones!

Los ojos de Carpenter volvieron a posarse en la «Gaceta». El comisario, decía el periódico, criticaba al Comité de Seguridad Pública. Le ponían toda clase de restricciones para que no molestase a establecimientos tales como el club Catalina.

El jefe de policía, había expulsado a la ola del crimen que se había apoderado de la ciudad de Miramar. Ahora le habían ordenado que se abstuviera de intervenir en las casas de juego y perseguir.

Los delitos menores. Otro hombre se encaminaba hacia la escalera.

Carpenter no reconoció sus facciones con un bigote, pero recordó el andar del individuo.

¡Era Shifter Reeves, hábilmente disfrazado! ¡El rey de los estupefacientes estaba allí!

Carpenter tornó a mirar el periódico. Vió un relato de las veladas declaraciones atribuidas al comisario Yates. El comisario había insinuado que ciertos miembros del Comité de Seguridad eran responsables de las restricciones impuestas a la policía.

Varios reporteros habían entrevistado a los miembros del comité, y sus declaraciones aparecían también. Luis Helwig y Raymond Coates expresaban su indignación.

El especulador de terrenos y el propietario de hoteles habían declarado que los intereses de Miramar eran sus intereses; que eran enemigos de toda laya de delincuentes, pero, ahora que se había eliminado la epidemia de crimen que azotara a Miramar, no debía someterse a la popular playa a una serie de pequeñas restricciones.

A la noche siguiente se tornaría una determinación definitiva. Hasta ahora, decía la «Gaceta», el alcalde se había dejado sugestionar por los sentimientos del comité. Pero si hubiese discrepancia entre el comisario Yates y el comité, y fuera necesario tomar una determinación en el pleito, el alcalde se pondría, sin duda, de parte del funcionario en quien tenía tanta confianza. El alcalde y el comisario de policía habían conferenciado esa misma noche.

Herberto Carpenter tuvo una súbita inspiración. Los bandidos se reunían esa noche anticipándose a la reunión del comité, seguramente para acordar alguna medida que favoreciese sus planes. Carpenter dejó la «Gaceta» a un lado y se quedó pensativo mientras vigilaba la escalera.

El comisario Yates no dimitiría a la noche siguiente. Presentaría la dimisión, pero el alcalde no se la aceptaría. En lugar de esto, el alcalde dominaría al vacilante comité. Concederían a Yates plenas facultades para cerrar todas las casas de juego.

¡El establecimiento de Bagshawe se cerraría antes de terminar la reunión del comité!

En consecuencia, los «gangsters» se habían reunido en conclave. Los negocios fáciles habían terminado. Esa noche, reunidos en el despacho de Bagshawe, planeaban alguna operación de gran envergadura pana liquidar las actividades del sindicato.

El chantaje estaba suprimido. El tráfico de drogas tampoco era posible.

¡Ahora le tocaba el turno a Hooks Borglund y, quizá, a Wheels Bryant también. El as en el agujero. Carpenter conocía lo que se avecinaba. AL día siguiente, por la noche, después de la reunión del Comité de Seguridad Pública, darían un golpe sin precedentes.

Meditando intensamente, Carpenter comprendió que Wheels Bryant debía estar en estrecho contacto con el Comité de Seguridad Pública de la ciudad de Miramar. Uno de los miembros recalcitrantes- Helwig, Costes o Hurley-podría ser su agente. ¡Acaso los tres!

Estos pensamientos se formularon en la mente de Carpenter, llenándole de perplejidad. ¿Conocía o sospechaba La Sombra estas cosas?

Tal vez sí; tal vez no. ¿Dónde estaba La Sombra? Carpenter sintió un súbito deseo de encontrarse con el sobrenatural vengador, para comunicarle sus sospechas; sin embargo era imposible.

La Sombra había desaparecido. Fineas Twambley se había marchado del hotel Pabellón. Su partida fue un misterio. Carpenter comprendió que él, según todas las apariencias, actuaba individualmente, sin la ayuda de La Sombra. Debía confiar en su propia iniciativa.

¡Wheels Bryant! ¿Dónde se hallaba? Para Carpenter, este jefazo era un misterio tan grande como La Sombra. Había observado a todos los que subieron aquellas escaleras. Ninguno de ellos podía haber sido Wheels Bryant. ¡Sin embargo, estando reunidos los tres reyes en el despacho de Bagshawe, el as debía estar allí también!

Alguien descendía la escalera. ¡Hooks Borglund! Carpenter se ocultó tras el periódico, cuando el «gángster» de facciones duras se dirigió a una mesa cercana. Vigilando la escalera, vió a Shifter Reeves que bajaba.

EL rey de los estupefacientes pasó cerca del lugar donde Borglund estaba sentado.

-¿Mañana por la noche?- Fue la voz de Shifter la que Carpenter oyó.

-De acuerdo-fue la respuesta de Hooks Borglund-. A las nueve, ocho cuatro ocho.

Shifter Reeves se marchó. Hooks Borglund observaba la pista de baile.

Herberto Carpenter dobló su periódico y se alejó. Se detuvo al pie de la escalera. Cautelosamente, empezó a subir.

La reunión del sindicato de <gangsters> había terminado. No había entrado ni salido nadie que pudiese ser Wheels Bryant.

Carpenter recordó los procedimientos misteriosos del jefazo. Siempre se encontraba en el despacho de Borglund antes de empezar las reuniones.

Siempre se quedó allí el último. Siempre se mantenía en la oscuridad, a excepción de aquella luz del cigarro, una luz que se movía lentamente, y la llama de las cerillas que no revelaban una fisonomía.

La ruleta funcionaba aún cuando Carpenter pasó la barrera de la chirlata, usando la tarjeta que ostentaba el nombre de Howard Seabrook. Observando atento desde un grupo de jugadores, vió a Bagshawe salir del despacho.

Un empleado habló al rey de las timbas. Bagshawe se alejó, olvidando cerrar la puerta.

Con paso rápido y natural, Carpenter llegó a la puerta de la oficina y entró.

La habitación estaba a oscuras. Suavemente cerró la puerta y encendió la luz.

La pieza estaba desierta, pero el intruso observó la atmósfera cargada de humo. Una columna rizada ascendía de un puro que yacía en un cenicero.

Carpenter se aproximó al escritorio. Recogió el puro. Reconoció el aroma.

¡Era la marca peculiar que Wheels fumaba! ¡EL jefazo había estado allí esa noche, pero se había marchado, pues el cuarto estaba desierto!

De pie junto al escritorio Carpenter reflexionó. Luego, comprendiendo de pronto que podían descubrirle, se precipitó hacia la puerta. Apagó la luz con la mano izquierda, mientras que con la derecha empuñaba su revólver.

Una vez fuera, vió que estaba seguro. Bagshawe no había vuelto. Era imprudente entretenerse allí. El ex rey del chantaje abandonó el local.

En el oscurecido despacho, resonó una risa suave tras la partida de Carpenter. ¡Era la risa de La Sombra! Una capa produjo un leve rumor cuando el hombre de misterio emergió, invisible, de detrás de la puerta del armario que solía estar con frecuencia abierta.

Un doble misterio existía donde Herberto Carpenter vió uno solamente. ¡La entrada y la salida de Wheels Bryant-al parecer imposible en aquel lugar aislado-fue duplicada por la llegada y partida de La Sombra!

Cinco minutos después de marcharse Herberto Carpenter, Bagshawe llegó a la oficina. Entró y encendió la luz. Se sentó a su escritorio y masticó la punta de un cigarro apagado. Luego, con una amplia sonrisa, cerró con llave el escritorio.

¡Tres reyes y un as! Serías la mano vencedora a la noche siguiente.

Bagshawe estaba contento. Dirigió una mirada hacia la caja de caudales del rincón. La caja metálica estaba llena de dinero mal adquirido. A la noche del día siguiente no cabría y el botín estaría en posesión del rey de las timbas.

Entonces, el rey del juego se retiraría. Permanecería sentado allí, como una araña gigantesca, esperando nutrirse de nuevas riquezas. Sus ruletas, las mesas, los aparatos, estarían embalados y habrían desaparecido.

Wheels Bryant-el más grande de los ases-realizaría la operación. Había estado allí esa noche. Hooks Borglund había recibido sus instrucciones.

Ni una sola vez pensó Bagshawe en Herberto Carpenter, el rey que había sido descartado. ¡Tampoco sospechó la presencia de La Sombra!

Wheels Bryant-el as en el agujero-tenía tres reyes. La Sombra-el hombre de las tinieblas-disponía de uno.

¡A la noche siguiente se jugarían esas cartas!

¡Sin embargo, solamente La Sombra sabía esto!

CAPITULO XVI
OCHO CUATRO OCHO

¡Ocho cuatro ocho!

EL significado de esos números era evidente para Herberto Carpenter, cuando estaba sentado en el hotel Pabellón. Se referían a la habitación número ochocientos cuarenta y ocho, de ese mismo hotel. Allí se encontrarían Shifter Reeves y Hooks-Borglund a las nueve de la noche.

Habían transcurrido cerca de veinticuatro horas desde que Carpenter entró y salió del despacho de Bagshawe, situado encima del club Catalina.

Eran cerca de las nueve ahora. Carpenter se incorporó y asió el revólver que llevaba en el bolsillo. No había estado inactivo ese día.

Observó la situación de la pieza número ochocientos cuarenta y ocho y descubrió un detalle importante. La habitación tenía un balcón que se extendía al cuarto número ochocientos cincuenta. Este último estaba vacante.

Carpenter no era un ladrón de pisos, pero estaba dotado de astucia. Aquella mañana, fingiendo haber perdido la llave de su cuarto, consiguió una llave maestra de un empleado. Antes de devolverla, sacó un molde oprimiendo la llave en una cajita de cera.

Un cerrajero le hizo una llave. Herberto Carpenter estaba en condiciones de entrar en la habitación número ochocientos cincuenta.

Atravesando el corredor en dirección a la pieza deseada, pensó en La Sombra. Comprendió que iba a conseguir una información de importancia.

Debería aprovecharla solo, caso de obtenerla.

¡Podría ocurrir algún incidente grave y La Sombra no lo sabría!

Sentía una extraña exaltación. No era de venganza. La inspiración era una sensación suave.

¡Por vez primera, trabajaba por el derecho!

Jamás en todos los días de su vida había sentido el deseo de convertirse en un detective. Sentía un profundo desprecio por el sabueso profesional.

Mas ahora, enfrentado su ingenio contra el de los <gangsters> traidores, experimentaba una satisfacción que jamás sintiera antes.

Comprendió que, en el pasado, había sido un rata. Había vivido como Hooks Borglund y Shifter Reeves, los hombres cuyos planes se proponía desbaratar esa noche.

El actual Herberto Carpenter sentía desprecio por el Herberto Carpenter del pasado; y abrigaba muy poca simpatía por el Herberto Carpenter del futuro; el que volvería a vivir tras unas rejas.

Tenía que realizar un trabajo; tras la prisión vendría la recompensa. Le resaltó la idea de huir, pero la rechazó. La amenaza de La Sombra le sugestionó; pero, después, se reprochó con desdén por haber pensado en ello.

EL, Herberto Carpenter, fue traicionado. Estaba decidido a aniquilar a los traidores.

Un hombre más poderoso que él le había facilitado la ocasión: La Sombra.

¿Por qué razón, él, Carpenter, que odiaba a los traidores, había de intentar traicionar al hombre misterioso que le había socorrido y protegido, dándole el dinero que necesitaba?

Esa fue la serie de pensamientos que pasaban por su mente cuando se aproximaba al cuarto número ochocientos cincuenta, situado en el fondo de un largo y oscuro corredor.

La estafa, el chantaje había sido su profesión. No había mostrado ni sentido ninguna compasión por sus víctimas; al mismo tiempo siempre jugó limpio, a su manera, con sus compañeros de robo.

Ahora había cruzado la valla. Jugaría limpio, también. Trabajaba para La Sombra, obediente a todas sus órdenes, a pesar del fallo inexorable del misterioso personaje vestido de negro, el fallo que significaba que debía volver a los muros del presidio.

AL abrir la puerta de la habitación número ochocientos cincuenta no observó una masa ancha y enorme que se extendía a lo largo del suelo desde el fondo del pasillo. Ni siquiera dirigió la mirada en esa dirección, donde dos ojos ardientes figuraban desde la negrura de la pared.

¡La Sombra vigilaba!

Herberto Carpenter entró en el cuarto a oscuras. Cerró la puerta tras sí.

Suavemente abrió la ventana y se agazapó en el balcón. Veía la luz del ochocientos cuarenta y ocho, y observó, desde un ángulo, que la ventana de la habitación contigua estaba también abierta, pero actuó con demasiada cautela para avanzar más.

Una espera larga y tediosa. Un reloj distante repicó las nueve. Unos minutos más tarde, Carpenter oyó unos sonidos procedentes de la habitación contigua.

Unas voces hablaban cerca de la ventana. ¡Hooks Borglund y Shifter Reeves conversaban!

-¿Está todo dispuesto, Hooks?-preguntó Reeves.

-Sí, Shifter-repuso Borglund-. ¿Y el desembarcadero? ¿Está todo preparado allí?

-Ya lo creo. Tengo la embarcación en el ascensor submarino. Todo está dispuesto para partir. Entrábamos las drogas por aquella vía. La usaremos para <largarnos> esta noche.

-Como convenimos anoche.

Hubo una pausa. Herbert Carpenter apretó los labios. ¿Era este el final de la conversación? ¡Deseaba haber asistido a la conferencia de la noche anterior!

Evidentemente, entonces discutieron el plan.

-Se acerca la hora de que te pongas en marcha-observó Shifter.

-Me marcharé a las nueve y media-respondió Borglund.

-Puntual, ¿eh?

-Tengo mi manera de trabajar, Shifter.

-¿Sí? También la tiene Wheels Bryant.

Otra pausa. Luego Shifter continuó

-Me figuro que Wheels dará el golpe a las diez. Es de envergadura, ¿eh? ¡Y aquel comité reunido en la casa del alcalde deliberando sobre las medidas que deben adoptar para sanear este pueblo! Dan amplias facultades al necio de Yates que, acto seguido, va a visitar el establecimiento de Bagshawe. No encuentra nada allí.

Soltó una risita y prosiguió. -Y mientras él pierde el tiempo en la casa de juego, mientras el comité delibera, aparece Wheels y secuestra al alcalde. ¡Costará a Miramar doscientos mil dólares rescatar a su querido alcalde!

Herberto Carpenter contuvo el aliento al oír la revelación. ¡Ese era el plan de Wheels Bryant! ¡El mismo realizaba una operación!

¡Wheels iba a secuestrar al señor Cruikshank a las diez de la noche, o sea dentro de poco! ¡Y los ciudadanos de Miramar suscribirían la cantidad para efectuar el rescate!

Shifter Reeves reía en el otro cuarto. Carpenter escuchaba atento.

-Una broma estupenda. Es una idea genial-decía Shifter-. Bagshawe sentado aquí, habiendo dejado el juego, sin relación con los hechos. Desde luego, pensaran en él para que sirva de intermediario. Le suplicarán que anuncie que pagará el importe del rescate del alcalde desaparecido. Recibirá el dinero y ¡Rufus Cruikshank reaparecerá! ¡Dejemos la operación de cuenta de Wheels! EL sabe lo que se trae entre manos.

-¿Y yo?-preguntó Hooks-. Crees que yo no hago nada esta noche, ¿eh? Antes de que Wheels realice su operación, tendré a esa bella heredera en el barco, esperando la llegada de Wheels. Si Cruikshank vale doscientos mil dólares, la muchacha nos valdrá mas de medio millón. Bagshawe hará de intermediario en esta operación también.

Carpenter quedó más sorprendido que nunca.

¡Se realizarían dos secuestros esa noche: el primero, por Hooks, a las nueve y media; El segundo, por Wheels, a las diez o poco más tarde! ¿Quién era la joven que Hooks mencionaba?

-No me llaman Hooks por nada-Borglund gruñía-. Este es mi negocio, Shifter. ¿Quieres saber cómo operaré esta noche? Te lo voy a decir.

»Tengo diez hombres para llevar a cabo esta operación. Apostados cerca de la habitación de la muchacha; dispuestos a escapar y cerrar el paso a la policía si intentaran auxiliarla. Capturarán a la muchacha. A las nueve en punto me presentaré. Si ha ocurrido algún contratiempo, si el golpe fracasa, no aparezco.

»De este modo juego sobre seguro. Pero la operación no fallará. Voy al departamento número seiscientos, y cuando yo salga, la señorita Luisa Grantham será secuestrada y se la llevarán como un saco de trigo.

»Fácil, ¿eh? Parece fácil, pero hace falta ingenio. Eso es todo, Shifter. Vete al desembarcadero; de lo contrario, puede ser que yo llegue antes que tú. Vamos a meter a esa muchacha en una silla rodante cerrada y le daremos un paseo por la playa hasta tu almacén...

Herberto Carpenter ya no escuchaba más. Volvió al cuarto y esperó, jadeante, junto a la puerta. Debían ser las nueve y cuarto.

La pandilla de secuestradores debía estar operando ya. Hooks Borglund se les reuniría pronto.

La situación exigía actuar con rapidez.

Tenía que sorprender a los raptores. Un ataque fulminante, un grito de alarma y luego huir; Era lo que debía hacerse.

¡Si la suerte le acompañaba, podría avisar al alcalde, señor Cruikshank, el plan de Wheels Bryant!

Oyó una puerta cerrarse en el pasillo. Era Shifter Reeves, camino del desembarcadero. Era imposible hacer algo allí. Que Shifter esperase.

Transcurrió un minuto. Con cautela, Carpenter abrió la puerta y empezó a descender por el pasillo.

No había ahora ninguna sombra extraña en el corredor. Pero Carpenter tampoco la habría visto, de haber estado aún allí. No pensaba más que en su misión.

El número seiscientos estaba situado en la parte de delante del hotel Pabellón. Carpenter conocía su situación. También había oído hablar de Luisa Grantham. Ella se encontraba allí, con su padre, un multimillonario.

Evidentemente se había urdido alguna trama para hacer salir al padre; además, los secuestradores debieron asegurarse de que la joven heredera estaría en sus habitaciones a la hora deseada.

AL llegar al sexto piso, Carpenter se encontró en un lugar estratégico. Bajó por la escalera de delante. Entró por un ancho pasillo con dos puertas, una a cada lado. A la derecha estaba la puerta numerada, seiscientos. La otra era el número seiscientos noventa.

Carpenter estaba familiarizado con la topografía del piso. Estos dos departamentos principescos ocupaban la mitad de la fachada del hotel.

Evidentemente, las puertas daban a una antesala, al lado una de otra.

Las ventanas del seiscientos y del seiscientos noventa se enfrentaban a través de un patio.

Todas las ventanas daban al océano o a aquel patio, pues había otros departamentos que ocupaban los ángulos exteriores del hotel.

Carpenter no vio señales de gente que vigilara. Conocía el motivo. Esta escalera tan poco usada era el camino por donde debía llegar Hooks Borglund.

Audazmente, y con paso firme, Carpenter cruzó el pasillo y giró el pomo de la puerta marcada seiscientos. Entró y se encontró en un aposento. Su entrada, fácil y tranquila, fue perfecta en todos sus detalles.

Revólver en mano, se detuvo en el centro de la habitación débilmente iluminada. Dos hombres le miraron desde el lado opuesto. En una otomana, yacía una muchacha desvanecida. Uno de los hombres tenía un trapo grande en la mano. El olor a cloroformo saturaba el cuarto.

Antes de que los dos hombres pudieran hacer un movimiento, Carpenter habló. Su revólver de nariz chata relucía en consonancia con sus palabras.

-¡Manos arriba!-ordenó-. ¡Si chistáis una sola palabra, os achicharro!

Los ratas obedecieron. Carpenter los pilló de sorpresa. Habían entrado y apoderándose de la muchacha, le hicieron perder el conocimiento aplicándole un trapo saturado de cloroformo. Esperaban a Hooks Borglund. En lugar del <gangster> había llegado un intruso con el propósito de rescatarla.

Encañonando a los secuestradores, Carpenter se acercó a la puerta, donde había una mesita con un teléfono. Posó una mano encima del instrumento.

Una llamada a los detectives de la casa y a la policía, explicándoles la situación-; acudirían rápidamente. Los pistoleros les cerrarían el paso afuera.

Tenía que encañonar a los dos bandidos que había en el cuarto.

El peligro mayor podía consistir en un ataque de la banda que acechaba fuera. Caso de presentarse, no había más que una alternativa: matar a esos bandidos y defender la puerta hasta la llegada de la policía.

Estaba dispuesto, si era necesario. La sangre le hervía al contemplar el crimen que iban a realizar.

-AL que se mueva, le descerrajo un tire-advirtió Carpenter-. Los dos...

Al ir a levantar el receptor, observó que uno de los pistoleros movía los labios. El hombre miraba hacia la puerta. Carpenter se volvió demasiado tarde. Un corpachón se lanzaba impetuosamente sobre él.

Herberto Carpenter cayó de espaldas a la puerta. Levantando la vista, distinguió la fisonomía del hombre que le había derribado.

!Era Hooks Borglund!

CAPITULO XVII
LA SOMBRA INVISIBLE

Hooks Borglund daba órdenes. Estaba de pie en el centro de la estancia.

Delante de él, con las manos en alto, se encontraba Herberto Carpenter. La pistola de Borglund le apretaba las costillas.

-Vigilad a la muchacha-ordenó Hooks a uno de los pistoleros-. Dadle un pinchazo de esta droga. El cloroformo se desvanece demasiado pronto. Tú vete a la puerta-indicó al otro rufián-y prepárate para la huida. Voy a terminar a este pájaro; luego me reuniré contigo.

Empujó brutalmente al prisionero por una puerta a un dormitorio. Allí, a la luz de una lámpara, Borglund empujó á un rincón a su enemigo.

Hooks se apostó junto a una ventana abierta. Dirigió la mirada hacia el otro lado del pequeño patio y observó que las ventanas de enfrente estaban a oscuras.

-De modo que eres tú, Carpenter, ¿eh? -se mofó Hooks-. Tratando de estropearnos la operación, ¿eh? Sabíamos que te habías fugado, pero no nos imaginábamos que serías tan necio que te atrevieras a asomar las narices por aquí. Creías estar seguro de que no te reconoceríamos en tu disfraz. No me engañaste a mí.

Carpenter permaneció mudo. Miró al otro lado de Hooks, en dirección de la ventana abierta.

-Nadie nos está mirando-rió Hooks-. Aquella habitación está vacante. Estamos perfectamente enterados. Vas a despedirte de este mundo. Voy a «pasaportearte» para el otro barrio. Un tiro te hará saltar la cantimplora.

«Esto va a salir a pedir de boca para nosotros. La muchacha, desaparecida. Un sujeto hallado muerto. ¿Quién es él? Herberto Carpenter, chantajista, fugado de presidio. Pillado infraganti, en el acto de ejecutar un secuestro; fue muerto en el acto. Magnífico, Carpenter. Acertaste resignado la sentencia; guardaste silencio; no nos comprometiste. Ahora serás acusado de este secuestro; pagarás las culpas ajenas.

Los ojos de Carpenter se dirigieron hacia el revólver que empuñaba Borglund. Aquel arma decidiría su fin. Un solo disparo acabaría con su vida.

Hacía unas noches deseaba la muerte. Ahora, la vida, aun con la amenaza del presidio, se había tornado dulce. En los comienzos de una nueva vida-en los principios de su primera batalla contra el crimen -iba a perecer.

No había más que una sola esperanza: La Sombra. Aquella esperanza no significaba su salvación; ni por un instante abrigó pensamiento tan fantástico.

Aunque La Sombra penetrase en la habitación dominada por los <gangsters>, Borglund tendría aún tiempo de matar a su prisionero.

La esperanza de Carpenter consistía en que La Sombra estuviese cera de allí para llevar a, cabo la obra que él no había podido realizar.

Las luces del paseo de madera de la playa brillaban muy abajo. El ruido de la resaca ahogaría el sonido del disparo fatal. EL dedo de Hooks Borglund estaba posado sobre el gatillo; dentro de un segundo, Herberto Carpenter estaría muerto.

Algo atravesó silbando el aire. Los ojos de Carpenter distinguieron algo que brillaba. Un grito emergió de los labios de Hooks Borglund.

Mientras Carpenter permanecía pasmado de asombro, vió un cuchillo vibrando en el brazo de Borglund.

EL revólver cayó al suelo. Carpenter estaba demasiado estupefacto para hacer un movimiento. Pareció transcurrir un momento larguísimo antes de comprender lo sucedido. A través de la ventana-desde la habitación a oscuras del otro lado del patio una mano invisible lanzó el certero cuchillo.

¡La Sombra!

Tan sólo el misterioso personaje podía haber ejecutado tamaña proeza. Sin delatar su presencia, sin la detonación de un disparo revelador, había llegado en su ayuda. Hooks Borglund, herido y desarmado, sacaba el puñal de su antebrazo en medio de un torrente de sangre.

Multitud de pensamientos pasaron centelleantes por el cerebro de Carpenter.

Se dio cuenta de la eficacia de la ayuda. Un disparo desde la otra habitación habría advertido a los pistoleros que se hallaban en el otro cuarto, de que un enemigo invisible había intervenido en la refriega. Entonces podrían haber acudido en auxilio de Borglund.

Pero ahora, Hooks se tambaleaba, sus labios hinchados jadeaban y sus ojos malignos se desorbitaban. Sus compinches no se habían percatado de nada.

Carpenter dio un salto para apoderarse del revólver. Hooks, recobrándose momentáneamente, vió su acción; también alargó el brazo y recogió el arma con la mano izquierda. Carpenter, ágil e ileso, se la arrebató.

Hooks, a pesar de su herida y dolor, se abalanzó sobre Carpenter. Sus manos hicieron presa en el cuello y por las ropas de Carpenter corrió un chorro de sangre.

No había otra alternativa. Uno u otro y Carpenter tenía la ocasión ahora.

Disparó a boca de jarro sobre el hombre que le estrangulaba. Borglund se desplomó rodando, por el suelo. Sus manos se agitaron convulsivamente; luego cayeron rígidas, inertes.

Herberto Carpenter permaneció inmóvil. Contempló el cuerpo que yacía en el suelo. Observó las ventanas negras del otro lado del patio.

Giró la vista hacia la estancia donde estaban los pistoleros y se preparó a resistir un ataque. No se produjo.

Entonces comprendió el motivo. Hooks Borglund entró allí con el objeto de matarle. Los <gangsters> esperaban el disparo que oyeron. Aguardaban a Borglund, que les prometió reunirse con ellos. Ni por asomo sospecharon que Hooks yacía muerto.

Con súbita decisión, Carpenter adoptó la medida conducente a su salvación, aunque estaba preñada de peligros. Abrió la puerta de la estancia donde estaba la secuestrada. Encontró a un pistolero de pie, junto a la muchacha desvanecida.

El pistolero dio un respingo al reconocer a Carpenter. Encontrándose encañonado, levantó las manos en alto y se quedó gruñendo. Carpenter cruzó el aposento y le levantó el receptor del teléfono.

-Aló, aló...

Contestó la telefonista del hotel. -Mande a la policía a la habitación número seiscientos- ordenó Carpenter, lacónico-. Pida socorro, en seguida. Unos pistoleros intentan secuestrar a Luisa Grantham...

Se interrumpió y soltó el auricular. La puerta se estaba abriendo. El pistolero que había salido, volvía.

Cuando Carpenter desvió la mirada, el «gangster» que estaba encañonado vió la ocasión. El pistolero descendió las manos y saltó a un lado, sacando al propio tiempo un revólver. Carpenter vió el peligro. Disparó dos veces.

EL bandido cayó, herido, cuando Carpenter se volvía para hacer frente al nuevo adversario.

Levantó demasiado tarde, el revólver para disparar. El otro hombre se le había adelantado. Mas cuando Carpenter, en aquel momento crítico, vió la muerte encima, resonó el estruendo de una detonación procedente del pasillo; y el <gangster> atacante se desplomó al suelo, muerto.

Corriendo frenéticamente, Carpenter salió del cuarto. Una mano invisible habíale salvado de nuevo. Mas al llegar al vestíbulo, vió que estaba acorralado.

Nuevos enemigos, aparecían a la vista. Los disparos atrajeron a la banda de Hooks Borglund. Decidieron atacar, en lugar de poner pies en polvorosa.

Lleno de excitación por la batalla, Carpenter hizo frente al ataque. Su primer tiro agujereó al cabecilla de los «gangsters». Disparó una y otra vez...

El gatillo emitió un chasquido al oprimir un cartucho vacío. Un segundo pistolero se había tambaleado, pero los otros avanzaban. Una bala se estrelló en la puerta. Carpenter retrocedió para ponerse a cubierto. Debía entrar en aquella habitación interior... encontrar otro revólver... pelear hasta la muerte...

Tropezó con el cuerpo del pistolero abatido y cayó pesadamente al suelo.

Oyó los gritos de los invasores, al dirigirse hacia la puerta. Luego retumbó un tiro; otro a continuación; después el tableteo de unas pistolas automáticas.

Incorporándose sobre las rodillas, Carpenter se quedó mirando, lleno de estupor.

La Sombra había abierto el fuego. A través de la puerta abierta, Carpenter distinguió a varios pistoleros que se tambaleaban. El revólver de un <gangster> se levantaba, apuntando hacia un adversario al que Carpenter no podía ver.

En ese instante retumbó una detonación en un rincón invisible del vestíbulo y el «gangster» se bamboleó, disparando erráticamente al desplomarse.

Gritos, maldiciones y cuerpos cayendo pesadamente fueron los sonidos que Herberto Carpenter oyó. Encontrando el revólver que yacía junto al cadáver de un «gangster», se precipitó hacia el vestíbulo para prestar su ayuda en la batalla. Se detuvo en seco, atónito.

La Sombra era dueño de la situación, el vencedor de la batalla. Sólo-una elevada figura vestida de negro-vigilaba ojo avizor los cuerpos de los que intervinieron en el ataque. Algunos bandidos gemían retorciéndose en la impotencia. Los que huyeron fueron los únicos que se salvaron.

Un sonido de júbilo triunfal rompió el silencio. La terrorífica risa de La Sombra resonó burlona y victoriosa. Dos ojos ardientes fulguraron al observar a Carpenter. La capa negra produjo un leve ruido mostrando sus forros color carmesí al volverse La Sombra hacia el hombre a quien había salvado.

-¡Vete!- La palabra queda y silbante, cuchicheado, fue una orden-. !Vete! ¡Tienes otro trabajo que hacer!

El sonido de un silbato policiaco llegó al cuarto, procedente del fondo de la escalera. Carpenter movió la cabeza en señal de agradecimiento. Allí, quedaría en una trampa. En otra parte, estaría a salvo.

Mientras La Sombra mantenía la guardia allí, su misión consistía en desbaratar los planes siniestros de Wheels Bryant, el otro <gangster> que iba a perpetrar un crimen esa noche.

Carpenter descendió por el corredor. Divisó por última vez a La Sombra, al volver la cabeza para mirar. La elevada figura desaparecía en la puerta abierta del cuarto número seiscientos.

En un rellano, Carpenter se ocultó cuando dos policías subían corriendo, pasando por su lado. Luego prosiguió su camino, resuelto a llegar a su habitación y telefonear a la casa del alcalde, señor Cruikshank.

Un súbito pensamiento le contuvo. ¿Era prudente que un fugado de presidio permaneciese allí?

¡No! Sería mejor ir personalmente, para explicar la verdad al alcalde y al Comité de Seguridad Pública. Allí podría entregarse a la policía. Oirían su historia.

Carpenter no se volvió hacia el ascensor. Dirigióse por una escalera de incendios a la calle. Oyó los silbatos de la policía, pero logró evitar un encuentro con los agentes que acudían precipitadamente.

Un automóvil esperaba en un lugar oscuro junto al bordillo de la acera.

Carpenter se acercó calmosamente y subió.

Dio las señas: una esquina cerca de la residencia de Rufus Cruikshank. EL auto, arrancó y Carpenter se hundió en los cojines. La excitación de los momentos pasados habíale debilitado.

AL cerrar los ojos, no vió más que la imagen de una figura alta y vestida de negro. Los <gangsters> habían intentado un golpe esa noche, capturar a una indefensa muchacha y matar al solitario libertador. El plan siniestro había sido frustrado.

¡Herberto Carpenter, sólo había visto a aquellos bandidos caer fulminados por La Sombra invisible!

CAPITULO XVIII
LA HISTORIA DEL PRESIDIARIO

Con rostro sucio y sudoroso y manos y americana manchadas de sangre, Herberto Carpenter entró precipitadamente en la residencia del alcalde, señor Cruikshank. Echó al criado a un lado y penetró, corriendo, en una sala donde oyó el sonido de unas voces.

Detúvose en seco al afrontar a un grupo de hombres solemnes reunidos en torno a una mesa oblonga. Estaba delante del alcalde y de los miembros del Comité de Seguridad Pública de la ciudad de Miramar.

También distinguió, al otro lado, el corpachón del comisario de policía.

-¿Qué es esto?-exclamó el señor Cruikshank-. ¿Quién es usted?

Carpenter contuvo el aliento y luego dijo:

-Soy Carpenter-declaró-. Herberto Carpenter.

-¡El preso evadido!-gritó el comisario-. ¡El individuo que fue mandado a presidio!

Avanzando a grandes zancadas, el jefe de policía asió por un brazo al inesperado visitante. Observó las manchas de sangre en sus ropas.

Sacó un revólver para encañonar al peligroso criminal. Carpenter no ofreció resistencia.

-¡Déjeme hablar!-suplicó-. ¡Déjeme hablar! ¡Es muy importante!

Su tono suplicante y frenético favoreció su petición. Estando el criminal guardado por el comisario, los otros olvidaron su aprensión.

Carpenter miró de una cara a otra. Observó el aire de dignidad del alcalde.

Fue a él a quien se dirigió.

-Me evadí-declaró-, con el objeto de venir aquí. Para vengarme de los bandidos que me traicionaron. Iban a dar dos golpes esta noche. Yo frustré el primero. Cacé a uno de ellos, a Hooks Borglund. Estaba a punto de secuestrar a Luisa Grantham, la rica heredera.

Unas respuestas sobresaltadas recibieron a esta revelación. El alcalde interrumpió:

-¿Dónde sucedió eso?-interrogó.

-En el hotel Pabellón-respondió Carpenter-. La policía está allí en este momento. Yo la llamé. Tuve que escapar.

-Supongo que, en efecto, tuvo que escapar-gruñó el comisario, oprimiendo el revólver-. Valiente historia.

-Escuche a este hombre-interrumpió el alcalde, con acritud-. Díganos, Carpenter, ¿por qué ha venido aquí?

-Para salvarle a usted-respondió Carpenter-. Corre usted peligro, señor Cruikshank. Persiguen a usted...

El alcalde levantó la mano. El teléfono repicaba. El señor Cruikshank levantó el receptor.

-¿El comisario-preguntó-. Aquí está, pero ocupado. Soy el alcalde... Sí... Háble me a mí, entonces... ¿En el hotel Pabellón? ¿Sí...? Se lo diré al comisario... ¿Ya está todo dominado? Bien.

Colgó el auricular. Miró en torno de la sala y habló tranquilamente a los hombres que estaban tensos y parecían interrogarle con la mirada.

-La policía ha detenido a una docena de pistoleros-declaró-. Trataban de secuestrar a la muchacha, como ha dicho Carpenter. Han muerto algunos <gangsters>. Evidentemente la historia de Carpenter es verídica.

-Sería mejor que yo me marchase al hotel-interrumpió Hurley, el propietario del Pabellón.

-Todavía no-declaró el alcalde, con firmeza-. Pertenece usted al comité. Oiremos la historia completa.

-Gracias, señor - dijo Carpenter, comprendiendo que escucharían su historia-. Les diré lo que sucede. Cinco de nosotros formábamos el sindicato de <gangsters>. Shifter Reeves se ocupaba de los estupefacientes. Yo operaba el chantaje. Bagshawe se cuidaba de la casa de juego...

De los hombres reunidos en torno de la mesa salieron exclamaciones de sorpresa. El comisario Yates dirigió una mirada fulminante a los miembros del comité.

-Había dos más-continuó Carpenter-. Hooks Borglund y Wheels Bryant. Hooks fue el que yo cacé esta noche. Pueden ustedes capturar fácilmente a Shifter y a Bagshawe. Pero a Wheels... no le conozco; no le he visto nunca la cara. Sólo sé que vendrá aquí esta noche, a menos que se le ahuyente.

-¿Que vendrá aquí?-repitió el alcalde, en tono de asombro.

-Sí-afirmó Carpenter-. ¡Para secuestrarlo a usted!

Algunos rostros mostraron sorpresa; otros, duda. Carpenter giró la vista en torno del círculo; luego miró al comisario Yates. Vió que el corpulento comisario era uno de los incrédulos. Entonces dijo:

-Wheels Bryant. EL es el as, el jefazo. A causa de él, no despegué los labios cuando me juzgaron. Me fugué de la cárcel para vengarme; para desbaratar sus planes. Ignoro quién es; pero le diré cómo trabaja. Opera desde el centro, y está aquí en la ciudad de Miramar. El traza los planes. EL pasa el aviso cuando existe algún peligro. Por esta razón Bagshawe pudo tener abierta la timba tanto tiempo. Wheels Bryant es persona de influencia.

-Quiere usted decir-la voz del alcalde era severa-; quiere usted decir que este hombre que usted llama Wheels Bryant ha sobornado a los agentes de la autoridad...

-No-replicó Carpenter;- pero tiene, sin duda, bastante influencia. Alguien les está traicionando a ustedes, avisando a Wheels cuando es necesario...

-Comprendo-dijo el alcalde con acento reflexivo.

El señor Cruikshank miró a Yates. El comisario asintió con la cabeza.

-Alguien... de aquí-el alcalde se volvió para sondear a los hombres que había delante de él.

Miró con frialdad a Luis Helwig, el especulador de terrenos; luego clavó la vista en Raymond Coates, el administrador de fincas. Finalmente posó los ojos en Graham Hurley.

-Esta noche-continuó el señor Cruikshank-, el comisario, señor Yates, presentó su dimisión. ¿Por qué? Porque opinaba que les miembros de este comité obstruían sus planes. Rechacé su dimisión. ¿Por qué? Pues porque yo creía que el comisario tenía razón.

»Hay algunos hombres aquí que deseaban se nombrase un nuevo jefe de policía. Han objetado siempre a todo cuanto el comisario ha dicho y hecho. Poseen intereses en Miramar. Esos intereses afectan a un popular cabaret y a un hotel. En ambos establecimientos han ocurrido crímenes.

»No formulo ninguna acusación. Simplemente considero, me pregunto por qué motivo estos hombres actuaron de esa manera. Estoy a punto de comprender. A veces los que no combaten a los malhechores tienen malas inclinaciones.

Tras esta fulminante denuncia, el señor Cruikshank hizo una pausa. Los hombres acusados indirectamente estaban indignados, pero guardaban silencio, mientras el alcalde se volvía deliberadamente hacia Herberto Carpenter.

-Continúe-dijo el alcalde-. Esta conspiración contra mí...

-Esta noche, después de las diez-dijo Carpenter-. Cuando esté solo, Wheels Bryant vendrá aquí, para secuestrarlo a usted. Hooks Borglund estaba raptando a la joven heredera. Bryant se encargaba de secuestrar a usted. Shifter Reeves prepararía la huída...

-Comprendo-interrumpió Cruikshank-. El doble secuestro, para exigir un rescate. Bien, podemos tomar las medidas pertinentes. ¿Pero quién es ese Wheels Bryant?

-Lo ignoro. No lo he visto nunca.

-Pero ¿usted trabajó para él?

-Sí... en la oscuridad siempre...

Luis Helwig se puso de pie de un salto.

-Este interrogatorio es labor del comisario-interrumpió-. Estas acusaciones veladas son ridículas. Un hombre llamado Wheels Bryant, a quien no se le ve nunca, que ni siquiera lo ve el hombre que declara haber trabajado con él...

-¡Helwig tiene razón!-gritó Raymond Coates-. Este individuo Carpenter es un evadido de presidio. Trata de salir de un apuro. Miradlo: tiene la americana manchada de sangre...

-Lléveselo de aquí-chilló Graham Hurley-. Entonces podremos hablar entre nosotros, sin tener que oír una serie de acusaciones estúpidas, lanzadas por un presidiario...

Sucedieron unos murmullos de oposición. Algunos apoyaban al alcalde en su reto a los tres hombres que habían sido partidarios de conceder un margen de libertad a las casas de juego. Otros opinaron que el señor Cruikshank había ido demasiado lejos en sus críticas.

Los murmullos se trocaron en gritos de indignación. El alcalde golpeó sobre la mesa pidiendo silencio. Tan sólo el comisario Yates, de rostro severo y tranquilo, permanecía neutral, con una mano en el hombro de Herberto Carpenter.

-No es más que un cuento de un presidiario-rugió Luis Helwig-. La historia de...

Su grito terminó bruscamente al resonar una voz inesperada. Un silencio escalofriante envolvió al grupo. Escuchaban los tonos imperiosos de una voz que oyeron unos meses antes.

¡La voz de La Sombra!

CAPITULO XIX
LA SOMBRA HABLA

La voz venía de una radio situada en un rincón. Todas miraron en esa dirección. Nadie hizo el menor movimiento.

El alcalde señor Cruikshank estaba más asombrado que nadie. ¡Sin su conocimiento, habían puesto allí la radio para esta reunión!

Las palabras se trocaron en una carcajada, prolongada y burlona; un sonido escalofriante que hizo estremecer a los oyentes. Hasta el mismo Carpenter se quedó helado al oír la risa siniestra, a pesar del hecho de que se encontraba allí obedeciendo las órdenes de La Sombra.

-En otra ocasión, oísteis mi aviso-dijo la voz escalofriante-. No hicisteis caso de mi advertencia, aunque procedía de La Sombra.

¡La Sombra!

El nombre fue repetido por labios sobresaltados.

-El crimen llegó a la ciudad de Miramar-continuó la voz del hombre de misterio-. Las hordas del crimen llegaron y vencieron. Pero fueron aniquiladas por mi voluntad.

El comisario miraba estupefacto hacia el aparato de radio. Se le había atribuido el mérito de la barrida de los criminales; pero, en el fondo de su corazón, comprendía que aquellos hechos estaban envueltos en un misterio completo.

-Uno de los reyes del crimen fue capturado-continuó la voz-. Fue a presidio. Se evadió. Cayó en mis manos. Esta noche él ha combatido contra los criminales. Se encuentra reunido con ustedes en este momento, hablando la verdad. Está dispuesto a volver a la prisión. Ha obedecido mis órdenes.

Todas las miradas se clavaron en Herberto Carpenter. Todos los presentes creyeron que no había engaño. De algún modo desconocido un personaje misterioso había establecido un empalme en esta sala con el objeto de poder oír, así como hablar.

Los pensamientos de los reunidos volvían a la noche fantástica, en la Sala Verde del hotel Pabellón, en que La Sombra fue el miembro silencioso de la reunión del comité.

-La epidemia de crímenes y fechorías debe terminar-prosiguió la voz del hombre de misterio-. No puede concluir más que suprimiendo a estas hordas de <gangsters>. Tenéis ante vosotros la oportunidad de llevarlo a cabo.

Sucedió un silencio profundo.

El alcalde, señor Cruikshank, se incorporó con aire severo. Era el único de los presentes que conservaba su presencia de ánimo. Dirigió una mirada a los asustados miembros.

Profiriendo un resoplido de indignación, cruzó la sala en dirección de la radio. Todos miraron extrañados su acción.

Para Herberto Carpenter fue un gesto, como si el señor Cruikshank abrigase la intención de situarse con firmeza al lado de La Sombra en la batalla contra las pandillas de malhechores. El comisario Yates pensaba lo mismo.

Una sonrisa apareció en su rostro enérgico.

-Quizá opináis que es imposible terminar con estos criminales-dijo la voz sarcástica de La Sombra-. Puede acabarse con ellos en este mismo momento.

Cuando la voz hizo una pausa, el alcalde habló en tono de reto al grupo.

-¿Oyen ustedes?-dijo-. Perfectamente. El propósito se ha realizado. Esto se ha hecho a instancias mías, como hace meses, para demostrarles que...

La voz de La Sombra interrumpió.

-Un hombre introdujo la epidemia de crímenes en Miramar-declaró la voz-. Un hombre que ha guardado el secreto de su identidad. Wheels Bryant, as del crimen, se encuentra entre vosotros en este momento. Escuchad bien... Mientras pronuncio su nombre...

Hubo una pausa momentánea.

El alcalde, señor Cruikshank, sacó calmosamente el enchufe de la radio. Su ojo severo miraba acusador los rostros de los miembros del Comité de Seguridad Pública.

-Yo tendré el honor de declarar el nombre-dijo con acento firme-. Señalaré al judas de esta reunión. Mírense a sí mismos. Estudien sus propios rostros...

Cuando el señor Cruikshank hizo una pausa efectiva, las miradas se clavaron en tres hombres. Luis Helwig, Raymond Coates y Graham Hurley eran los hombres que inspiraban sospechas. Los tres tenían un aire espantado y de culpables.

¿Cuál era el culpable?

El alcalde, alto y lleno de dignidad, encendió calmosamente un puro.

Herberto Carpenter, de pie junto al comisario Yates, miraba al señor Cruikshank.

La cabeza del alcalde se inclinó hacia delante. La llama de la cerilla no reveló sus facciones. Volvió la cara hacia arriba y chupó el habano.

Un aroma familiar llegó a las narices de Carpenter. Vió al alcalde sonreír.

Oyó su voz, un tono que recordaba, pero que no había reconocido hasta ahora.

-Hay ciertas personas entre nosotros-el señor Cruikshank hablaba con frialdad-, que merecen alguna censura. Pero uno de ellos es el hombre. Es el as de los bandidos. Su nombre...

-¡Su nombre es Rufus Cruikshank!

El grito frenético brotó de los labios de Herberto Carpenter. No pudiendo contenerse, el chantajista salió impetuosamente hacia delante. El señor Cruikshank, que había avanzado unos pasos, cayó al suelo ante el ataque.

El comisario Yates se puso en pie de un salto, dispuesto a hacer fuego. No disparó por temor a matar al alcalde, que rodaba por el suelo asido por Carpenter. El chantajista gritaba frases de condenación.

-¡Wheels Bryant!-rugió-. ¡El as! ¡Un traidor!

Varios hombres saltaron a ayudar. El acusado, libre momentáneamente, asestó un violento golpe en la barbilla de Carpenter. El acusador se desplomó y fue recogido por manos iracundas.

El comisario Yates le encañonó. El señor Cruikshank, tratando de recobrar su presencia de ánimo, miró furioso a su alrededor.

No vió a Graham Hurley. El propietario del hotel Pabellón se había acercado a la pared. Estaba enchufando la radio.

-Este hombre es un bribón-dijo el alcalde, indicando a Carpenter-. Tiene usted razón: un pillo es siempre un pillo...

Una voz interrumpió: ¡la voz de La Sombra!

-Escuchad atentos-los tonos acusadores y siniestros empezaban donde se interrumpieron-: escuchad atentos mientras pronuncio su nombre...

El señor Cruikshank, con el semblante deformado por la rabia, se precipitó hacia la pared. Pero antes de que llegase a la radio, la terrible voz de La Sombra terminó su frase final:

-¡Se llama Rufus Cruikshank!

Lanzando un grito de cólera, el acusado dio un tirón e hizo rodar el aparato.

Girando sobre sus talones, se enfrentó con los otros hombres. Tenía el rostro lívido. Apareció revelado en toda su perversidad.

!Wheels Bryant! ¡El as del crimen había trazado con habilidad sus planes!

Allí, en una playa de veraneo próspera, se había establecido bajo el nombre de Rufus Cruikshank. Su meta fue la alcaldía y la consiguió.

De todos los vecinos de la ciudad de Miramar, él estaba mejor situado que nadie para fomentar y proteger a los criminales, mientras que aparecía como implacable enemigo de ellos.

Para el comisario Yates este final desenmascaramiento fue un golpe que le dejó aturdido. Fue el último en comprender la verdad. Había sido traicionado por este truhán

Le había obedecido fiel y ciegamente. Le había expuesto todos sus planes.

Apenas daba crédito a sus ojos.

Pero al afrontar al comisario, Wheels Bryant dio la prueba final de su culpabilidad. Conocía que de los hombres que tenía delante, solamente uno era capaz de resistirle, pues sólo Yates estaba armado.

Antes de que el comisario pudiera moverse, Cruikshank, lanzando un grito terrible, le tiró la radio a la cabeza.

Yates esquivó el pesado objeto. Este le dio en el hombro derecho y le hizo bambolear hacia un lado. Su revólver cayó al suelo.

Wheels Bryant-que ya no representaba el papel de Rufus Cruikshank-cruzó de un salto el cuarto y llegó a la puerta de su despacho. El comisario, profiriendo un grito furioso, recogió su revólver y salió en su persecución, seguido de los otros hombres.

El comisario abrió con violencia la puerta de la oficina. Su enemigo había huido. La ventana abierta indicaba la ruta que Wheels Bryant tomó en su rápida huída.

El comisario fue al teléfono y llamó a jefatura. Se dio la alarma. No podía haber escapatoria para Wheels Bryant, el falso Rufus Cruikshank.

¡La ciudad de Miramar, playa veraniega de una isla, estaría bloqueada dentro de diez minutos!

Sin esperar un momento más, Yates se puso en camino. El corpulento jefe de policía perseguía a su principal enemigo, al hombre que había fingido ser su mayor amigo y apoyo. El puerto y el aeropuerto estaban cerrados ya.

¡Wheels Bryant se encontraba aún en Miramar!

En la residencia de Cruikshank se hallaban aún los miembros del comité, estupefactos todavía por el súbito giro de los acontecimientos. Al percatarse do que la administración de la ciudad de Miramar estaba ahora en sus manos, los hombres se contemplaron unos a otros llenos de estupor.

La radio destrozada yacía por el suelo, muda. Pero los ojos de los hombres miraron al destrozado aparato como si fuese una cosa viviente.

Pues de aquel instrumento surgieron palabras asombrosas, pronunciadas en una voz de tonos escalofriantes anunciadores del fin de un as del crimen.

A través de aquel aparato, La Sombra profirió la denuncia.

¡La voz de La Sombra!

Aun ahora el siniestro sonido parecía real en el recuerdo de los que lo oyeron.

¡Pues las palabras de La Sombra habían desenmascarado al supercriminal!

CAPITULO XX
BAGSHAWE RESISTE

Un veloz coupé avanzaba por una ancha avenida de Miramar. Un policía fue a interceptarle el paso. El coche viró a la derecha, giró sobre dos ruedas y, rozando el bordillo de la acera, dobló una esquina.

El agente de policía levantó su pistola para disparar. Dos tiros partieron del coupé. El policía cayó, pero el automóvil continuó su marcha.

Otros agentes acudieron al ruido de las detonaciones y, tomando un coche, emprendieron la persecución.

Rufus Cruikshank, alcalde de Miramar, iba en aquel coupé. Saltó al coche-uno de los varios que poseía-en la entrada del garaje, detrás de su casa.

Ahora estaba acorralado. Aun con la pistola automática que guardaba en la cartera del vehículo, no podía abrigar la esperanza de dominar a sus perseguidores. El comisario Yates había establecido entre sus fuerzas las costumbres de actuar con rapidez en todos los casos.

Habiéndose recibido órdenes de detener y perseguir a todo automóvil sospechoso, las fuerzas estaban en movimiento aquella noche.

Si Wheels Bryant hubiese invocado la personalidad de Rufus Cruikshank, quizá habría burlado a algunos agentes. Pero no se atrevió a intentarlo.

Conocía que Yates era respetado y mandaba con mano de hierro a sus fuerzas.

La estrecha callejuela, por la cual huía Wheels Bryant, conducía al paseo de madera de la famosa playa. Esto le ponía nuevamente en peligro.

AL cruzar otra avenida, otros policías aparecieron. Cuando el <coupé> salió disparado en dirección del desembarcadero, otros agentes le vieron y continuaron la persecución.

El «coupé» se detuvo. La policía, que convergía de diferentes lugares, capturaría al fugitivo, si éste vacilase un instante. Pero Wheels saltó del coche y se precipitó hacia la entrada del club Catalina.

Detúvose allí un instante para disparar sobre un agente que se había aproximado bastante. Luego subió la escalera dando grandes zancadas.

Un empleado se quedó atónito al reconocer las facciones de Rufus Cruikshank. El fugitivo alcalde lo empujó a un lado y penetró en el establecimiento de Bagshawe.

Ambas puertas estaban abiertas, pues la sala de juego funcionaba sin que la policía la molestase. Mas ahora reinaba en el local un ambiente de consternación, pues esta seria la última noche.

Bagshawe no esperaba una irrupción de la policía; en consecuencia, los ojos se le desorbitaron al ver entrar precipitadamente al alcalde. Los empleados, que habrían cerrado el paso a cualquier otro intruso, retrocedieron llenos de estupor.

EL asombro de Bagshawe aumentó cuando Rufus Cruikshank le asió con fuerza del brazo. Luego exhaló un suspiro de alivio al oír hablar a la voz de Wheels Bryant.

-¡La policía!-gruñó Wheels-. ¡Me persiguen! ¡Páralos! ¡Pronto!

Bagshawe apenas podía moverse. No daba crédito a sus oídos. Luego se percató de que si la orden procedía de Wheels o del alcalde era igual. Wheels Bryant dominaba a Bagshawe. Cruikshank era el amo de Miramar.

-¡Apostaos en la puerta!-tronó Bagshawe-. ¡Cerrad el paso a quien intente subir! ¡Cerrad el paso a todo el mundo, sea quien sea!

La orden fue dada oportunamente. AL mismo tiempo que los empleados, obedeciendo las órdenes, sacaban sus pistolas de debajo de sus uniformes, el primero de los policías que llegaban apareció a la vista.

Wheels Bryant gruñó. Hizo fuego sobre el invasor. El policía cayó desplomado. Bagshawe no necesitaba más explicaciones.

Se dio cuenta de que Wheels Bryant y Rufus Cruikshank eran la misma persona. Instado por Cruikshank, abrió la puerta del despacho.

Los dos truhanes estaban dentro de la habitación; la puerta, cerrada tras de ellos. Bagshawe echó la llave. Permaneció atento, revólver en mano. Wheels Bryant estaba en la caja de caudales. La había abierto. Tomando un saco de un rincón, empezó a meter dinero dentro.

-Os engañé, ¿eh?-preguntó-. Te figurabas que Wheels Bryant era Rufus Cruikshank, ¿verdad? El negocio ha terminado, ¡ahora que iba a dar el golpe más grande de mi vida!

El tableteo de las pistolas resonaba fuera. Los pistoleros de Bagshawe- <gangsters>, curtidos, bajo los uniformes de empleados habían presentado batalla.

-Iba a secuestrar a Rufus Cruikshank -continuó Wheels-. Magnífica idea, ¿no te parece? Ninguno de los muchachos se habría percatado hasta el momento que viesen a Rufus saltando al barco. Habría dejado pasmado de asombro a Hooks Borglund.

-¿Hooks?-preguntó Bagshawe, jadeante.

-¿Dónde está?

-Muerto- informó Wheels Bryant, metiendo más billetes en el saco-. Ese tiene la culpa de todo. Le agujerearon la piel. Eso fue el principio del fracaso. Oye-Wheels cambió de pronto el tema-: Supongo que esos valientes no pueden resistir mucho tiempo más.

-¿Cuántos policías atacan?-preguntó el jugador.

-Todas las fuerzas de Miramar-respondió Cruikshank.

Bagshawe contuvo el aliento, consternado. Se percató ahora de que sus hombres tenían que pelear. No había otra salida.

Siendo «gangsters» todos ellos, intentarían abrirse paso. Sería imposible ahora. El estruendo de las detonaciones sonaba ahora como un cañoneo.

-Escucha-dijo Wheels Bryant con frialdad-: voy a «largarme» con esto.

Señaló el saco. Estaba lleno de billetes y monedas de oro, un millón del nuevo botín, que había sido depositado en la caja de caudales del jugador.

-¿Y yo?-interrogó Bagshawe.

-Tú te quedarás aquí-repuso Wheels-. Tú estás a salvo. Nadie sospecha de ti.

-¿Sí? ¿Para que me manden a presidio como a Carpenter? ¿Para que me traicionéis?

-Nada de eso. Ya ha ocurrido antes, en tu establecimiento, una batalla como ésta. No fue culpa tuya, ni ahora tampoco. Yo me refugié aquí, eso es todo. Tú no sabes nada de nada. Yo me escapé de una manera misteriosa. Esa será tu historia. No existe ninguna relación entre tú y yo.

El jugador meditó. Ignoraba que Carpenter le había desenmascarado; que sus relaciones con el as del crimen eran conocidas.

-Si tú levantas el vuelo-declaró Wheels-, nos seguirán. Sospecharán algo. Pero si te quedas, guardas silencio, etcétera, no sabrán ni sospecharán nada. Recibirás tu parte después.

-Perfectamente-asintió el rey de las timbas, de mala gana.

Fue al escritorio y abrió con una llave el lugar encima del cajón. Wheels Bryant oprimió la tapa ancha y plana. Deslizóse hacia atrás automáticamente, revelando una abertura de más de un metro cuadrado.

Wheels Bryant apretó una palanca. Se oyó el sonido apagado y mecánico.

Wheels hizo una pausa, escuchando otro ruido. El tiroteo había cesado.

Golpeaban con violencia en la puerta del despacho.

El sonido mecánico terminó. La cubierta de un ascensor para una persona apareció en el fondo del escritorio, al nivel del suelo. Wheels Bryant depositó el saco en la abertura. Se metió en el escritorio y oprimió la palanca.

Su cuerpo, visible de la cintura a la cabeza, empezó a descender. Wheels agarró el borde de la tapa del escritorio. Deslizóse hacia atrás y cubrió la abertura al desaparecer.

La puerta del despacho se derrumbaba El rey del juego empezó a temblar.

Luego, percatándose de que no tendría tiempo de escapar aunque lo desease, fue al escritorio y cogió la llave.

La puerta se vino abajo con estruendo. El comisario Yates encañonó con una pistola a Bagshawe.

-¡Manos arriba!-tronó.

El jugador levantó las manos en alto, dejando la llave en la cerradura. El comisario entró en el despacho.

-¿Dónde está Bryant?-interrogo.

-¿Bryant?-repitió Bagshawe.

-El alcalde señor Cruikshank - corrigió Yates con acento sarcástico.

-No está aquí respondió Bagshawe en tono de asombro-. He estado aquí solo...

-Es inútil-interrumpió el comisario. Lo sabemos todo, Bagshawe. Carpenter está en Miramar. Ha hablado.

En las facciones del rey de las timbas apareció una expresión de animal acorralado.

¡Carpenter! ¡Wheels no había dicho nada de él!

Poco a poco el jugador se percató de que Wheels Bryant le había traicionado! ¡Él era el sacrificado! Desplomóse en una butaca. Yates se echó a reír, así como un agente que había entrado. Pero ahora el jefe de policía mostró su actividad, Ordenó a sus subordinados que registrasen el despacho.

-Vimos a Bryant entrar aquí-gruñó Yates-. Buscadle, muchachos. No puede hallarse muy lejos. Ya sabéis a quién perseguimos. Al pícaro que se hacía llamar Rufus Cruikshank. ¡Nuestro honorable alcalde!

La búsqueda se efectuó con rapidez, en menos de un par de minutos. Era evidente que el truhán no se encontraba allí. En la precipitada inspección la policía olvidó a Bagshawe. Esperaban ver a Wheels Bryant surgir de algún rincón, armado.

Así fue que el rey de las timbas intentó huir. Conocía que estaba acorralado; que pronto conocerían su participación en todos los hechos delictivos cometidos últimamente en Miramar.

Había sido traicionado. Wheels Bryant había huido con el botín. La única esperanza de Bagshawe estaba en escaparse.

Con su aire de profundo abatimiento, logró que no lo vigilasen mucho.

De repente su corpachón se reanimó. Se puso en pie de un salto, al tiempo que sacaba un revólver del bolsillo. Se precipitó hacia la puerta, volviéndose para disparar sobre los agentes, quienes esquivaron el golpe.

Un policía entraba en el despacho e interceptó el paso a Bagshawe. El jugador le descerrajó un tiro. EL agente cayó al suelo. Pero el comisario Yates, que se había colocado detrás del escritorio, actuó en su ayuda.

Bagshawe, enmarcado en el umbral, ofrecía un blanco perfecto. La pistola automática funcionó. El corpulento rey de las chirlatas cayó abatido al suelo.

El comisario se hundió en la butaca, detrás del escritorio. Fríamente contempló el lejano cuerpo de Bagshawe. Unos agentes se inclinaron sobre el jugador.

-Está muerto-informaron.

-Mejor-comentó Yates.

El jefe de policía posó la mano en el escritorio. Su pulgar topó con la llave que Bagshawe dejara allí. La giró en la cerradura, intrigado. Apoyó las manos en el borde del escritorio, mientras atisbaba para ver si había un cajón en el otro lado.

La tapa plana se descorrió de repente y el comisario casi se precipitó en el hueco. Se encontró mirando en el interior de un boquete negro.

-¡Por aquí se fugó Wheels Bryant!-gritó-. ¡Por esta abertura!

Los agentes se aproximaron y miraron en el agujero. El jefe de policía oprimió la palanca. Se oyó el ruido de un ascensor que subía. Los policías cambiaron miradas de sorpresa al oír el ruido.

-Pero-dijo uno-, el club Catalina está debajo... ¿Cómo funciona esto? No puede atravesar por el medio de la pista de baile del...

El comisario soltó una carcajada ronca. Tenía la explicación. Señaló hacia abajo, en el momento en que el ascensor aparecía a la vista.

-¡Las columnas!-gritó-. ¡Las tres columnas del centro del cabaret! ¡Este ascensor baja por la columna central al sótano! Entrad en el ascensor uno de vosotros. Por aquí se escapó

Wheels Bryant. Cuando llegue abajo que vigile debajo del paseo de madera. Por ahí se fugó. Que registren por todas partes.

Yates miraba cómo uno de sus subordinados bajaba con el ascensor por el ingenioso pasaje, cuyo secreto había sido conocido de dos hombres:

Wheels Bryant y Bagshawe. Usando el aparato, Wheels había hecho sus misteriosas visitas entrando y saliendo del despacho sin ser visto por nadie.

Había otra persona que utilizó el mismo procedimiento. Hasta ahora había sido el tercero que conocía su existencia. La Sombra-el hombre de las tinieblas-descubrió el secreto.

¡Usando este ascensor, él, también, había asistido a las reuniones de los reyes del crimen!

La policía había emprendido la caza. El comisario se percató de que su suposición era acertada. Usando esta salida secreta, Wheels Bryant trataba de ponerse a salvo en lugar seguro.

¿Podrían capturarle ahora? Yates rechinó los dientes. ¡Tenían que aprehender al enemigo número uno!

El comisario se devanó los sesos en vano. Recordó la voz del hombre misterioso que avisara por primera vez hacía unos meses; y que, esta noche, desenmascaró al bandido. ¡La Sombra!

¿Quién era este hombre? ¿Dónde estaba? ¿No podría ayudar de nuevo en estos momentos tan críticos?

Mientras Yates estaba ensimismado en estos pensamientos, repicó el teléfono de la mesa de Bagshawe. El comisario se levantó con ansiedad.

Esperaba oír la voz queda y cuchicheada, silbante y siniestra. En lugar de esto, escuchó la voz de Graham Hurley, el propietario del hotel Pabellón.

-¿Es usted, Yates?

-Sí.

-¿No ha atrapado a Cruikshank, quiero decir, a Bryant, todavía?

-No.

-Escuche, pues. Actúe con su acostumbrada rapidez. Quizá se encuentre en el extremo del desembarcadero.

-¿En el desembarcadero?

-Sí. Estoy en la casa del alcalde. Este individuo, Carpenter, ha vuelto en sí. Está aún algo aturdido del trompazo que le encajó. Acaba de informarnos que Shifter Reeves-el de los estupefacientes-está usando el antiguo mecanismo de submarino del embarcadero. Por allí entraban las drogas. Ahora está disponiéndose a escapar...

El comisario colgó el auricular. Gritó a sus subordinados:

-Corred al desembarcadero. Entrad en el viejo cobertizo del extremo. ¡Allí encontraréis a Wheels Bryant! !Detenedlo!

Mientras los agentes salían precipitadamente, el comisario descolgó el receptor y llamó al puerto. Habló rápidamente al hombre que respondió a la llamada.

-¡Prepare la lancha de la policía! ¡Haga salir a todas las embarcaciones que se encuentren ahí! ¡El jefe de policía está dando órdenes! ¡Diríjase al desembarcadero! ¡Intercepte a cualquier embarcación que intente salir!

AL salir precipitadamente del despacho, Yates estaba decidido a recurrir a todos los medios posibles para capturar a Wheels Bryant. El puerto se hallaba a unas cuatro millas de distancia. Las lanchas tardarían algún tiempo en llegar.

Ahora lo comprendía todo con claridad. Primero, el rey de las drogas; ahora, los secuestradores usaban el desembarcadero. Todos bajo la jefatura de Wheels Bryant. El as del sindicato había escapado. El embarcadero estaba a unas cuantas manzanas de distancia.

-!Capturar a Wheels Bryant!

Ese fue el grito decidido del jefe de policía mientras se dirigía a conducir el ataque desde tierra. Pero una preocupación embargaba su espíritu. Conocía que estaba luchando contra un as del crimen.

A menos que alguien estuviese cerca para impedir o demorar la huída, a menos que sucediese un milagro, las fuerzas llegarían demasiado tarde para interceptar a Wheels Bryant.

El comisario gemía mientras corría hacia el lugar. Estaba seguro de que se le escapaba el triunfo. Estaba condenado a perder la victoria final.

La mente del comisario presentaba una extraña paradoja. Se olvidaba casi en seguida de lo que acababa de pensar.

¡En ese preciso momento olvidó la presencia de La Sombra!

CAPITULO XXI
LOS DISPAROS DESDE LA TORRE

El desembarcadero de Miramar estaba situado en un promontorio que se extendía unos quinientos metros mar adentro. La pista de baile, que daba al paseo de madera de la playa, estaba flanqueada por amplias plataformas.

Luego, después de un espacio abierto, venía una sala de cine. Más allá se encontraba el edificio de la exhibición.

Este edificio ocupaba un espacio cuadrado, a unos doscientos metros de la playa. Luego el desembarcadero se estrechaba. Al fin se ensanchaba formando la última avanzada, donde el edificio de observación submarina estaba situado.

Una torre de unos treinta metros de altura, situada entre los dos últimos edificios, daba al desembarcadero un aspecto singular. Este edificio, una miniatura de la torre Eiffel de París, había sido erigido para la gran fiesta que cerraría la actual temporada. Tenía multitud de luces para su primera iluminación.

Bajo esta torre, en medio de la oscuridad de la noche, pasaba ahora Wheels Bryant. Había logrado escapar. Encontrábase a treinta metros de su meta: el oscuro edificio del extremo del desembarcadero.

Bryant sabía que le perseguían de cerca. Llegó allí después de salir de los sótanos del club Catalina; pero el viaje por la arena debajo del paseo de madera de la playa fue penoso.

No se atrevió a dejarse ver. Llegó al nivel del desembarcadero usando una escalera que había debajo de la pista de baile.

Mirando atrás en dirección del paseo, observó a varios hombres corriendo hacia el embarcadero. Se echó a reír. ¡Que viniesen! Estaría preparado para recibirles.

Aproximándose al extremo del desembarcadero, emitió un silbido agudo y breve. Hubo una respuesta procedente de la oscuridad. Wheels habló. Shifter Reeves respondió:

-¿Eres tú, Weels?

-Sí.

-¿Dónde está Hooks? ¿Qué le ha sucedido? No ha llegado.

-Lo mataron.

Los dos hombres estaban juntos ahora.

-Tenemos que largarnos, Shifter-gruñó Wheels-. La cosa ha ido mal. Me persiguen, ¿Tienes a los hombres apostados?

-Sí.

-Diles que estén preparados. Tengo el botín.

Shifter, a pesar de estar consternado por estas revelaciones, no perdió tiempo en dar las órdenes. Su voz sonó clara a través de la oscuridad.

Luego, acompañado de Wheels Bryant, se dirigió presuroso a abrir una puerta del edificio submarino. Los dos hombres entraron en una cámara grande y cuadrada, iluminada por una sola luz.

Aun en aquel débil resplandor, Shifter pudo ver la fisonomía de su compañero al mirar, por primera vez, a Wheels Bryant. De los labios del rey de los estupefacientes brotó un juramento de sobresalto

-¡Tú... tú eres Rufus Cruikshank!

-Sí-respondió Wheels, lacónico-. Hablaremos de ello después. ¡Pongámonos en marcha!

Un hombre se aproximó. Shifter habló con rapidez:

-Espera en la puerta, Zeke. Los muchachos van a trabajar. Cuando estemos dispuestos para marchar, dales la señal para que se reúnan con nosotros.

Zeke movió la cabeza en señal afirmativa y volvió a su puesto.

Shifter atravesó por entre montones de efectos navales. Abrió una trampa en el suelo y reveló una escalera metálica. Wheels Bryant percibió el rumor de las olas.

-Todo está preparado-murmuró Shifter-. Allí se encuentra la embarcación, en la cámara submarina. El depósito está medio lleno de agua y lo he tenido en el fondo, oculto. Lo subí después de oscurecer. Sube. Abriremos las puertas exteriores.

-¿Cuánto tiempo tardaremos?

-No más de cinco o diez millas. Estaba preparado para partir con rapidez, pero ignoraba que tendríamos que escabullirnos tan deprisa. Hay dos hombres abajo. Vamos.

-Aquí está la <pasta>.

Shifter tomó el saco y abrió la marcha escalera abajo. Los hombres saltaron a una embarcación larga y veloz. Las ametralladoras relucieron a la luz tenue.

Shifter metió el saco en un armario, delante.

-Abrid las puertas-ordenó.

Uno de los «gangsters» de la tripulación se inclinó sobre el costado de la lancha y giró una palanca ajustada al depósito de acero.

Hubo un movimiento en la oscuridad, delante; una fuerte brisa silbó hacia dentro cuando las compuertas empezaron a abrirse poco a poco.

Shifter atendió al motor. Wheels Bryant permaneció mirando escalera arriba, de manera aprensiva.

La acción del jefazo obedecía a una causa. Arriba, en el desembarcadero, era inminente una batalla. Una lucha en la que las cartas estarían marcadas contra los agentes de la autoridad, una emboscada para asesinar a los policías incautos.

Un agente, abriendo la marcha, fue el primero que descubrió la trampa, casi en el mismo instante en que Wheels Bryant saltó a la lancha.

Cuando sus pisadas resonaron a lo largo del espacio abierto, un revólver escupió una llamarada desde la base del viejo edificio del extremo del desembarcadero. El agente se tiró al suelo; luego se incorporó y retrocedió, corriendo, para dar la alarma.

Se le reunió un destacamento de policía. Un sargento ordenó un nuevo avance. Los agentes avanzaron con cautela. Les saludaron nuevos disparos. Un policía se tambaleó. Sus compañeros lo recogieron y se lo llevaron, arrastrando, atrás.

Se levantó un clamor. Oíanse gritos a todo lo largo del desembarcadero. Se avisó a la policía de la retaguardia.

-¡El reflector del edificio de la Exposición! ¡Encendedlo!

Dos segundos después un potente reflector enfocaba sus destellos hacia la base de la torre que se erguía encima del extremo del desembarcadero.

Sus rayos reflejaron el lugar con la vívida luz del día. Las paredes del cerrado edificio submarino se destacaban con claridad en la iluminación. Sin embargo no se veía a ningún hombre.

La policía vaciló. Los agentes estaban arrimados a la pared del edificio de la Exposición, esperando la orden de atacar. En esa pausa, el comisario Yates llegó al lugar de la escena, acompañado de varios hombres más.

-¡A ellos!-ordenó.

Un pelotón avanzó, resuelto. Al avanzar, unas figuras que acechaban surgieron a lo largo de las barandillas del embarcadero, en torno del condenado edificio del extremo.

Rasgaron la oscuridad unas llamaradas. El primer policía se tambaleó y cayó de bruces. Los otros se dispersaron.

Antes de que el herido pudiera levantarse, un «gangster» se enderezó sobre la baranda cerca del extremo del embarcadero. Fría y deliberadamente, apuntó el revólver al indefenso agente.

El comisario Yates lanzó un grito de alarma. No había nadie cerca para impedir aquel asesinato; el pistolero estaba fuera del alcance de los que se retiraron.

¡Crac!

La fuerte detonación no fue el sonido de un revólver.

¡Fue un disparo de rifle¡ ¡Surgió de arriba, de la cumbre de la borrosa torre de treinta metros de altura¡

El «gangster» asesino se bamboleó. El revólver se le cayó de la mano y, un instante después, el pistolero le siguió, hundiéndose en el océano; fue una caída de quince metros desde la baranda del embarcadero.

¿Quién disparó aquel tiro?

El comisario miró hacia arriba, a través de la noche. Luego sus ojos recorrieron toda la extensión del embarcadero. Una docena de agentes avanzaban resueltos. Una granizada de tiros les saludó. Luego retumbaron los estampidos del rifle. ¡A cada tiro cayó un <gangster>!

¡Los pistoleros emboscados iban cayendo a bajo el fuego de alguien que estaba apostado en la torre!

¡Apostados para impedir el avance de la policía, ellos mismos se encontraban acorralados! Un asombroso tirador disparaba sobre ellos, abatiéndolos, heridos, uno tras otro.

El camino iba despejándose. La policía, avanzando con firmeza, parecía estar a salvo del fuego cuando se aproximaban a su objetivo. El comisario ordenó una carga a otro destacamento.

Apenas se habían puesto en marcha los hombres, cuando el comisario oyó un grito de terror. Los hombres se dispersaban hacia ambos lados del desembarcadero. El jefe de policía, situado cerca del edificio de la Exposición, vió la causa.

Cinco <gangsters> habían surgido. Con rápida precisión habían empezado a emplear una ametralladora. Resueltos a cerrar el paso a la policía, enfilaban la terrible arena en dirección del desembarcadero.

El comisario se encontraba bajo sus fuegos. El y una docena de agentes.

¡Vieron el peligro demasiado tarde para poder escapar!

En ese crítico momento, surgió la salvación milagrosa. Sonaron varias detonaciones, pero no fue el tableteo de la ametralladora. Aquel buen tirador, apostado en la cumbre de la torre, fue certero en su puntería. Sus blancos lo constituían los «gangsters».

Un hombre estaba a punto de disparar la ametralladora. Se desplomó, inerte.

Dos «gangsters» corrieron a ocupar su puesto. Uno cayó abatido al tiempo que se oía el estampido del rifle. El otro llegó a su objetivo, pero no llegó a disparar el arma mortífera. EL también, se desplomó junto a la ametralladora.

Quedaban solamente dos «gangsters». Uno de ellos saltó, poseído de frenesí, a la ametralladora. Sus manos hendieron el aire al tambalearse hacia atrás.

EL otro, olvidándose de todo, excepto del peligro del tirador de la torre, giró sobre sus talones para apuntar hacia arriba.

Antes de que pudiese disparar un tiro, su gesto fue replicado por otra fuerte detonación. El último de los «gangsters» rodó por el suelo, al lado de sus compañeros.

-¡La torre! ¡La torre! ¡El rifle de la torre!

El grito pasó de unos labios a otros a lo largo del embarcadero. Tuvo respuesta. Alguien, movido por una súbita inspiración, encendió las luces.

Un resplandor de múltiples colores llenó la noche. Todas las miradas se dirigieron hacia lo alto de la torre.

Allí, bajo una resplandeciente bola de luz enjoyada, aparecía una figura inmóvil y silenciosa. El comisario la vió, como también al rifle que la figura empuñaba.

Los agentes miraban mudos de asombro. Pero el comisario comprendió el misterio.

Adivinó quién era el hombre al que le debían la vida. Adivinó quién era la persona que impidiera la matanza. La policía seguía avanzando, pero Yates no podía despegar la vista, estupefacto y admirado, de aquella torre.

¡El hombre que los salvara era La Sombra!

CAPITULO XXII
LA SOMBRA PARTE

La policía había llegado al extremo del desembarcadero. Golpeaban la puerta del edificio. El comisario Yates, recobrado de su estupor, gritaba órdenes. Sus instrucciones se transmitían de un agente a otro, mientras él avanzaba, corriendo.

En este momento los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez.

Sonó el rugido de un potente motor, debajo del embarcadero. Cuando el comisario llegaba a la barandilla, un monstruo pareció surgir impetuoso y veloz de debajo.

Encendidas las luces de un poderoso reflector, una larga y veloz gasolinera salió disparada hacia el océano. Yates, al igual que sus subordinados, levantó su pistola demasiado tarde. Dispararon sobre las olas cuando la lancha a motor se alejaba rauda y veloz.

Sentado en la popa, rodeado de tres <gangsters>, hallábase Wheels Bryant.

Empuñaba el timón. El comisario profirió un grito de rabia al reconocer la fisonomía del hombre conocido por el nombre de Rufus Cruikshank.

Entonces hendió el aire un grito de exaltación. Navegando a toda velocidad con el objeto de interceptar el paso a la gasolinera fugitiva, veíanse dos yates, donde en sus cubiertas iluminadas aparecían hombres armados. Eran los primeros de una serie de embarcaciones que venían del puerto.

La gasolinera fugitiva viró. Quería evitar el encuentro con los yates y huir por entre ellos. EL motor rugió cuando se volvió de costado hacia el embarcadero. La maniobra fue deficiente. La gasolinera tuvo que dirigirse hacia la playa y luego virar en redondo.

-¡Lo atraparán! ¡No puede escaparse!

Yates lanzó un grito de triunfo al ver a Wheels Bryant virar hacia el embarcadero y luego volverse en la dirección del puerto.

El temible <gangster> había logrado hábilmente que los yates pasasen por su lado; pero se dirigía hacia una tercera embarcación que, seguramente, le interceptaría el paso.

En ese momento la policía alineada en el desembarcadero contuvo el aliento. Estando la lancha a motor fuera del alcance de los disparos de revólver, no podían hacer nada. Vieron la reluciente boca de una ametralladora al girar sobre un costado de la gasolinera.

El propósito era evidente. Wheels Bryant iba a presentar batalla, con todas las probabilidades en su favor; con aquel terrible instrumento de muerte, los hombres del yate que se aproximaban no tenían probabilidades de éxito.

¡Antes de que disparasen un tiro, sus cubiertas serían barridas por un fuego mortífero!

La lancha a motor ejecutó otra maniobra. Con notable habilidad, Wheels Bryant giró el timón de forma que la gasolinera puso proa hacia el lugar adonde el yate se dirigía.

Con su mayor velocidad, la embarcación fugitiva, por delante, de la proa del yate, viraría y asesinaría a mansalva a sus desprevenidos tripulantes.

Luego pondría rumbo a alta mar, dejando atrás a las otras embarcaciones, después de haber hecho una matanza.

Con la nueva maniobra de Wheels Bryant, la gasolinera iba parándose. El plan era brutal, diabólico e innecesario; era el plan de un demonio encarnado, que deseaba disfrutar causando víctimas que podía evitar.

Yates apartó la vista, gimiendo. Sus ojos suplicantes-ignoraba por qué-se volvieron hacia la torre iluminada, hacia el hombre silencioso vestido de negro, que había sido olvidado en esta nueva excitación.

El jefe de policía abrió los ojos al contemplar lo que vió. El rifle había sido levantado; descansaba en el hombro del personaje vestido de negro.

La mano izquierda estaba en la boca del rifle. El guante negro-visible a la luz brillante-ajustaba un objeto de forma de piña al arma.

La mano se apartó. El objeto de forma de piña quedó. El rifle habló. El proyectil chispeó al salir disparado. En una fracción de segundo, Yates adivinó el significado.

-¡Una granada de rifle!

Un proyectil mortífero, utilizado en la guerra europea, un dispositivo que podía dispararse con precisión, había sido lanzado y se acercaba a su objetivo! El comisario miró hacia la gasolinera.

Viraba, lentamente, preparándose para su terrible ataque.

¡Entonces, sobre aquella embarcación cargada de seres demoníacos, cayó el mensaje de La Sombra!

Sonó una explosión terrorífica. La gasolinera pareció saltar al aire.

Envueltos en una gigantesca llamarada, Wheels Bryant y sus sanguinarios pistoleros encontraron la muerte.

Cual rayo del cielo, La Sombra, con certera puntería, había hecho sonar el toque de muerte del as del crimen. Con Wheels Bryant pereció el último de sus reyes: Shifter Reeves.

La gasolinera flotaba destrozada sobre las olas, con los restos de los pistoleros merecedores de la muerte.

Los yates se aproximaron a los restos, dispuestos a lanzarse sobre la presa.

Exhalando un profundo suspiro de gratitud, el comisario volvió de nuevo sus ojos hacia la figura vestida de negro de la torre.

¡La Sombra!

Fue él quien terminó con los reyes del crimen; acabando con sus fechorías, mediante un acto de valor que salvó las vidas de unos hombres que iban a ser asesinados en masa por unos demonios.

¡El triunfo de La Sombra!

Ahora sería un momento supremo para el comisario Yates. En la torre se encontraba un superhombre que había realizado una labor sobrehumana.

No podía abandonar la torre. Por una vez, La Sombra, el lobo solitario que luchaba implacable contra las hordas del crimen, estaba descubierto.

Ahora se vería forzado a descender y revelarse en persona a los agentes que le esperarían para vitorearle.

Los miles de testigos de sus hazañas comprendieron. Todos los ojos se clavaban sobre la torre, donde la figura vestida de negro va no se movía, sino que parecía querer ocultarse en la oscuridad.

La policía del desembarcadero lanzaba vítores. El grito fue recogido y sus ecos llegaron al paseo de madera de la playa, donde unos cuantos miles de almas se habían congregado.

Los gritos de la multitud se elevaban sobre el estruendo de la resaca. Una enorme muchedumbre había presenciado el fin de la gasolinera fugitiva.

Sabían que había triunfado la justicia; aunque desconocían el origen del rayo que fulminó a los enemigos del orden de una manera tan inesperada.

Se observó un ligero movimiento en la torre. La Sombra se enderezaba, apuntando su rifle hacia arriba desde la cumbre de la torre. Su figura vestida de negro borró la porción del lado del mar de la resplandeciente bola de luz.

¿Cuál era el significado de esta acción?

La respuesta surgió de arriba. El rifle habló de nuevo.

¡Un cohete elevóse veloz! Luego unas lucecillas titilaron sobre el desembarcadero. Descendían. Dentro del radio de iluminación apareció un aparato que se aproximaba costeando con la gracia de un pájaro.

¡Un autogiro!

EL comisario Yates reconoció el singular aparato. Llegó al aeropuerto de Miramar hacia dos días. Con su enorme molino horizontal girando encima, el extraño aeroplano parecía estar inmóvil en el aire.

Su piloto lo conducía hacia la torre. La Sombra se encontraba de pie, allí, en una plataforma que circundaba al globo de luz.

Destacándose más grande a medida que se acercaba al desembarcadero, el autogiro se posó pausadamente hasta que sus ruedas parecieron pasar a ambos lados de la figura vestida de negro, que se balanceaba. Dos brazos se alargaron hacia arriba. Asieron el eje entre las ruedas.

Luego, con renovado estruendo, el autogiro arrancó. Ya no descendió, pero su velocidad fue en aumento. La figura de La Sombra se elevó.

¡Con la capa negra flotando al viento, la ágil figura alcanzó el fondo del aparato y desapareció en la carlinga!

¡La labor de La Sombra estaba concluida!

¡La Sombra se había marchado!

CAPITULO XXIII
LA DESPEDIDA Y LA COMPENSACIÓN

El reinado del crimen habíase extinguido. ¡Los reyes del crimen habían sido exterminados!

Todo terminó en una gigantesca llamarada; un final asombroso, que, sin embargo, fue superado por el increíble fin que La Sombra había dado a su despedida.

La policía recuperó de la gasolinera el botín que Wheels Bryant intentara salvar de las ruinas de los planes que La Sombra frustrara.

La doble personalidad de Wheels Bryant produjo sensación. Todo el mundo hablaba del demonio del crimen que había perpetrado sus fechorías bajo el disfraz de Rufus Cruikshank, alcalde de la ciudad.

Continuando el comisario Yates, a cargo del orden, la ciudad de Miramar estaba a salvo de las hordas criminales, ahora que su falso alcalde había encontrado el fin que se merecía.

Los tres miembros del Comité de Seguridad Pública quedaron vindicados.

No mostraron deseos de que se aplicara estrictamente la ley; pero no eran malhechores.

El fin de los reyes del hampa quedó señalado por unos acontecimientos desconcertantes. Pero examinando con frialdad los hechos, todo quedaba claro. La Sombra dio su aviso anticipadamente. No fue escuchado, debido a la sutil influencia que ejercía Rufus Cruikshank.

La Sombra fue quien desenmascaró la doble personalidad del enemigo número uno, el as del sindicato de <gangsters>, Wheels Bryant. Una vez conocido este hecho vital, el resto de la historia salió de los labios de Herberto Carpenter, el hombre que obedeciera las órdenes de La Sombra.

Las declaraciones de Herberto Carpenter era lo único que faltaba. Su confesión-de haber sido miembro del sindicato-no fue usada contra él; pues sobre sus hombros no podía cargarse más responsabilidad que la de sus propios delitos: el chantaje que cometiera.

Antes de regresar a la penitenciaría, para convertirse en el preso número nueve mil seiscientos cuarenta y ocho de nuevo, entregó al comisario Yates el dinero que poseía, la mayor parte de los mil dólares que se guardara de los fondos de La Sombra.

Ese dinero-que no fue reclamado por La Sombra-debía ser entregado a la familia de Carpenter. El comisario prometió cumplimentar sus deseos.

También aseguró a Carpenter que él, personalmente, se cuidaría de que la familia no sufriera necesidades de ninguna índole durante los diez años o más que, reingresado en el presidio, tendría que servir.

La promesa satisfizo a Carpenter. Tenía fe en el comisario Yates. Pero no necesitaba esa promesa. Tenía mayor fe en La Sombra. Conocía que el hombre de misterio no permitiría que los inocentes sufriesen por culpas ajenas.

De vuelta a la penitenciaría, reanudó sus tareas con verdadero espíritu de penitencia. Comprendió plenamente sus errores. Había sido un malhechor.

Había sido aliado de malhechores. El papel que representó en la tarea de acabar con los gangsters fue en verdad insignificante comparado con la hazaña de La Sombra.

Sin embargo, en aquellas breves jornadas, llegó a odiar el crimen. No sólo eso, sino que aceptaba voluntariamente, alegre y contento, soportar la carga de los años de encierro que le esperaban.

Algún día gozaría de libertad; entonces empezaría una nueva vida, sabiendo que podía vivir siguiendo las sendas del bien, en lugar de las del mal.

Transcurrió una semana, luego un mes. El recuerdo de aquellos emocionantes sucesos perduraba en la mente de Herberto Carpenter. Se había hecho el desquite. Se había cumplido la justicia.

¡Muerte para los traidores criminales; La prisión para quien la merecía!

Luego, en un claro día de otoño, cuando todo el mundo estaba alegre fuera de los muros de la prisión, Herberto Carpenter fue llamado a las oficinas del director. A pesar de su traje de presidiario, permaneció con la cabeza erguida y los ojos claros al enfrentarse con el director.

El director era un hombre de mediana edad, de fisonomía dura y severa, que rara vez alteraba su expresión. El director alargó la mano izquierda y entregó a Herberto Carpenter un papel para que lo leyera. Mudo de asombro, el preso nueve mil seiscientos cuarenta y ocho leyó el papel. Mecánicamente extendió la mano y recibió el estrechón de amistad del director.

¡El perdón!

El documento estaba firmado por el gobernador. Para Herberto Carpenter, significaba la preciosa libertad. Iba a ser libre, en pago por el papel que había desempeñado en el aniquilamiento de los reyes del crimen.

La firma del gobernador; allí estaba, escrita en tinta. Mas, ¿qué era aquello, que se extendía a través del papel, impreso indeleblemente en la blanca hoja?

Miró, incrédulo; luego comprendió que sus ojos no le engañaban.

Sobre el papel aparecía el perfil perfecto de una sombra grisácea, una señal que jamás cambiaría. El gobernador había firmado el perdón; pero la acción fue obra de otro.

Herberto Carpenter comprendió. Era la compensación; la recompensa por servicios honestos prestados, sin pretensiones de cobrarlos.

¡El documento era un perdón de La Sombra!

¡Recompensa de La Sombra!

¡La Sombra sabía!

¡La Sombra reía!

FIN